

# **WILSON IZQUIERDO GONZÁLEZ**



# **JORGE “PICHO”**

**(Novela)**

## ***Bienvenida a Jorge Picho***

*Cuando me obsequió don Wilson Izquierdo un ejemplar impreso de su última novela "Jorge Picho" con más de 200 páginas, pensé que era difícil incluirla en nuestra Biblioteca Virtual "Cajamarca", pero ahora y gracias a su generosidad que siempre lo caracteriza a este connotado escritor cajamarquino, que nos ha enviado su novela en formato virtual y especialmente para los amables visitantes de CaSu, como lo expresa en su correo electrónico, incluimos esta preciosa novela que tiene como escenario paisajes cajamarquino y amazonenses.*

*Con nuestra eterna gratitud a don Wilson Izquierdo, les alcanzamos esta primera edición virtual en formato pdf.*

*Cajamarca 30 de octubre de 2013*

*Juan C. Paredes Azañero*

Wilson Izquierdo González

# JORGE "PICHO"

*(Novela)*



Lluvia Editores

Cajamarca, Perú

© Jorge “Picho” (*Novela*)

© Autor: Wilson A. Izquierdo González

Email: [alfiery\\_43@yahoo.es](mailto:alfiery_43@yahoo.es)



© Lluvia Editores, 2011

Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501

Email: [lluviaeditores@gmail.com](mailto:lluviaeditores@gmail.com)

Primera Edición 2012

Tiraje 1,000 ejemplares

Cuidado de la edición: Dennis Izquierdo García

Fotografía de carátula: Zully Izquierdo García

Impreso en Cajamarca, Perú, MMXII

Qilqasqa Peru llaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Perú

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional  
del Perú N° 2011-.....

**DEDICATORIA:**

*A Yolanda González:*

*madre de Jorge “Picho”, y;*

*a Ida Isabel González:*

*mi madre;*

*la otra madre de Jorge “Picho”.*

**El autor.**



## PROLOGO DEL AUTOR

Conocí a Jorge “Picho” cuando nadie podía pensar aún, ni siquiera en el más grande de los esfuerzos imaginativos, que aquel bebé de cachetes sonrosados, con los rulos de color castaño claro que le caían de la cabeza a los hombros en cascada y con unos ojos verdes vivaces y traviesos, que bajó en ese momento del avión bimotor “Douglas” de la Faucett —en los brazos de una mujer de tez blanca, de ojos y pelo negrísimo, de estatura más bien pequeña pero que, ese día de radiante sol, la encontré tan grande como la ilusión que yo había estado acariciando desde hacía mucho tiempo, por tratarse de la madre que no conocía— iba a ligarse tan profundamente a mi vida, ni que mucho menos lo conocería después con el peculiar sobrenombre de “Picho”.

En Cajamarca —ahora lo sé muy bien— la palabra “picho” significa “chiquito o pequeñito de estatura”. Decirle a una persona de esas características que es un retaco, un zotoco o un zocotroco, tendría un carácter peyorativo que resultaría ofensivo, lo cual no ocurre cuando se le dice a esa misma persona que es un “picho”, porque la tal palabra sin estar formalmente en diminutivo, equivale a “cholasho” o “cholo picho”, que también significa lo mismo y que se acostumbra utilizar como sinónimo de pequeñín o chiquitín, sin ninguna connotación semántica que

podiera tener un carácter y una naturaleza ofensiva o discriminatoria, sea ésta de la índole que fuera.

A Jorge Navarro González, tan pronto hizo su aparición —con sus diez años medio salvajes vividos en la selva— por el Jirón “El Inca” de Cajamarca, por ser el más pequeño de los niños de esa edad que correteaban sin descanso todo el día y hasta la oración, por las veredas de cemento y por la calle todavía empedrada de esa callecita, le rebautizaron para siempre con el apelativo de Jorge “Picho” y como Jorge “Picho” se quedó hasta la fecha por esa parte del Perú.

Resulta sin embargo que “picho” en Moyobamba y toda esa parte de la Selva, significa una cosa totalmente distinta y por demás particular y sui géneris. “Picho” es el sobrenombre que allí utilizan para referirse del modo más natural, al órgano genital de la mujer, a diferencia de lo que ocurre en Cajamarca que para referirse a lo mismo, lo hacen con la palabra “puga”. En consecuencia, llamar a Jorge Navarro González como Jorge “Picho” en tierras moyobambinas, tendría otro sentido que más bien llevaría a broma, chacota o travesura. Por ese detalle, en Moyobamba a ningún varón le dicen “picho”... ¡jamás!

Pero el Jorge “Picho” de esta historia nació en Tacna, se crió el primer año de su vida en Tarma, luego su abuela Nati con artilugios poco amistosos ni gratos de recordar, se apoderó del

niño casi al año de su llegada a la Ochora, obligándolo a vivir con ella allí en ese lugar, hasta los ocho años en que, literalmente, fue “raptado” y llevado a Cajamarca, otra vez al poder de la madre que lo había criado desde cuando tuvo tres meses.

La crianza de Jorge “Picho” en la Ochora, cuando estuvo en el poder de su abuela Nati, en la manera de ver de su familia materna, dio mucho que desear, no necesariamente porque no lo hayan querido, sino más bien por quererlo a la usanza de la Ochora y de la Selva en general, que es una crianza literalmente opuesta de la que se brinda a los niños en las ciudades del país, que es más bien muy urbana y muy citadina. En la Ochora en cambio, y al parecer en toda el área rural del Perú, los niños desde muy temprana edad tienen que “desquitar la sal” trabajando y haciendo las cosas propias de los adultos, en calidad de tareas o funciones específicas que les son asignadas desde muy corta edad.

Jorge “Picho” desde muy pequeñito, tuvo que asumir la responsabilidad de llenar no menos de cuatro cántaros de agua, acarreándola desde “El Chorro” en tres “huingos” acondicionados en una “jicra de cabuya” adaptada para que, a su edad, la pudiera cargar sobre la espalda llevando el peso sostenido por la frente, con una especie de cinta o pretina, confeccionada con la misma cabuya de la jicra.

Si bien éste no era un trabajo irrealizable para un niño menor de ocho años, porque en la Ochora igual lo hacían los demás niños y las niñas de esa edad —con la salvedad de que ellas cargaban un cántaro asentándolo en sus cabezas sobre una “humallina”— en la perspectiva de cualquier otra cultura diferente a la selvática y que por añadidura sea citadina, no era algo apropiado para los niños de dicha edad.

Durante la ejecución de esta obligación suya, Jorge “Picho” — que allí todavía no se llamaba “Picho”— se daba maña para llevar por lo menos una carga de agua a su abuela Isolina, sin que su abuela Nati se enterara. Además, tenía que ir a “mansionar” a la chacra junto con sus abuelos paternos y allí, en calidad de “pollito”, por ejemplo, dejaba en cada hoyo hecho a golpe de tacarpo, un puñadito de arroz cuando se hacía la siembra de este alimento, pero tomando la tarea de la manera en que simplemente se la entiende por allí: como un trabajo más para asegurar el auto abastecimiento del hogar con ese vital cereal.

Por esos detalles, habiendo vivido Jorge “Picho” cuando estuvo en el poder de su abuela Nati, como vive toda la gente de allá, es decir: trabajando, alimentándose en la chacra con lo que la naturaleza provee y “criándose” a esa usanza, cuando llegó a Cajamarca fue el niño más pequeño del Jirón “El Inca”, en

comparación con los niños de su misma edad de este jirón, que no habiendo trabajado formalmente nunca y habiéndose alimentado a sus horas con lo que debe alimentarse un niño, pero; sobre todo, habiendo crecido libres de parásitos intestinales, de enfermedades como la malaria y las fiebres tropicales propias de la selva y de cualquier otra enfermedad por haber sido protegidos con las vacunas correspondientes, habían crecido como podría decirse con entera propiedad: “normalmente”.

Por eso, seguramente, del modo más natural, a Jorge Navarro González le comenzaron a decir “Picho” y con esa chapa es más conocido que la ruda en Cajamarca. Esta es la historia de su vida y de las vicisitudes por las que ha pasado hasta el momento en que casi cae vencido por el cáncer, que él logró derrotar con un valor y un estoicismo realmente ejemplares.

El autor.

## CAPITULO I

### *El operador de maquinaria pesada*

Una madrugada del mes de septiembre, cuando en Cajamarca las ventiscas friolentas de junio y las heladas de julio y agosto, comenzaron a irse sin avisar ni hacer alborotos o aspavientos — igual que cómo llegaron—, y cuando su cielo teñido en su inmensidad con el color del añil, es decir, con aquel color azul profundo con el que la abuela de Alfredo Izaguirre solía “azulear” sus sábanas de tocuyo percutidas por el uso, allá en su casa de la Ochora donde viviera cuando niño, el timbre de la casa donde ahora vivía junto con su familia, anunció la presencia de Jorge “Picho” que, en ese momento, acababa de llegar de Chiclayo, después de un largo viaje de un día y una noche enteritas, por tierra, desde Moyobamba.

Obviamente, como es la costumbre en esos lugares, Jorge “Picho” llegó como un equeco, cargado de bizcochuelos ahornados en latas de portola, rosquetes blancos y brillantes de harina de chuño de yuca bañados en clara de huevo, un par de rollos de chorizos colorados a medio ahumar, turcas de maíz que se deshacían como arena apenas entraban en contacto con la boca, suspiros de clara de huevo y azúcar que se volvían justamente “eso” tan pronto comenzaba uno a degustarlos, maní tostado recubierto de un confite blanco, “juanes parados” de arroz , tres rollos de hojas de “wira bijao” para juane y, entre otras cosas, las más ricas cecinas de chanco moyobambino condimentadas con “misto” o sabe Dios con que otro tipo de aliño o menjunje que las convierte en particularmente suaves, típicas y sabrosas, a diferencia de las cecinas de cualquier otra parte del Perú que, por lo general suelen ser duras por lo reseca, que incluso hacen doler las mandíbulas cuando se las tiene que comer, a menos que estén chilpidas al estilo del restaurante campestre “La Casita Blanca” de Cajabamba.

Según dijo tan pronto llegó, ese domingo muy de madrugada había iniciado el viaje en Moyobamba, aprovechando que uno de sus antiguos colegas choferes de ruta, venía vacío conduciendo su camión cisterna hasta Chiclayo, para mandar hacer allí el mantenimiento del tanque de combustible de su vehículo, el lunes por la mañana a primera hora. Por ese detalle, esa parte del trayecto, aclaró, que le salió gratis, pero él le tuvo que ayudar a su amigo, en compensación, a manejar la cisterna por un buen tramo, así que sólo gastó en el pasaje de Chiclayo a Cajamarca, en

el itinerario nocturno que salía a las diez y treinta de la noche de ese mismo día, tan pronto arribaron a esa ciudad norteña, lo cual le resultó más que favorable, porque encima tuvo la suerte de conseguir todavía pasaje y asiento libre para hacer ese viaje, aunque fuera en la última fila del bus.

Según comenzó a contar con su peculiar y característico dejo charapita, a una velocidad de tráiler en subida o en bajada, que para este caso es lo mismo, había venido hasta Cajamarca porque quería trabajar en la Minera Yanacocha o en cualquier otra empresa privada o institución pública, en la que encontrara una plaza vacante de operador de maquinaria pesada, según cómo había conversado por celular algunos días antes con su sobrino Dennis —el tercer hijo de Alfredo Izaguirre González— que en su condición de ingeniero civil especializado en obras de minería, trabajaba desde hacía ya bastante tiempo en la mina. Ante este comentario de Jorge “Picho”, Alfredo Izaguirre le dijo que tendría que esperarlo hasta la noche de ese lunes, que era la hora en que su hijo regresaría de su trabajo y, que si le había ofrecido conseguirle la chamba ésa, con él era con quien tendría que conversar tal asunto y ponerse de acuerdo, para iniciar el papeleo desde el martes o miércoles de esa misma semana, a más tardar.

— Claro que así tiene que ser hermanito —le contestó Jorge “Picho”, esta vez muy rápido, a su hermano Alfredo— la hora que regrese de la chamba ya conversaré con él, pero; mientras tanto, que Rosita fría los choricitos que he traído para tomar desayuno, porque realmente en este momento, estoy que

me muero de hambre y aquí en mi panza, la tripa grande ya está por comerse a las chicas... —hizo una breve pausa y luego continuó despacio como era su costumbre— como llegué a Chiclayo desde Moyobamba, con las justas para comprar mi pasaje y abordar el vehículo a Cajamarca, pero más que todo, pensando que en “El Cumbe” acostumbran como en otras empresas de transporte de pasajeros brindar cena a bordo, no he merendado en Chiclayo y en este momento mi barriga ya no tiene nada qué digerir y por eso la maldita está que truena como una desgraciada.

— No te preocupes hombre —le contestó su hermano Alfredo— en unos cuantos minutos van a estar listos los chorizos y acá, Rosa los va a preparar “chilpidos”, ya lo verás, es decir, los hará como se acostumbra preparar las cecinas de chanco acá en Cajamarca —recalcó esta última parte, para luego ir juntos con el recién llegado a sentarse en los muebles de la sala, a esperar que sirvan el suculento y aromático manjar moyobambino, que todos esperaban con mucha expectativa por la bien merecida fama que ya tiene este potaje, pero; especialmente, por el conocimiento que del dichoso plato tenían por experiencia directa los que, de alguna forma, se encontraban relacionados con esas cálidas y pintorescas tierras selváticas y el sabor de sus cecinas de chanco—.

El particular dejó charapita al hablar del “Picho”, que trajo consigo y que aprendiera no más cuando era niño junto a su abuela Natí allá en la Ochora, que nunca pudo dejar de lado por

completo, junto con las ocurrencias propias sólo de él, como adornar sus conversaciones con más malas palabras que buenas, muy pronto comenzaron a hacer reír a todos sin descanso. “El Picho”, en eso de contar ocurrencias e historias con pelos y señales, dejó charapa, lisuras y palabrotas sin depurar, incluidas como parte del menú ordinario, era mejor que nadie y un gran especialista:

— Fíjate pues Alfredo, cuando nuestro hermano Lucho se fue allá a Moyobamba, para practicar el manejo de un “Volvo” de un montón de cambios en el que yo transportaba gasolina desde la refinería de El Milagro hasta Tarapoto, paraba lamentándose peor que cachudo al que le ha dejado su mujer por otro, de que extrañaba a su Mañuca como mierda —comenzó a narrar el acontecimiento el “Picho” sin ahorrar malas palabras y en su peculiar y característico estilo— así que le conseguí una hembra para que remoje su atadizo y se quede tranquilo — continuó en el mismo modo— pero el huevón en lugar de agarrarla sin más ni más a la que yo le había indicado y con la cual ya tenía arreglada la cosa, quiso cogerse a la dueña del restaurante que, hay que reconocerlo, tenía un batán más poderoso que el de la hembra que yo le había conseguido de antemano. Pero, cómo la maldita tenía su marido, pues... ¡dónde ya pué le iba a atracar a él! Así que, por cojudo, se quedó sin sogas y para remate sin cabra —hizo un pequeño silencio, como si estaría encajando un nuevo cambio a su camión y luego continuó—:

— Cuando en el camino a Moyobamba comenzó a quejarse otra vez de lo mismo, le tuve que decir que para eso tenía sus dos manos y que se las arreglara como pudiera, porque a mí ya me había dejado “curado” para andarla haciendo de su alcahuete. Pero después, compadeciéndome un poco de él, le comencé a contar que, para conseguir que la chica le atraque para que le baje las calenturas y el garrotillo, que decía él grajo que le aquejaban cada vez más seguido, tuve que hablarle bonito a la hembra. ¡Linda era esa huambrita hermano, flaquita y esbelta como sólo las de la selva pueden serlo! —Comentó como si hablara para él sólo, para luego proseguir—. Después de tanto rogarle logré convencerla, más que todo, gracias a que ella me debía muchos favores, pues; varias veces le había llevado gratis a Chiclayo, cuando ella tenía que viajar a la costa para comprar algunas cosas que necesitaba y yo le invitaba todo por el camino. Claro que a veces ella me pagaba como es la costumbre en esos casos: con su cuerpito pué, pero sin ningún compromiso y casi por gratitud y amistad más que nada. Cuando por fin me aceptó hacerme ese favor, me dijo bien claro que, *“ni se le ocurra pensar don Jorgito que soy puta, lo hago no más porque a usted le debo muchos favores y porque usted siempre ha sido una buena persona conmigo”*.

Bueno pues, pensando que con eso ya le había arreglado el asunto ese de su mal de garrotillo, le conté a nuestro hermano Lucho que viajaba a mi lado y no estaba manejando en ese momento el carro, que todo ya lo había arreglado yo y que proceda no más, pero él ya vuelta resultó echándole el ojo a la culona de la dueña de la posada del camino donde solía almorzar

o comer y donde trabajaba la huambrita esa que te cuento. ¿Y sabes que me contestó el adefesio de nuestro hermano haciéndose el chistoso?, que para él, las culonas le causaban más fascinación que cualquier otra clase de mujeres, porque si ponía su oído allí entre sus entre piernas, cerca de su pichito, o mejor dicho para que me entiendan ustedes, cerca de su puguita como se dice acá en Cajamarca, dizqué podía escuchar bien clarito las olas del mar...

Hubiera seguido contando más de esas ocurrencias, pero en ese momento, Rosa la esposa de Alfredo, avisó que el desayuno ya estaba servido y que pasaran a sentarse a la mesa, lo cual hicieron todos rapidito y con gran alegría, porque rara vez en Cajamarca, se presentaría para esa familia una nueva oportunidad de comer los juanes parados de arroz, los riquísimos chorizos y las cecinas de chanco de Moyobamba que se habían servido glotonamente junto con las ricas tortas cajachas.

Por la noche, a eso de las ocho, cuando Dennis llegó de su trabajo, se pusieron de común acuerdo en la forma cómo tendría que hacer para conseguir el empleo que anhelaba y en busca del cual se había venido desde tan lejos. Según lo que pudo escucharse, tendría que armar su currículum de vida y presentarlo a primera hora del día siguiente en la oficina que la Empresa "Ángeles" tenía habilitada en el jirón Sucre, la calle de Cajamarca que, desde hacía algún tiempo, se había especializado en la venta de repuestos automotrices. Allí le indicarían cuándo y dónde tendría que rendir una prueba de conocimientos además de la fecha cuando tendría que dar el examen práctico de manejo.

“Ángeles” no era exactamente la Minera Yanacocha, pero era una de las empresas grandes con las que ésta se había iniciado a su llegada a Cajamarca, y la que desde entonces utilizaba como “servis” para intermediar sus operaciones de explotación aurífera y evitarse, de alguna manera, el manejo de una planilla de personal grande y por demás compleja y costosa.

Lamentablemente, a pesar de que manejó por mucho tiempo las moto niveladoras, las retroexcavadoras, los tractores de oruga, los cargadores frontales y los volquetes de doble eje, tanto del Gobierno Regional de San Martín como los que también la Municipalidad Provincial de Moyobamba —igual que aquella— tenía para sus obras de infraestructura civil, sin saber cómo, pero; seguramente por esas cosas de los nervios que suelen inutilizarnos cuando se trata de someterse a una “evaluación”, Jorge “Picho” desaprobó esa primera vez el examen práctico de manejo. Como el resultado le dieron allí no más, con las cajas destempladas regresó a la casa de su hermano Alfredo, donde les contó a todos, lo que le acababa de ocurrir. Como manifestara que en ese momento ya quería hacer sus bártulos para regresar a Moyobamba, Alfredo le dijo:

— No Jorgito, no hagas todavía eso. Las evaluaciones son así. A veces se las aprueba muy fácilmente y otras, en cambio, nos son completamente adversas. Espera a que Dennis regrese de la mina y, antes de hacer cualquier cosa, primero conversa con él. Es posible que te dé otra salida. Ten confianza.

— Así ya pué ya ha de ser hermano. Haré lo que me estás diciendo y ojalá pueda aprobar ese bendito examen, porque eso de regresar derrotado me da roche, porque yo a mi Blanquita le he dicho que conseguir el trabajo acá en Cajamarca, era para mí menos que pan comido —le contestó Jorge “Picho”, más desalentado que animado, sobre la idea de obtener un resultado para él más favorable con la llegada de su sobrino Dennis—.

Cuando éste llegó de la mina, como acostumbraba siempre, a partir de las siete y treinta de la noche, después de enterarse en detalle por boca de su tío Jorge cómo le había ido en la evaluación, le hizo este comentario:

— Caramba tío Jorgito, pero si tú eres un tigre con esas máquinas, ¿cómo es que en el examen práctico te pueden jalar? Seguro que te has puesto nervioso. Eso le pasa a cualquiera. Pero no te preocupes tío, vamos ahora mismo, a la oficina del jirón Sucre para hablar con el encargado para que te dé una nueva oportunidad. Eso sí se puede hacer todavía. ¡Que mi papá nos lleve en su carro! —Y se fueron los tres en ese momento al jirón Sucre para ver lo que Dennis podría hacer al respecto—.

Sin embargo, a pesar de todas las oportunidades —porque le dieron tres— que tuvo para revalidar su experiencia, que era vasta en ese terreno laboral, a Jorge “Picho” le siguieron fallando los nervios o no se sabe qué otra cosa, para todos desconocida, pues, al tratarse de una prueba práctica, no era comprensible que se equivocara en algo que sabía hacer y no sólo cómo se hace.

Sabíamos por experiencia que para esas cosas él era muy bueno y muy hábil, al igual que conocíamos que para las cosa teóricas no lo era tanto. A modo de explicación aclaró por qué había fallado en ese examen a toda la familia, en su modo de costumbre para de expresarse:

— Puta madre, resulta que las máquinas que me han dado acá para el examen son completamente nuevas, en comparación con las máquinas viejas que yo he manejado en Moyobamba. Además, estas máquinas de mierda son de marcas diferentes a esas que hay allá. Yo he estado acostumbrado a manejar especialmente máquinas de marca “catterpillar” que son americanas y aquí me han hecho manejar máquinas de marca... dizqué Toyota, Komatsu y no sé que otras marcas raras, que nunca en mi perra vida he visto. Así que, como ya has hecho todo lo que se puede hacer hijo —le dijo a Dennis— me tendré que regresar a mi tierra.

Pero ocurrió que justo cuando, desalentado y renegando para sí mismo de su suerte y de su adefesiero desempeño a la hora del examen práctico, se puso a arreglar sus bártulos para regresar al día siguiente a Moyobamba —viaje que haría vencido y sin haber podido conseguir la chamba con la que tanto había soñado— apareció Lucho por la casa de Alfredo —Lucho era el hermano menor de éste y de Jorge— que venía para enterarse cómo le había ido en el examen. Después de escucharlo y bastante contrariado por el resultado, pues él también sabía a ciencia cierta

de la pericia y la enorme experiencia que Jorge tenía para manejar esas tremendas máquinas, a modo de premio de consuelo le dijo:

— No te preocupes hermano, mañana mismo vamos para entrevistarnos con el primo Javier Pereyra, que es esposo de la “Negrita”, la hija de la tía Lolita. El es el dueño de la empresa “H & J” que, al igual que “Angeles”, es otra de las empresas grandes de “servis” de la Minera. El vive en los Baños del Inca. No te preocupes Cholito, ¡te apuesto a que el primo nos va a servir! El primo Jorge es una buena persona y, yo te lo aseguro, de alguna forma nos va ayudar a conseguir el trabajo que tanto quieres, hombre...

Al día siguiente, después de asegurar que la tía Lola los recomendará personalmente ante su yerno, el mismo Javier Pereyra los recibió en su oficina de Baños del Inca. Allí, luego de indicarles los trámites y procedimientos que el solicitante de trabajo tendría que hacer nuevamente, por tratarse de cosas determinadas y establecidas en calidad de reglas por la Minera Yanacocha, después de asegurarles que gustoso les serviría porque lo que le estaban solicitando estaba al alcance de su mano, pero sobre todo, porque daba la casualidad de que necesitaba en ese momento un operador de cargador frontal, les presentó ante el empleado de su empresa que, de allí en adelante, sería su contacto para realizar todos los trámites y procedimientos establecidos para ese caso.

Gracias a la ayuda del primo Jorge Pereyra y de la recomendación especialísima que la tía Lolita hiciera a favor de él ante su yerno,

pero sobre todo, porque dio la casualidad que el cargador frontal en el que tuvo que dar su examen práctico esta vez era una “Catterpillar”, que él conocía al revés y al derecho, no sólo aprobó el examen sino que allí se afincó Jorge “Picho” para trabajar en lo que se había ilusionado al venir a Cajamarca, lo cual hizo un buen tiempo con particular esmero y eficiencia, además de hacer de cada uno de sus actos, un ritual del más alto sentido de la responsabilidad con una puntualidad envidiable y verificable en cualquiera de los terrenos. Jorge “Picho” en eso de cumplir con su trabajo, siempre fue una especie de ladrillo, además de ser un hombre honesto y eficiente en el cual se podía confiar.

La tía Lolita, que tan eficazmente ayudó a conseguirle el trabajo a Jorge “Picho” era ya por entonces viuda. Su esposo Roberto Marín Díaz, cuando estuvo vivo, fue compañero de trabajo de Gonzalo Cabanillas —padre que criara junto con su esposa Ida Isabel a Jorge “Picho”— por incontables años, en la Empresa A & S Díaz y Cía. Aunque no fue chofer como Gonzalo, estuvo a cargo del taller de reparaciones que dicha empresa tenía en el barrio de La Colmena Baja.

La familiaridad devenía, además de que por tradición casi todos los naturales de Huacapampa resultan siendo “familia” por algún lado, del hecho de que Roberto Marín pidió a Gonzalo Cabanillas y a su esposa Ida Isabel González, que fueran padrinos de la mayoría de sus hijos. Como Roberto Marín tenía que conseguir los repuestos para los carros que había que arreglar en el taller, aunque sea de la carpeta de Judas, tenía a su

disposición para movilizarse una camioneta Pick-up marca Chevrolet. En una de esas comisiones, un volquete cargado de arena de construcción que bajaba sin frenos por el jirón Antonio Guillermo Urrelo, colisionó con la camioneta Chevrolet frente a la Iglesia de las Monjas, dejando a Roberto Marín aprisionado entre los fierros retorcidos de su vehículo. De allí lo rescataron los bomberos a punta de sierra eléctrica, pero murió pocas horas después por las hemorragias internas, en el flamante Hospital Regional de Cajamarca. Sin embargo, la amistad de la viuda con sus compadres y toda la familia se mantuvo por muchos años todavía, hasta que Ida Isabel también quedara viuda también y se fuera a vivir a Lima, al no poder hacerlo en Cajamarca por la presión alta que padecía.

Como Jorge “Picho” y su hermano Lucho fueron a buscar a la tía Lolita a su casa ubicada en la intersección del jirón El Inca con Sabogal, una vez que le pusieron al tanto de la situación, aceptó gustosa hablándole a su yerno Jorge Pereyra, para que hiciera los modos de darle un trabajito a su sobrino Jorge “Picho”, tan conocido para ella por ser compañero de juegos infantiles con su hijos Salvador, Freddy, Aurora y Marleny. Si hay que reconocer algo, es el hecho de la ayuda de la tía Lolita para que Jorge “Picho” consiga trabajo en H & J, ya que su yerno a ella, *“no le puede negar casi nada”*, según ella misma comunicó a los interesados Lucho y Jorge. Así fue entonces como Jorge “Picho” se convierte en operador de maquinaria pesada en Cajamarca, y así es como estuvo trabajando bien... hasta que comenzó a sentir esos terribles dolores en la parte de su torso que corresponde al

lugar donde se supone que se encuentra ubicado su “ñati”, que es como acostumbra referirse la gente de la selva al hígado de cualquier ser vivo.

— ¡Putá madre! Este dolorcito de mierda que me ha aparecido aquí en la boca del estómago —dijo señalando esa parte de su cuerpo con una mano— creo que ya me quiere llevar pa'l otro lado. Una cosa hermanito es que te cuente que me duele una barbaridad y otra, muy diferente, sería que lo sintieras tu mismo en tu cuerpo. Este dolor me tiene jodido, ¡carajo!... ya no sé qué hacer, me impide seguir trabajando, ya que en cada movimiento que hago con mis piernas y mis pies para mover los pedales de la máquina, que son medios duros de por sí, me dan unas punzadotas que ya no puedo seguir aguantán-dolas. Casi me inmovilizan todos mis movimientos y así, hasta creo que será peligroso seguir manejando la máquina, carajo... —le contó a su hermano Alfredo, quien al escucharlo le contestó con unas palabras de aliento que estaba muy lejos de experimentar, porque el caso era que lo notaba muy mal de salud—.

— No te preocupes tanto hermano. Parece que todos tus problemas son por mal funcionamiento de tu hígado. Posiblemente andas mal de la vesícula. Dicen que cuando el dolor se va desde la boca del estómago hasta la espalda, como me dices que lo sientes, no se trata de otra cosa que de la vesícula. Ya verás que una vez que te hagan tus análisis, te la sacarán y te quedarás otra vez igual que antes, es decir, linchito. Para las operaciones de vesícula, ahora existe mucha práctica y

técnicas nuevas hasta para que te la extirpen, incluso mediante cirugía laparoscópica.

— ¿Y que ya vuelta es esa vaina de la cirugía laparoscópica, que hasta ahora nunca la he oído mencionar, hermano? — Preguntó, pero él mismo trató de responderse a su modo— Tú como siempre, tratando de cojudearme y encima ahora que no puedo ni reírme, carajo... —complementó Jorge a lo que le dijera en su frase anterior a su hermano Alfredo, tratando de no reír por el dolor que sentía al hacerlo—.

— Hasta donde sé, Jorgito —comenzó a contestar Alfredo, a lo que su hermano le estaba preguntando— la técnica laparoscópica es lo último que hay en materia de cirugía interna. Dicen que para operar, ahora los médicos ya no necesitan hacer grandes incisiones con su bisturí en el cuerpo de sus pacientes. Que es suficiente un corte muy pequeño, por el cual introducen una especie de cámara de televisión que transmite señales audiovisuales a un monitor de computadora. En ella las imágenes internas transmitidas por la camarita de TV son observadas por el médico. En ella igualmente verifican, siempre por observación, el estado del órgano enfermo y con esa información determinan lo que resulte más indicado para solucionar el caso. Luego, introducen otro instrumento dotado de un rayo láser con el cual “quemar y hacen desaparecer” el tumor o causa del mal y con el mismo instrumento cauterizan las heridas internas. Según dicen, la incisión por donde introducen los aparatos para operar, sólo requiere a lo mucho, de uno o dos puntos de sutura una vez

concluida la operación. Dicen que ahora, después de una operación como esa, el paciente casi no siente los malestares post operatorios y como se restablecen muy rápido, les dan de alta igual de rápido —concluyó finalmente Alfredo—.

— ¡Ah burro! ¿Y tanto ya pué ha logrado avanzar la ciencia médica? —comentó inicialmente Jorge “Picho”, luego continuó— lo que me dices es cosa de no creer ¿Y cómo ya vuelta, por ese huequito tan chiquito que dices que hacen en el cuerpo de la gente, pueden maniobrar incluso con aparatos? ¿Y sin con el rayo láser ese que me dices que queman el tumor y cauterizan las heridas, acaso no te pueden shaushinar también los chunchullis de adentro de nuestra panza? —Agregó todavía incrédulo—.

— Bueno, a veces dicen que se les va la mano un poco. Pero es de imaginar que eso ocurre cuando el cirujano recién está comenzando a realizar estas operaciones y cuando no tiene ni la práctica ni la experiencia suficiente —contestó Alfredo, luego complementó la idea— cómo se sabe, toda operación siempre está sujeta a riesgos. Hay gente que se ha muerto en el quirófano cuando se ha ido al cirujano plástico para que le hagan una liposucción o cuando se ha hecho intervenir quirúrgicamente para que le hagan una rinoplastia o un agrandamiento de sus tetas. Otros hay que se han muerto cuando el dentista ha comenzado a ponerles la anestesia para sacarles una muela. Pero nunca se debe pensar negativamente cuando uno se va a operar. Hay que pensar positivamente Jorgito. La operación de vesícula

ahora es más fácil que una sacada de muela. Dicen incluso que después de que te pasa el efecto de la anestesia, puedes salir del hospital caminando rumbo a tu casa. Así de fácil está la cosa.

— No me convences hermanito. A pesar de toda esa labia de la puta madre que tienes, no logro entenderte muy bien qué tan simple puede resultar esa clase de operaciones y... la verdad, es que yo preferiría que me corten la panza a la usanza de antes o con los cuchillos de antes —replicó Jorge “Picho”, todavía confundido y con un dejo de preocupación latente por su enfermedad reflejada en su cara, donde podía advertirse además una especie de miedo inmenso a lo que le esperaba en adelante—

— Mira hermano, cuando es tu hora, te mueres y allí queda todo. No hay manera de escapar a eso. Los shilicos por ese detalle que, al parecer, no le damos la importancia que realmente tiene, suelen decir con una practicidad nunca vista que: *“si no te has muerto de joven, de viejo no te escapas”*. Sin embargo para no pecar de pesimistas, lo que se tiene que pensar es que todavía no nos ha llegado esa hora, la de estirar la pata. Bueno, pero... si llega... ¡caballeros! a hacer el viajecito ese y a acomodarnos donde Dios nos tenga dispuesto. Con tal de que no sea en el clima cálido, hermanito... cualquier cosa será bueno. Total, ya no hay cuerpo que lo pueda padecer o sufrir, porque lo que hará el bendito viaje ese, es nuestro espíritu y como el espíritu no es materia, ¿con qué crees que se va a sentir lo que haya de malo allá en el otro mundo? —Comentó extendidamente Alfredo, tratando más que

todo de que su hermano Jorge afronte lo que le tenga que venir con suficiente correa, luego, siempre con la misma intención le contó este chascarro —:

— Mira hermano, dicen que a un hombre que tenía por familia a una mujer y a tres hijos, sin motivo aparente, se le apareció La Muerte y le dijo que ya le había llegado la hora y tenía que llevárselo al otro mundo. Tan desprevenido le cogió la noticia que al comienzo no supo qué hacer. Pero, luego, repuesto del susto, comenzó a rogarle a la pelona que lo deje vivir todavía un poquito más, a fin de arreglar sus cosas pendientes y, sobre todo, preparar a su familia para el trance de aprender a vivir sin su ayuda y valiéndose por ellos mismos. Entonces la muerte le preguntó que cuánto tiempo necesitaría para hacer lo que él le decía. El hombre no lo pensó mucho y le dijo que necesitaba un año. Sólo un añito más, por favor, le pidió casi implorando. Después de pensarlo un poco La Muerte le dijo que el plazo solicitado le parecía correcto y que le concedía su deseo, desapareciendo de la misma forma que vino, pero no sin antes indicarle que vendría puntualmente a llevarlo al más allá, exactamente dentro de un año. Al hombrecito, frente al hecho de morir en el momento en que se le apareció La Muerte, un año le pareció una inmensidad de tiempo, pero como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, el año se pasó volando y la fecha en que se cumpliría exactamente, llegó más rápido que inmediatamente, o así le pareció al atribulado padre de familia.

Frente al hecho del cumplimiento irremediable del plazo pactado, pensó que podría engañar a La Muerte y, ni corto ni perezoso, fue a una casa especializada donde solicitó que le cambiaran de fachada. Sin saber para qué, el estilista lo convirtió en un ser estrafalario, con la cabeza completamente rapada, largos bigotes postizos como los de Fumanchú, chaleco quimono de tornasol y pantalones rosados con flores rojas, además de unos tacones altos tipo bota texana. Ataviado así, y sin contar nada a su familia, se fue a una discoteca donde los colores de las luces hicieron que se mimetizara completamente con el resto de la gente, y con los adornos y demás quecos del establecimiento, hasta casi volverse invisible. Y allí se quedó escondido a esperar a La Muerte en caso de que llegara. Como la discoteca quedaba en una especie de sótano, para llegar a la pista de baile había que bajar por unas escaleras. A un lado de la escalera se quedó el hombrecito para poder ver si La Muerte, venía a buscarlo hasta allí. Al cumplirse el año exactamente, la pelona hizo su aparición por la escalera y comenzó a bajar por ella hasta la pista de baile. Luego husmeó por todos los rincones y al no poder distinguir en ningún lado a la persona a la que tenía que cargar al otro mundo, diciéndose para sí misma: *“como no encuentro por aquí al que he venido a recoger, para no irme con las manos vacías, aunque sea me llevaré a este pelado que está aquí a este lado”*, se llevó al hombrecito del cuento que, ni disfrazándose como lo hizo, pudo eludir su hora. Por eso, mi querido Jorge, cuando nos llega la hora ya no hay nada que hacer. Caballeros no más...

— Carajo, con ese cuento me has puesto más nervioso de lo que estaba, hermano. Yo no quiero morir todavía, igual que el hombrecito de tu cuento. Mi hijo Erick todavía no se vale por sí mismo y mi Blanquita, ¿qué haría si le faltó? No quiero ni pensarlo. Ella no tiene profesión ni oficio y además, como la han criado sus abuelos medio engreidilla, no se la ha dado por aprender nada para ganarse la vida por sí misma.

— Pero... ¿quién dice que te vas a morir? —Le reconvino su hermano Alfredo— nunca se debe pensar en forma negativa. Lo que tienes... con una operación, a la antigua o del modo sofisticado de ahora, se soluciona. Tranquilo no más, “Joygito”.

Pero... Jorge “Picho” se quedaría con ese bendito dolor al costado, sin poderlo atenuar ni menguar con los remedios caseros y los de farmacia que le consiguieron, y que le fueron administrados en forma de tratamiento informal en la casa de su hermano Alfredo, al parecer por un tiempo que se terminaría recién, según creían, con la cirugía a la que se tendría que someter en el Hospital Regional de Cajamarca, en el plazo más corto.

## **CAPÍTULO II**

### ***El éxodo de Tarma a la Ochora***

Cajamarca no era una ciudad desconocida para Jorge “Picho”. Allí terminó de estudiar su educación primaria desde el tercer año, que lo hizo con grandes altibajos en la Escuela Prevocacional “Rafael Olascoaga”, más conocida como 123, y allí también estudió su educación secundaria, hasta el cuarto año, en lo que en ese tiempo era el Instituto Industrial N° 5, más conocido simplemente como “El Poli”, cuando ésa institución educativa todavía no se llamaba “Rafael Loayza” como ahora, pero sí cuando formaba parte de la Gran Unidad Escolar “San Ramón”, de la que, en el argot de los sanramoninos y de casi todos los Cajamarquinos, era “la técnica” de éste.

En ese tiempo el colegio “San Ramón”, por decir lo menos, era el único centro educativo con suficiente prestigio como para atraer hacia sus aulas, a la flor y nata de los estudiantes de la ciudad de Cajamarca. Ya existía el colegio “Cristo Rey”, pero era “particular” según la denominación propia de la época —es decir, “privado”, como se acostumbra ahora— no era “nacional” por lo tanto y, encima, estaba regentado por curas —que no eran curas sino hermanos maristas— por lo que les daba a los muchachos no tan pegados a ciertas beaterías, un cierto no sé qué, que los alejaba de la idea de estudiar allí. A “Cristo Rey” se iban a terminar su secundaria los que por alguna falta disciplinaria resultaban siendo expulsados de “San Ramón”. Claro está que tenían que estudiar allí, junto con los hijos de los que realmente eran los pitucos de Cajamarca, y como suele ocurrir donde hay también gente de “media mampara”, en compañía de los hijos de aquellos que sólo eran pitucos en su imaginación pero querían aparentar que lo eran ante los demás.

Eran aquellas épocas en las que la palabra “nacional”, a diferencia de ahora, en la que predomina lo apariencial y se tiene la creencia casi generalizada de que la educación pública es una calamidad, para el caso de las instituciones educativas de antes, era sinónimo de calidad de enseñanza y equivalente a mejor disciplina, orden y trabajo. “San Ramón” tenía tantos alumnos ya en ese tiempo que, cuando salían con sus faroles e infinidad de “motivos” en sus carros alegóricos por la avenida 13 de Julio, con motivo de la celebración de su fiesta patronal de aniversario,

resultaba que los primeros años ya llegaban a la plaza de armas, en tanto los de cuarto y quinto años recién se alistaban para dejar el local del colegio en tanto las velas en el interior de sus antorchas casi ya se habían terminado de consumir, sin siquiera haber iluminado ni un pedacito de las calles por donde se realizaría el desfile.

En ese colegio “San Ramón” desde el término del primer bimestre, se acostumbraba formar los equipos de trabajo para confeccionar los “motivos”, con los que se desfilaba el 30 de agosto desde las 7 de la noche, por todas las calles principales de Cajamarca. Los “motivos” en aquel tiempo, eran carros alegóricos que representaban una situación histórica, un hecho relevante ya ocurrido o premonitoriamente por ocurrir, una crítica social caricaturizada a manera de un terrible bocinazo o, en el último de los casos, cualquier otra ocurrencia de los estudiantes para fregar la paciencia a sus profesores o a la gente importante de la ciudad como: a algunas autoridades displicentes, a los malos vecinos, a los enemigos de la cultura y de la conservación del ambiente o hasta a aquellos personajes pintorescos que siempre existen en los pueblos. Uno de esos años, los alumnos de una sección de estudios, sacaron por ejemplo como motivo a un “gallo” —en franca alusión a uno de sus profesores al que le decían “Gallo Coquero”— que, por viejo, iba poniendo huevos por todo el recorrido, seguido de una gallina clueca que le cacareaba reclamándole que cumpla algo a lo que él estaba obligado, pero que el pobre gallo ya no podía cumplir por su edad, porque a esa altura de su vida ya sólo podía poner huevos, en burla y venganza porque dicho profesor les

obligó a esos alumnos a embetunarse los zapatos, con una pasta casera que él les enseñó a fabricar en el curso de Educación para el Trabajo, pero que terminó de pisparles y malograrles a todos los muchachos sus zapatos de diario.

Un poco al margen de los “motivos” de las fiestas patronales de agosto del colegio “San Ramón”, hacía pocos años que el Instituto Industrial N° 5 o “Politécnico”, como más se lo conocía, nada menos que por ley específica, pasó a ser un componente obligado de lo que hasta ese momento había sido el ya vetusto colegio “San Ramón”. Así lo había dispuesto el general Manuel Apolinario Odría, presidente de la república, al tiempo de legalizar su creación heroica: las Grandes Unidades Escolares.

Pero, en la práctica, el “Poli” no llegó a integrarse jamás a los quehaceres propios de la secundaria común, que era por demás numerosa y que, por decir lo menos, congregaba a la mayor parte de los alumnos del colegio que, por vocación o prejuicios existentes en contra de la formación técnica, preferían hacer la secundaria común que era, en forma más definida, de orientación humanista. Además del “Poli”, formaba parte también de “San Ramón”, la Escuela Primaria N° 121, que por estar conformada por “ratones”, tampoco estaba involucrada en lo que la secundaria común hacía. Pero lo más ventajoso de este colegio, era el hecho de que contaba con un internado, al cual venían estudiantes desde todo el departamento, con becas para estudiar gratis con cama, comida y alojamiento incluidos. Sin embargo, al “Poli” le cabe el mérito bien ganado de ser el artífice de la

creación y surgimiento de la mayoría de talleres de mecánica, carpintería de madera, carpintería metálica, ebanistería y, electricidad y radio electrónica, que comenzaron a surgir en aquella Cajamarca de calles tranquilas y de contados carros transitando por ellas.

Para Jorge “Picho” lo ideal habría sido que estudiara interno en el colegio “San Ramón”, porque para estudiar era medio marrajo desde chiquillo. Pero, conseguir una vacante en ese internado para él, hubiera sido tarea imposible. No tenía buenas notas y los que lograban entrar de internos allí, lo hacían justamente por ser alumnos con notas sobresalientes en su escuela de procedencia. Según como contaba su madre: doña Ida Isabel González, tampoco fue posible matricularlo en la secundaria común, porque esa parte de la Gran Unidad Escolar siempre estaba que rebalsaba de alumnos, y una forma de seleccionarlos era por sus notas, que en el caso de Jorge “Picho”, como ya se dijo, no eran sobresalientes, salvo en Educación Física y Manualidades.

Así que, a más no poderse otra cosa y, como así lo había sugerido su profesor de la primaria: don Alfredo Montoya Salazar, lo que más le convenía era el “Polí”, por sus capacidades innatas para las cosas que no requirieran de mucho pensar ni de mucho uso de razonamiento matemático. Así que... allí matricularon a Jorge “Picho” bajo una aparente aceptación suya.

El apelativo de “Picho” se lo pusieron los muchachos del jirón El Inca tan pronto llegó de Moyobamba, o más bien de la

Ochora en forma específica, acompañado de su particular dejo de charapita, para cursar el tercer año de primaria. Pero él no era natural de esa selvática tierra. Jorge “Picho” era natural de la “Heroica Ciudad de Tacna”. Nació allí cuando a su padre: Julián Navarro López, que era guardia civil, lo trasladaron a ese lugar según la modalidad de rotar en el trabajo a sus efectivos, que aquella institución policial tenía y tiene hasta ahora. A Tacna fue su padre, acompañado de su esposa Yolanda González Escalante —madre biológica de Jorge “Picho”— y de sus dos menores hijos Javier y Edinson, que nacieron antes de ese viaje en la ciudad de Lima, a cumplir con su nueva reasignación, lo cual se llevó a cabo sin ningún tipo de contratiempo. Tan pronto llegaron a Tacna, lograron conseguir una vivienda adecuada en arriendos, en la que se instalaron como era la costumbre entre los policías, ayudándose mutuamente para conseguir lo necesario para comenzar y de allí, con el tiempo y poco a poco, ir adquiriendo lo que faltara para la sobrevivencia, para después tener que rematar casi todo, cuando nuevamente tuviera que ser reasignado a otro lugar diferente.

Según se supo después de ocurrida la muerte de la madre de Jorge “Picho”, a Yolanda González le sobrevino una de las tantas enfermedades de sobreparto que se producían en aquel tiempo, no se sabe si por problemas de asepsia en general, por una septicemia no controlada en el útero, que quedó bastante maltrecho después del alumbramiento o por la carencia de antibióticos —que por aquella época eran escasos o no existían— lo que fue definitivo en su fallecimiento. Finalmente,

aunque ya no importan mucho ahora las causas de tal hecho, la cosa es que la madre de Jorge “Picho” murió cuando no debió morir. Pero lo cierto fue que murió y que pudo morir, incluso, por alguna contaminación hospitalaria común en esos tiempos en los nosocomios de provincias, después de dar a luz a Jorge, porque eso era también muy frecuente incluso en la capital de la república.

El padre de Jorge “Picho”: Julián Navarro López, tan pronto logró obtener la partida de defunción correspondiente de la Oficina de Registro Civil de la Municipalidad Provincial de Tacna, después de sepultar a su esposa en medio de una austeridad comprensible, se puso a gestionar su retorno a Lima, lo que logró justamente gracias a la difícil situación en que se había quedado: viudo con tres hijos varones, uno de ellos recién nacido y sin tener ningún familiar en esa localidad que lo pueda ayudar a sobrellevar tan terrible y dramática situación. Sin embargo, a pesar de toda la celeridad en los trámites que tuvo que hacer con ese fin, recién pudo conseguir su resolución de reasignación a Lima después de tres meses de accionar frente a la dura burocracia policial de aquel tiempo. Conseguir un traslado en esas situaciones, aunque el caso estuviera ciento por ciento justificado, requería de ciertas influencias que el padre de los niños huérfanos estaba muy lejos de poseer en la ciudad de Lima, como hijo de dos “ilustres personajes desconocidos” que vivían casi en forma invisible y sin ninguna notoriedad en la selva peruana.

Sin embargo, como no hay peor gestión que la que no se hace, a doña María Timotea Escalante, tía “madre” de su recientemente fallecida esposa Yolanda, se le ocurrió que tal vez solicitando una entrevista directa con el Director de la Policía Nacional —*porque había que hablar con la cabeza para lograr algo, en lugar de perder el tiempo haciéndolo con las ramas, encima sin mayores esperanzas*— ella podría lograr alguna cosa. Así que, sin mayores trámites, hizo que su marido don Leonidas Valles, guardia civil también y asistente personal de dicho jefe, le consiguiera la ansiada entrevista. Así fue como, incluso con lágrimas para argumentar mejor la situación crítica del viudo y de los tres niños huérfanos en un lugar tan lejos y sin la cercanía de ningún familiar para brindarles alguna forma de socorro, tan necesaria en estos casos, doña María Timotea consiguió por fin que a Julián Navarro López lo reasignaran de urgencia a la ciudad de Lima en forma resolutiva.

Cuando Julián Navarro López por fin logró llegar a Lima con sus tres hijos, Jorge “Picho” ya tenía tres meses de edad. En el Aeropuerto de Limatambo —no existía ni en sueños todavía el actual aeropuerto “Jorge Chávez”— les estuvieron esperando: doña María Timotea Escalante Rojas, residente en Lima, tía abuela de la fallecida Yolanda, con esposo policía, con un sólo hijo que cuidar y mantener y de ocupación profesora; doña Isolina Escalante Rojas, residente en la Ochora, Moyobamba, viuda con ocho hijos, algunos logrados y otros todavía estudiando la secundaria, más un nieto de yapa, pero con un terreno suficientemente grande a orillas del río Indoche, como para poder sostener al nieto que le tocara recibir para criar esta

vez; y doña Ida Isabel González Escalante, con tres hijos a cargo, residencia en Tarma y esposa de Gonzalo Cabanillas Chávez, chofer de la empresa de transporte de pasajeros “González” que cubría la ruta entre Tarma y Lima.

Antes de la llegada a Lima del sufrido padre de los tres niños huérfanos de madre, los familiares más cercanos de éstos y en consejo de familia, acordaron que: de Javier se haría cargo su tía “abuela” María Timotea, de Edinson lo haría su abuela materna Isolina, a la que llamaban “Ishuca”, y de Jorge, su “tía madre” Ida Isabel, las mismas que asumirían desde ese momento el rol de madres de todos ellos para los efectos de la crianza y educación. Por eso, tan pronto como estuvieron instalados en la casa de Lince que la tía María Timotea tenía en ese tiempo en la ciudad de Lima, comunicaron este acuerdo al atribulado padre, quien, por la premura de tener que presentarse a servicio al día siguiente, o porque era la salida que le pareció más conveniente en ese momento álgido de su vida, aceptó la oferta que le hicieron sin pensarlo dos veces.

No hubo necesidad de papeles judiciales de transferencia, ni del cumplimiento de ningún otro requisito de formalidad por lo menos notarial del acuerdo, convenio o arreglo familiar en la que se establecieran los compromisos de cada quien. Todo se hizo tan sólo de palabra y con esa buena fe que era característica de la gente de aquellos tiempos. Una vez entregados los niños a cada uno de sus receptores, doña Ida Isabel viajó de inmediato a Tarma, con su canasta de pañales y un bebito apenas de tres

meses de edad, doña Isolina con Edinson, de dos años de edad, viajó primero a Chiclayo por tierra, para de allí viajar por avión a Moyobamba, y desde allí a la Ochora en caballo; y doña María Timotea se quedó en Lima con el mayorcito de los tres: Javier, de cuatro años de edad.

En Tarma, bajo los cuidados y cariños de su “tía madre” Ida Isabel y los de su esposo Gonzalo Cabanillas —su nuevo padre de allí en adelante— al que todos conocían sólo como “Borrao”, por las huellas de un acné rebelde de la adolescencia que le atacó allá en su lejano Huacapampa, Jorge “Picho” comenzó a crecer como un perfecto “shishaquito” —diminutivo de “shishaco”— que es como suelen llamar en la selva a la gente natural de la sierra. Con chapas en los cachetes, piel sonrosada, cabeza de canasta por los rulos ligeramente rubios que le colgaban por las orejas y el cuello y, sobre todo, con una salud que a todos daba envidia en un niño de su edad, Jorge comenzó a crecer y a hacerse cada vez más buen mozo. Era en verdad un niño muy hermoso, aún cuando a nadie se le había ocurrido todavía, que algún día le pondrían la chapa de “Picho” con la que le bautizarían muchos años después en Cajamarca, por ser el más ratón de todos los niños de su edad, que por ese tiempo, alborotaban la primera cuadra del jirón El Inca como unos verdaderos diablillos.

Todo andaba muy bien para Jorge “Picho” allá en Tarma. El esposo de la que ahora hacía el papel de su madre, era por demás considerado y cariñoso con él, trabajaba duro en la empresa de

transporte de pasajeros “González” y, dejando un día, regresaba de Lima con noticias de la familia que radicaba allí y trayendo alguna que otra cosita de regalo para sus hijos, pero especialmente para el más pequeñín de todos: Jorge. Pero, como el diablo acostumbra siempre meter su rabo allí donde todo está en paz, uno de esos días, debido a unos amoríos locos de Gonzalo con una prima de cuyo nombre doña Ida Isabel nunca quiso acordarse, ambos resultaron enemistándose, al parecer sin visas de llegar a una cercana reconciliación, ante lo cual, haciendo gala del último esfuerzo de comprensión que les quedaba, acordaron separarse temporalmente para que Ida Isabel, *“a fin de darle un poco más de tiempo al tiempo mientras se restañan las ofensas y cicatrizan las heridas”*, se fuera a vivir en la Ochora junto a su madre: doña Isolina Escalante, que a su vez vivía con Edinson —uno de los hermanitos huérfanos mayores de Jorge “Picho”— además de Alfredo Izaguirre, primer hijo de Ida Isabel, al que ésta había dejado en poder de su madre en la Ochora para irse a vivir a Lima, según dijeron, para separarse del padre de Alfredo, que era casado y tenía ya en la friolera de ocho hijos que mantener hasta ese momento.

Ida Isabel viajó de Tarma a Lima con toda su prole ocupando una fila completa de cuatro asientos, en uno de los buses de la empresa “González” que tenía como chofer justamente a su esposo Gonzalo, con pasajes gratis de cortesía conseguidos por éste, según cómo era la costumbre en tales casos, pero comportándose como desconocidos casi durante todo el trayecto. Después de un accidentado viaje de ocho horas por

carretera sólo afirmada con ripio, en el que la mayoría de los pasajeros casi terminaba vomitando hasta sus tripas, por el soroche que era producido por los recovecos que formaban las curvas construidas para trepar o bajar las interminables gradientes de la cordillera central de los Andes, pero especialmente por la altura de el Ticlio, llegaron a la casita de la cuadra catorce del jirón Ancash, en los Barrios Altos de Lima, en la que vivían los familiares de Gonzalo: su madre doña Celina Chávez, su hermano menor Julio y sus hermanas Luz y Auristela, ambas, con sus esposos e hijos. Allí, a pesar de la estrechez de la casa de dos habitaciones y un patio, fueron recibidos con alegría.

Ida Isabel, por su parte, junto con sus bártulos más indispensables, llegó a Lima con sus hijos Dora, Luis y Celina a cuestas y con sus sobrinos: Jorge "Picho", de un año de edad y Rosa, de diez, a los que siempre los había criado como a sus propios hijos, con la firme decisión de seguir viaje hasta la selva. Allí en Lima, no valieron para nada todos los ruegos y asesoramientos de que no se separara de su marido ni que, mucho menos, se fuera en condición de separada a vivir tan lejos de éste, es decir hasta la selva, lugar al cual si no era por avión, no se podía llegar de otro modo. Peor todavía si con esa acción, dejaba al marido libre como el viento para que aletee todo lo que quiera con la nueva querencia. Sin embargo, a pesar de todo y de todas las circunstancias, Ida Isabel siguió en sus trece. Lo único que lograron fue que su hija mayor Dora, se quedara un tiempo en Lima para internarse en la Climática de Magdalena, hasta restablecerse de una flacura que sin ser desnutrición aguda ni

crónica, ni mucho menos la temible tuberculosis, daba la impresión de serlo.

Para que Dora no estuviera sola en el internado y, encima separada de su madre y de sus hermanos, lo cual nunca había ocurrido jamás hasta ese momento, gestionaron ante la Climática de Magdalena que le permitieran quedarse acompañada de su prima Rosa, que rebozaba de gordita y que era la salud andando, pero con quien Dora estaba acostumbrada a vivir desde siempre, ya que al poco tiempo del nacimiento de Rosa, su padre Dionisio García Villalobos falleció en Huánuco, su tierra natal, hasta donde se trasladó para recuperarse de una bronco neumonía incurable en ese tiempo en Lima, por su clima frío y húmedo de invierno, a diferencia de Huánuco que tenía todo el año un clima frío pero seco, *“mil veces más suave y beneficioso incluso que el de Jauja, que era por demás friolento”* comparado con aquél. Sin embargo Jauja, era el lugar de la sierra al que acostumbraban los médicos de Lima, indicar como receta a la gente para curarse de sus males del pulmón.

Las primas hermanas Dora y Rosa se criaron juntas desde que vinieron al mundo. Rosa era mayor que Dora un par de años, pero eso no fue óbice para que, primero en Lima, luego en Tarma y por último en Cajamarca, se criaran desde que nacieran como hermanas y bajo el mismo techo. Cuando Auristela, la madre de Rosa —hermana menor de Gonzalo— contrajo nuevas nupcias con el guardia civil ancashino Félix Sorados Lostanau que, en lo que a carácter se refiere, al parecer tenía muy malas

pulgas, un par de años después de quedarse viuda del padre de Rosa, ante el temor de que en algún momento “don Sorados” reaccionara como el padrastro que era en realidad de Rosa, que todavía era una criatura, los padres de Dora acordaron que la niña se fuera a vivir con ellos a Tarma, situación que no cambió ya nunca más, y que se prolongó incluso hasta después que Auristela, su madre, se separara del último de sus esposos: el guardia Félix Sorados.

Arreglados todos esos detalles familiares pendientes que siempre aparecen cuando ocurre una separación matrimonial y sin mayores preparativos, los mismos que se hicieron en la casa de la madre de Gonzalo Cabanillas, en medio de un silencio parecido al que se produce cuando se tiene un difunto velándose en la casa, y conseguido algún dinero adicional para el largo itinerario que les esperaba, Ida Isabel emprendió el viaje por tierra a Chiclayo, en donde tenía que embarcarse a Moyobamba en uno de los aviones bimotores de la empresa aérea Faucett, junto con sus hijos Luis, Celina y Jorge “Picho”. El viaje de Lima a Chiclayo duraba en todos los casos no menos de catorce horas y se hacía por una pista asfaltada —que se parecía a un río apacible de charol— nueva y recientemente construida, pero los omnibuses que hacían el recorrido, aunque no eran viejos ni destartados, no desarrollaban velocidades superiores a los sesenta kilómetros por hora, y en las cuestas, como las de Coscomba y otras que había por el camino, el carro viajaba con una lentitud escalofriante.

Un poco más de las nueve de la noche de ese mismo día, arribaron a Chiclayo en donde, de inmediato, tuvieron que conseguir alojamiento, el mismo que lograron en el "hotel" Adriático, un hospedaje que ofrecía este servicio a precios módicos. Allí durmieron esa noche en dos camas ubicadas en paralelo, de una habitación pequeña y oscura pero limpia, después de cenar en una restaurante chino de las cercanías, donde Ida Isabel también se aprovisionó de agua hervida para los biberones de Jorge, gracias a la amabilidad de sus dueños, que sin existir motivo aparente, quedaron prendados de los cachetes sonrosados del bebé y de sus rulos que le caían hasta los hombros como canelones. Antes de acomodarse para dormir, tuvieron que indicar al hotelero que los despertara temprano, antes de las siete de la mañana, para poder desplazarse con tiempo y holgura al aeropuerto de Chiclayo. El viaje a Moyobamba desde allí, si el tiempo estaba bueno, se haría a las nueve horas.

El avión bimotor en el cual tuvieron que volar hasta la selva, llegó al aeropuerto con puntualidad inglesa sabe Dios desde donde, pero se demoró un poco en diversos preparativos y verificaciones que hicieron al aparato una serie de trabajadores enfundados en mamelucos de color naranja. Finalmente, a eso de las nueve y treintaicinco de la mañana, dieron el aviso para que los pasajeros se subieran a la nave voladora. Ida Isabel lo hizo junto con sus tres niños, cortésmente ayudada por un joven que, es de suponerse, no era otro que el auxiliar de vuelo del piloto. En medio de un ruido realmente ensordecedor, el avión alzó

vuelo y se perdió en las nubes que siempre hay en las estribaciones de la Cordillera de los Andes de la Sierra Norte del Perú, de allí, con la altura suficiente, remontaría los ramales de la Cordillera Occidental y Oriental para, una vez superadas, poner rumbo a su destino: el pequeño aeropuerto de Moyobamba.

Después de más de una hora de un vuelo completamente accidentado, por la infinidad de “baches” existentes en el trayecto, es decir, de aquellas caídas como los de una hoja de papel en un barril sin fondo, y de aquellas subidas, en las que toda la aeronave vibraba como la sexta cuerda de una guitarra acústica, o si se quiere, después de haber saboreado en forma repetida y sin aviso, lo que le ocurría al estómago cuando había que utilizar el ascensor recién instalado en el enorme edificio construido en la intersección de la avenida Abancay con la avenida Nicolás de Piérola para el Ministerio de Educación, los pasajeros llegaron a su destino: el aeropuerto de Moyobamba, en el cual el aparato aterrizó después de darse una vuelta olímpica por el valle del Alto Mayo, como quien reconoce el terreno y tantea el viento. Muchos años después de este acontecimiento, cuando Ida Isabel contara a su nuera Manuela Tapia, esposa de su hijo Lucho, que el avión para aterrizar se guió por una especie de cigarro enorme que señalaba la dirección del viento, ésta muy suelta de huesos le dijo que conocía el tal artilugio y que más bien “esa cosa” se parecía más al condón de “Margarito” que a una veleta. Margarito como se llegó a saber, fue el hombre más “largo” de todo el Perú.

Tan pronto aterrizó el avión en uno de los extremos de una pista de aterrizaje de un sólo carril íntegramente construida con ripio compactado, el avión pasó raudo y siempre acompañado de un ruido ensordecedor, hasta donde terminaba el otro extremo de la pista, para de allí dar una vuelta de ciento ochenta grados y regresar a paso cansino hasta el frontis de las instalaciones burocráticas del aeropuerto, donde se ubicó con la ayuda de un hombrecito que le hacía señales con banderas de colores al piloto del avión, para indicarle hasta donde y por donde el bimotor tenía que avanzar para aparcar.

Terminado ese trajín, se apagaron los motores y se abrió la puerta ovalada del avión. Por allí comenzaron a salir los pasajeros para bajar por una pequeña escalera portátil con ruedas, que un par de empleados acoderó justo debajo de la puerta oval. Primero bajó la tripulación, luciendo un semblante de quien no ha quebrado un huevo, y luego los sufridos pasajeros, más muertos que vivos, con sus caras pálidas, sus sorderas y sus dolores de oído, sin poder disimular, después de dejar en los espaldares de sus asientos, más de una bolsa llena con todo lo que habían comido y tomado en Chiclayo, antes de iniciar el viaje.

Cuando Ida Isabel bajó del avión, con Jorge “Picho” en brazos y sus hijos Luis y Celina caminando por delante como pequeños pollitos de una mamá gallina que viene cloqueando por detrás, toda una comitiva de familiares ochorinos les estuvo esperando, con la impaciencia reflejada en sus rostros curtidos por el sol, propia de aquellos que han estado contando los minutos para

poder tener la alegría de abrazar a los recién llegados, después de una muy larga separación.

Cuando por fin Ida Isabel y sus acompañantes dejaron el campo de aterrizaje propiamente dicho y se internaron en la sombra y frescor, propios de una habitación con techo allá en ese clima, los abrazos comenzaron a sucederse como en un concierto y, casi sin darse cuenta, su hermano Demetrio se había hecho cargo del más pequeñín de los recién llegados: Jorge “Picho”, en tanto los otros dos ratones recién llegados, eran igualmente atendidos por los demás familiares, aunque un poco a regañadientes por parte de los chiquitines que, sin saber por qué, eran cargados, abrazados, apachurrados y besuqueados por un montón de gente que para ellos, era gente completamente desconocida.

Nunca hasta ese momento los habían visto. Sólo Alfredo permaneció a un costado del grupo y sin participar en aquella algarabía, esperando poder reconocer a su madre y que ésta hiciera lo propio. Sabía a ciencia cierta de que aquella señora blanca de ojos muy negros era su madre, pero quería poder reconocerla por el llamado de la sangre también, a pesar de que no la había visto en vivo nunca hasta ese momento... Pasado todo el alboroto, Ida Isabel preguntó:

— Y mi Alfredito... ¿Dónde está?

— ¡Acá estoy mamá! —y madre e hijo se fundieron en un abrazo por tanto tiempo soñado, ella con lágrimas en los ojos y

el niño, con una sensación desconocida para él hasta ese momento recorriéndole toda la espina dorsal. Hasta ese momento, la única madre que Alfredo había tenido era su abuelita Ishuca, pero ella, esta vez, estaba tan atareada en cariñar a sus nietos recién llegados que, aparentemente, se había olvidado de que el nieto que había estado criando con tanto esmero existía, en razón de lo cual, para Alfredo, sentirse reconocido y abrazado por su madre verdadera era algo tan gratificante que no tuvo palabras para describirlo en su corazón ni en su pensamiento, que se puso a calcular hasta cuando tendría él esta inefable felicidad—.

Luego de recabar los equipajes, previa entrega del ticket respectivo por cada uno de ellos al encargado de los mismos, éstos comenzaron a caminar en hombros de los familiares que habían venido a la recepción hacia el lugar donde se habían quedado amarrados los tres caballos que trajeron desde la Ochora, justamente para este propósito. En uno de ellos, acondicionándolos con una larga reata, se acomodaron las maletas y cajas que acababan de traer los recién llegados y dos caballos se dejaron libres para que en uno de ellos viaje Ida Isabel y en el otro su madre: doña Isolina Escalante, que por ser la matrona de todos los allí presentes, tenía esa preferencia. El resto de la comitiva tendría que hacer el recorrido sencillamente a pie.

A Jorge “Picho”, bien acomodado sobre una caja de cartón en la que Ida Isabel trajo manzanas y duraznos desde Lima, que no pudieron ubicarse como carga en el caballo destinado para ese

fin, lo tuvo que cargar su tío Demetrio sobre la espalda, durmiendo como lirón sobre un mar de pañales y mecido por el suave trajín de la caminata de un joven en la flor de su juventud, que ya era el arquero titular indiscutible de la selección de fútbol de su colegio: el centenario "Serafín Filomeno" de Moyobamba, que militaba por costumbre desde hacían ya muchos años, en su liga provincial de fútbol. Pero Demetrio González no era sólo el arquero de la selección de fútbol de su colegio, lo era también, y en forma indiscutible, del seleccionado del departamento de San Martín para las ocasiones especiales en que se dieran compromisos deportivos y justas de esta naturaleza.

A Lucho, el niño pecoso y zarco, de seis años de edad que hablaba seseando, lo acondicionaron en la grupa del caballo que venía manejando doña Isolina, su abuela, y en el anca, encaramado como un mono, venía Alfredo, el primer hijo de Ida Isabel que, hasta esa fecha y hasta algún tiempo después, viviría con su abuela. Celina, por su parte, con sus tres años de edad, venía en la grupa del caballo que le correspondió a Ida Isabel que, a pesar de los muchos años de vivir lejos de la Ochora, no se había olvidado de cómo se maneja un caballo que, para su caso, era el más manso de los tres que se habían traído como parte de la comitiva de recepción.

Ese día, a eso de las ocho de la mañana, dos horas después que la comitiva de recepción de los que iban a llegar de Lima enrumbara viaje hacia Moyobamba, cayó uno de esos chaparrones por la parte de las cabeceras del río Indoche que hizo que éste se llenara de bote a bote en su cauce. Por eso,

cuando todos llegaron al vado del río, hubo que llamar a gritos al vadero, que atravesó el río de inmediato con su canoa y se acercó solícito para pasar por el río crecido y de un solo viaje, a todos los integrantes de la singular comitiva. A los caballos hubo que desensillarlos y, a la carga, acomodarla en el interior de la canoa como mejor se pudo. Con suerte, todo se hizo con la gracia de Dios y a pedir de boca, aún cuando a los caballos se les tuvo que ayudar a cruzar el río jalándolos desde la canoa con la soga de su cabestrillo, para que la corriente no se los lleve de bajada, lejos del vado y no pudieran salir debido a que las orillas del río, más abajo del vado, estaban como la madre naturaleza les permitía que estuvieran, es decir, de su cuenta y llenas de maleza.

Pasado el río teñido de chocolate por la creciente y ya cuando comenzaba a mermar su caudal, como suele ocurrir siempre después de una buena lluvia por esos lugares, ensillaron de nuevo a los caballos, acomodaron la carga y a todos las personas que iban a hacer el viaje sobre ellos y siguieron el recorrido, no sin antes dar cuenta de los juanes que doña Isolina había traído a Moyobamba para fiambre. El resto del camino se hizo un poco más despacio, por la dificultad que tenían los caballos para caminar por un camino real que se había vuelto por demás fangoso, debido a la lluvia que por esa parte había caído en forma copiosa, pero que por Moyobamba no había ni siquiera amenazado caer. Finalmente, todos los viajeros llegaron a la Ochora. En la casa de doña Isolina Escalante les estuvieron esperando don Julián Navarro y doña Natividad López, abuelos maternos de Jorge "Picho", que desde hacía más de una hora,

habían estado contando los minutos para conocer a su nieto:  
Jorge “Picho”...

**CAPÍTULO III*****La abuela Nati***

En la Ochora el bebé que llegó desde Tarma en avión bimotor “Douglas” de la empresa Faucett, con sus cachetes sonrosados, su cabeza de canasta, sus ojos verdes y su boca chiquitita, con labios color de fresa en forma de llave para encerrar los elementos de un conjunto de la matemática, esa que algunas personas suelen denominar “moderna”, muy pronto llamó la atención de toda la gente, a los que les pareció completamente raro e inusual que un niño pudiera tener chapas naturales en sus mejillas. Además de que resultaba obvio que desconocían que en la sierra todos los niños y las niñas los tienen sin excepción y que las chapas son patrimonio de niños pobres y ricos, la mayoría de la gente de la Ochora pensaba que todos los días, la madre de Jorge se daba el trabajo de echarle un poco de “rush” a sus mejillas, igual que hacían allí en el pueblo las mujeres antes de irse al baile social de los sábados, para colorearse las pálidas mejillas y los labios. El caso singular, sin embargo, era que éste niño que ellos creían que había llegado recién desde la costa — porque nadie podía saber que en realidad había venido desde Tarma— en el pueblo tranquilamente hubiera sido catalogado como un legítimo e innegable “bebé fo”, por sus rizos, su pelo

medio rubio y su bien cuidada presencia, o lo que en el habla de la Ochora sería ni más ni menos que un *“huambrillo bien pituquito, ya vuelta”*.

Una de las personas que más se impresionó con la fachada y la pinta de Jorge “Picho”, fue su abuelita paterna Natividad López, a la que en el pueblo sólo le decían “Nati”. Esta abuelita el mismo día que lo conoció, de tanto quererlo, lo dejó tan “ojeado” que su otra abuela, la materna, es decir doña Isolina Escalante, tuvo que limpiarlo tres veces seguidas con huevos frescos de gallina negra, que con suerte, tenía a pasto en su gallinero. Para conseguirlos, sólo había que darse el trabajo de buscarlos en alguno de los nidos donde cualquiera de las gallinas negras que poseía, se hubiera ido a poner sus huevos. Pero eso fue fácil de resolver, porque el encargado de cuidar a las gallinas en esa casa era nada menos que Alfredo, el primer hijo de Ida Isabel, ese niño que ella tuviera no más cuando cursaba el tercer año de educación secundaria en Moyobamba, hacían ya más de nueve años y que se había quedado con su abuela Isolina, cuando su madre —como ya se dijo— fue algo así como deportada de la Ochora hacia Lima, según cómo era la costumbre de hacerlo en esos casos y en ese tiempo, tanto en la Ochora como en cualquier otra parte del Perú que no fuera Lima, para que no siga viéndose con el padre del muchacho. Cuando una situación similar, en cambio, ocurría en la capital de la república, las familias optaban por deportar a las hijas a alguna hacienda de la sierra o la selva, que algún pariente cercano tuviera por allí o, en todo caso, a alguna provincia costeña del sur o del norte. Nazca,

Arequipa o Moquegua, en el sur eran buenas alternativas y Trujillo, Chiclayo o Piura lo eran en el norte

Durante todo ese tiempo, según como acostumbraba criar a sus hijos doña Isolina, a Alfredo, desde que comenzó a tener uso de razón, le acostumbró a la idea de que tenía que *"desquitar la sal"*, haciendo algún trabajo en la casa y asumiéndolo con toda la responsabilidad necesaria. En razón de esa especie de ordenanza familiar, Alfredo tenía que levantarse con la aurora, antes de que amanezca, para arrear a las aves de corral desde el gallinero hasta la huerta, darles de comer desgranando las mazorcas de maíz que fueran necesarias, recoger los huevos de los nidos del gallinero y guardarlas en una canasta de tiras de carrizo que en la cocina, su abuela tenía dispuesta para ese fin exclusivo. Por las noches, desde donde estuviera y tan pronto comenzaba a oscurecer, igualmente, Alfredo debía regresar a su casa para corretear a todas las aves de corral que ya se estuvieran acomodando para dormir sobre los árboles frutales, pero especialmente sobre un árbol de tutuma o huingo de la huerta que, por tener las ramas muy bajas, eran las preferidas de esas aves para pasar la noche. No era posible dejarlos a la intemperie, especialmente a las gallinas y su tanda de polluelos —porque los patos se defendían muy bien— para que durmieran al aire libre, porque durante la noche los depredadores, pero muy especialmente los canchules, las apresaban por sus pescuezos con sus rabos pelados y se las llevaban sin que puedan proferir ni siquiera un solo cacareo, hasta los pilancones de pencas que delimitaban los terrenos de las huertas de las casas, donde las devoraban en menos que canta

un gallo, dejando solo las plumas para servir de prueba de tal daño.

En razón del tal trabajo, que estaba a cargo y bajo la responsabilidad directa de Alfredo, doña Isolina siempre tenía a mano los huevos que hicieran falta, para limpiar del mal de ojos a sus nietecitos recién llegados. Porque, si particularmente Jorge "Picho" era el que más ojeadas recibía, especialmente de sus abuelos paternos, Celina la menor de las hijas de Ida Isabel, también resultó con que el estómago se le elevaba de la nada, con algunas fiebre-cillas que no la dejaban dormir por las noches y que, además, algunas veces le producían náuseas y vómitos, por lo que, hubo que presumir que también había sido ojeada por alguno de los visitantes. Y no era para menos, la pequeña era dueña de una carita simplemente hermosa y deslumbrante, tenía el cabello negrísimo, al igual que unos ojos grandes del color del azabache, que parecía que reflejaban en su interior todos los misterios del almendral de la Pampa del Morro, y que para variar, resplandecían sobre una piel blanquísima con la apariencia del raso. Al zarquito y pecoso, es decir a Lucho, que andaba de arriba para abajo como si fuera el rabo de Alfredo, su hermano mayor, casi no le ojeaban porque ya estaba más grandecito, además de que, por existir en la Ochora muchos descendientes de shilicos, era más bien de un tipo si no común, por lo menos algo frecuente.

Lucho, el hermano menor de Alfredo, con apenas seis años de edad, desde que llegó a la Ohora, quería ir a donde su hermano

fuera. Para ciertas cosas, era una ayuda para éste, ya que le podía ordenar que le hiciera tal o cual mandadito o comisión, como recoger los huevos de sus nidos o ayudarle a arrear a las gallinas para que duerman en el gallinero. Sin embargo, también era una especie de dolor de cabeza para él, especialmente cuando una de esas mañanas se puso a ovar los huevos de una gallina y se rompió más de la mitad al sentarse sobre ellos, pero más que todo, cuando se iban a chapucear a la laguna de Viejo Chimba o cuando iban a la chacra y se bañaban en el río Inchoche, porque él todavía no sabía nadar y no había cuándo termine de aprender a hacerlo, por lo que Alfredo tenía que estar cuidándolo para que no se ahogue, lo cual resultaba muy difícil, porque se encaprichaba en hacer justamente lo que todavía no podía, sólo por querer hacer lo mismo que su hermano mayor. Sin embargo, a pesar de todo, Alfredo aprendió a cargar con el hermano menor a donde se fuera, incluso cuando tenía que ir a acarrear la leña del monte.

Como hacía ya algún tiempo que Ida Isabel y sus tres hijos hubieron llegado de Tarma, pero sobre todo, como era sábado por la tarde y no había casi nada de leña en la cocina, la abuela de Alfredo le pidió a éste que fuera al monte *“aunque sea a traer un poco de chamisa para que, cuando se acabara la leña definitivamente, tengan siquiera lo necesario para terminar de hacer los alimentos”*. Como esa clase de órdenes Alfredo las tenía que cumplir sí o sí, de inmediato fue en la busca de Ashuco, su compañero de carpeta de la escuela —que según su partida de nacimiento era Asunción pero que nadie se acordaba de eso— para que le acompañara a

hacer el mandado, como que recogía él también un poco de leña que siempre hacía falta en cualquier casa. Allí en la Ochora existía la costumbre de cambiar los nombres por sus diminutivos o simplemente por “despreciativos”. El caso de “Ashuco” era pasable, por decirlo de alguna manera, porque era un nombre inconfundible de varón, por donde se lo pronuncie o se lo escuche, pero esa no era la situación, por ejemplo, de “Charo” que correspondía al nombre de Rosario, pero que caía mejor en una mujer, o el de “LLuni” o “Jeshu” que, arreglados a la usanza ochorina resultaban más bien apelativos andróginos sin importar que correspondan a los de Dionisio y Jesús, respectivamente.

En la época en que Alfredo cursaba la primaria en la escuela de varones de la Ochora, todos estudiaban en horario discontinuo de mañana y tarde, con excepción del día sábado que sólo iban a clases hasta las once de la mañana. Por esa circunstancia, los días sábados por la tarde, los escolares acostumbraban ir a traer leña del monte. Pero, como esa tarea ni siquiera los adultos la realizaban solos —en la selva no es bueno andar solos, menos siendo menores de edad— para realizarla, los muchachos hacían los tratos entre compañeros a la hora de la salida de la escuela, una vez concluidas las clases. Esos tratos eran como el “chócale para la salida” de los otros días, que solían hacer los pendencieros que nunca faltan y que, en algunas ocasiones, valía también para los sábados. Por esa razón, Alfredo sólo tuvo que ir a la casa de su compañero de estudios y avisarle que había llegado la hora de ir a la leña. Le advirtió además que llevaría a su hermano Lucho —cuatro años menor que él y recién

matriculado en transición— ante lo cual le contestó Ashuco que él, ni de vainas, llevaría a su hermano menor —al que le decían Chencho en lugar de Lorenzo— porque según dijo, era más lloronazo que un ayaymama y más perezoso que un shihui.

Alfredo por su parte le dijo que su hermano Lucho, a pesar de que tenía sólo seis años de edad y de que recién había llegado de Tarma, no iba a ser ningún problema, excepto por el hecho de resultar más preguntón que vieja chismosa. Antes de eso, a la hora de almorzar, tan pronto terminaron su ración de poroto shirumbe que doña Isolina les sirvió bien yapada, porque *“a los peones se les tenía que dar de comer como debe ser para que puedan sacar la tarea”*, aviados con sus sombreros de paja, sus machetes bien afilados en la piedra que para ese fin tenían en el patio de la casa y, con las pretinas nuevecitas de pabilo, fabricadas en Soritor por los shishacos de Leymebamba, que la madre de ambos compró hacía poco, Alfredo y su hermano Lucho fueron hasta la casa de Ashuco para pasarle la voz e irse al monte. La casa de Ashuco tenía una cocina grande situada en la parte posterior. Estaba provista de un gran fogón de leña y se desempeñaba también como comedor, pero sin mesa ni sillas para ese fin. Allí comían sentándose en unos banquitos de tablas de “cedro masha” que se sostenían sobre una estructura en forma de X, hechas de la misma madera.

La sala en cambio, era una habitación grande que podría tipificarse como de “usos múltiples”, ya que servía como “sala de recibo” —aunque sin más muebles que una banca tallada con

machete y azuela—, como taller para hacer sombreros y como dormitorio, entre otras utilidades como las de despensa y almacén de las mazorcas de maíz amarradas en huayungas, o de los costales de frijoles secos. Como la puerta de la casa de Ashuco estaba siempre abierta, al igual que todas las casas de la Ochora en ese tiempo, porque no habían aparecido por allí todavía los rateros, estirando el pescuezo para ver adentro, Alfredo pudo distinguir a la madre de aquel, que se hallaba sentada en el suelo sobre un pellejo crudo de vaca, secado al sol bien salada previamente con sal chacha molida, en la posición típica que adoptan las mujeres para tejer sombreros de paja de bombonaje. Fue entonces que inocentemente le preguntó:

— Doña Llico, ¿está Ashuco?

— Que Ashuco, que Llico, ni qué ocho cuartos me viene usted huambrillo —le contestó la madre de Ashuco en tono respetuoso primero, para después tutear a su gusto a Alfredo como se acostumbra en la selva— ¿no sabes acaso que mi hijo se llama Asunción y que yo no soy Llico sino Gregoria?

En vista de que Alfredo se quedara totalmente anonadado ante esa respuesta, como queriendo hacer una aclaración doña Gregoria continuó diciendo:

— ¡Ay! por Dios estos muchachos de ahora, por gusto se van a la escuela. No aprenden ni siquiera a tratar a la gente con el debido respeto, como se acostumbraba antes. Tú, segurito, que has de ser su nieto de doña Ishuca ¿no es así condenado

huambrillo? —un poco intimidado por el desacostumbrado proceder de la madre de Ashuco, que le pareció por demás raro e inusual, Alfredo solamente asintió con la cabeza, luego lo más cortésmente que pudo le volvió a hacer la pregunta corregida según cómo ella quería que la hiciera—:

— Doña Gregoria, ¿está Asunción?

— Para qué ya vuelta le necesitas, huambra —dijo de nuevo tuteando a Alfredo, pero esta vez, empleando el leísmo que es típico en la región—.

— Quiero que me preste sus cuadernos de “Vida Animal” y de “Niño y la Salud”, por favor —mintió Alfredo, cosa que hay que inferir que no le creyó, por los atavíos que llevaba junto con su hermano, pero que juzgó que no tomó en cuenta, porque dejó a un lado el sobrero que estaba haciendo y como pararse le dijo:

— Espera un ratito, está rajando leña allá en el patio, ahorita le llamo —y le llamó de esta manera— ¡Ashucoooo!... te llama su nieto de Doña Ishuca, para que se vayan a la leña. Aquí está en la puerta, parado junto a un zarquito y pecoso que me parece que es su hermanito y uno de los hijos de la Idita que recién los ha traído desde la costa o desde donde será—.

Ashuco apareció más rápido que inmediatamente en la sala de su casa, ataviado igual que Alfredo y su hermano Lucho: con sombrero de paja, machete y pretina a rayas de lana de carnero, también hecha por los shishacos de Leymebamba y, aunque estaba aparentemente cansado y con la frente sudorosa por la

faena de rajar leña que estaba realizando, le dijo como quien apura a salir a Alfredo para ir a realizar el trabajo aquél:

— Vamos rápido cumpita. Al lado de la Collpa he descubierto reciencito un purmal en donde hay harta leña, puro “ingainitas” secas en su paradito no más —y se fueron caminando al trote por el camino de tierra, primero por la Pampa del Chorro y luego por un camino de leñadores, hasta bandear la Colpa y llegar al purmal—.

La Collpa era una quebrada que se hallaba a una distancia de más o menos cuatro kilómetros de la Ochora y se recorría a pié aproximadamente en una hora. Leña se podía conseguir a menor distancia en los montes arbustivos que circundaban el pueblo, pero por lo general allí se podía conseguir sólo “chamisa” pero no “ingainas” como decía Ashuco. Las ingainas eran unos árboles de tallo leñoso casi recto, propias de los purmales, que daban muy buena llama y especialmente una excelente braza por el carbón tan aguantador que producían una vez que ardían.

Cuando llegaron al purmal lo que había dicho Ashuco sobre la existencia de buena leña resultó completamente cierto. En medio de las shapumbas y los otros arbustos se encontraban las ingainas enhiestas y secas, listas para el fogón. Sólo era cuestión de cortarlas en trozos, liarlas en un tercio y cargarlas con la pretina sobre la cabeza, hasta la casa. En esa tarea estaban un poco a las ganadas con Ashuco, cuando Lucho comenzó a preguntar dónde iba a poder ver a una de esas culebras a las que su madre tenía

tanto miedo. La verdad era que se podía encontrar víboras en el monte sólo de pura casualidad, ya que, por lo general, ellas suelen tener la costumbre de huir tan pronto sienten la presencia humana, por lo que resulta difícil el poder verlas o el toparse con ellas.

Como Lucho, cansado de tratar de cortar un palo que le habían alcanzado para que se entretenga y no moleste, se acercó a su hermano Alfredo y le estuvo jalando del pantalón para que le indicara "*donde podría ver una culebra*", como quien dice algo por decirlo solamente, señalándole una mullaca que sobresalía en medio de unas shapumbas, Alfredo le dijo:

— ¡Mira... allí debajo de esa mullaca, hay una culebrota!

La mullaca es una planta silvestre que produce unos frutos anaranjados y amarillos, más pequeños que una cereza, muy dulces y sabrosos, aunque con un sabor característico parecido al del camu camu, del que se alimentan los pájaros y animales silvestres, entre ellos, las víboras. Alfredo le había dicho eso, sin imaginarse nada fuera de lo común, incluso estuvo un momento viendo a su hermano Lucho cómo se acercaba a la mullaca, tratando de descubrir con sus ojos zarcos, la culebra que le habían dicho que estaba escondida en ese lugar. Más... para su asombro y consternación, pudo escuchar que decía zezeando como era su costumbre, por tener los dientes superiores ralos:

— ¡Uyy...! ¡Qué linda culebrita!, zus pintitaz ze parecen a laz que tiene el zinturón de mi papá Gonzhita, allá en Tarma. Ahorita me la encaleto, para llevarla hasta la casa y enzeñárzela a mi mamazita. Zeguro que ella ze va a alegrar muchízimo...

¿Qué otras cosas diría? Alfredo ya no pudo escucharlo más. De un salto se encaramó a su lado para, de un tirón de su camisa — que para variar la tenía afuera del pantalón— jalarlo a dos metros de distancia de la víbora, justo cuando estiraba la mano para tratar de coger *“a la culebrita que se parecía al cinturón de su papá”*. Al mirar por donde su hermano se estaba acercando, Alfredo pudo ver que la víbora se encontraba enroscada como una manguera, debajo de la mullaca. Así enroscada como estaba tendría más o menos treinta centímetros de alzada, su cabeza casi del tamaño de su puño cerrado, oscilaba rítmicamente como un péndulo y, sus ojillos —brillantes como choloques— después de explorar lo que había frente a ella, comenzaron a mirar con una fijeza que los dejó paralizados durante unos minutos que, presumiblemente, les parecieron la eternidad completa.

En ese momento de paralización eterna, a pesar del susto inenarrable que afectaba todos los sentidos y movimientos de Alfredo, de su mente comenzaron a brotar a borbotones, como chorros de agua de un puquio, mil ideas. Ninguna era tranquilizadora. Todas estaban impregnadas de un terror inaudito a esa desconocida que es la muerte y que tantas veces ya la había visto venir a llevarse a la gente. Se imaginaba que la serpiente les estaba clavando sus dientes de uña de gato, inyectándoles su

mortal veneno una y otra vez, o que les enrollaba y apretaba con sus anillos constrictores quebrándoles todos los huesos, hasta asfixiarlos. Cuando por fin pudo atinar a hacer algo, como gritar a Ashuco para que viniera a auxiliarles, la teoría de que los ofidios “echan hilo” o hipnotizan con su mirada a sus víctimas antes de atacarlas, surgió como una luz en el cerebro de Alfredo. “Entonces era verdad”, se decía, pero ya para entonces su amigo Ashuco estaba a su lado diciéndoles:

— ¡Que pasa cumpita!... qué pasa... qué pasa...

— Mi machete, cumpa Ashuco, alcánceme mi machete que está al lado de mi tercio de leña, lo necesito ahorita para cortar el hilo —si Ashuco le hubiera mirado en ese momento, se habría dado cuenta que estaba más pálido que una flor de algodón y que un sudorcillo frío comenzaba a aparecer por su frente y su nariz—.

— ¿Qué hilo cumpita...? ¡Qué hilo cumpa Alfredo por el amor de Dios! Dígame de qué hilo está hablando, porque yo no veo ninguno...

— El hilo que nos ha echado esa maldita Shushupe que está allí, debajo de la mullaca, enroscada como una humallina —le dijo Alfredo señalando con su dedo índice el lugar en donde estaba la viborota y haciendo referencia a la “humallina”, que es un trapo enrollado sobre el cual las mujeres de la selva cargan sobre su cabeza, cualquier bulto o paquete—.

Sin mirar todavía a la víbora, Ashuco le alcanzó su propio machete diciéndole:

— Corte el hilo con mi machete cumpita, está bien filulla.

Al tener empuñado el machete, fue entonces que recién Alfredo pudo recuperar todos los movimientos de su cuerpo, especialmente los de sus brazos, por lo que, sin más trámite ni demoras, se puso a dar de machetazos al hilo imaginario que supuestamente les hubo echado la víbora. Libre más del susto que del hilo de la víbora, comenzó a elaborar un plan de acción concreto para salir con bien de esa amenaza de muerte que significaba la presencia de esta tremenda viboraza, que se hallaba a no más de tres metros de distancia de donde estaban. Hasta eso, Ashuco ya había identificado donde estaba enroscada la víbora y tal como había ocurrido con Alfredo, pensó de inmediato que se trataba de una shushupe, por lo que se acercó a para decirle:

— Devuélvame mi machete cumpita, con el de usted yo no me acostumbro — dijo Ashuco alcanzándole a Alfredo su machete y cogiendo el suyo, que éste se lo entregó casi automáticamente— ¡hay que buscar una buena varilla de carachaspi para darle duro a esta maldita! —Agregó señalando con su dedo a la serpiente que seguía enrollada como una humallina y mirando con sus ojillos de choloque todo lo que ocurría en su derredor— ¡no se quede allí parado cumpita, vamos rapidito a cortar nuestras varillas! — volvió a reiterarle

Ashuco, esta vez, casi como llamándole la atención por la actitud impávida que había sumido—.

En menos que canta un gallo, cada uno de los tres matadores de víboras tuvieron una varilla de carachacaspi en sus manos, gracias al eficiente aprovisionamiento que de ellas les hizo Ashuco. Mientras tanto, y según pudieron observar, el ofidio ni siquiera se inmutó ante tanta bulla y aspaviento que hizo éste para cortar las varillas y dejarlas libres de sus ramillas. La serpiente se había quedado quieta y de su boca casi cerrada y sin labios, salía sólo su larga, negra y ramificada lengua en rítmico e instintivo compás, supuestamente, en la tarea de averiguar la presencia de cualquier cosa que signifique peligro para su existencia, en cuyo caso, de ser una shushupe, atacaría sin misericordia ni demora pero con su consabida eficacia. ¿En qué hora había traído al monte a su hermano menor? —Se preguntaba Alfredo, porque habría sido preferible mil veces, que se hubiera quedado llorando a gritos en la casa en lugar de traerlo a exponerlo a una muerte segura y tan horrorosa como la de perecer a causa de la mordedura de una víbora como la shushupe... en eso estaba, cuando Ashuco le volvió a la realidad otra vez diciéndole—:

— Creo que es una shushupe, cumpita. Si no le quebramos el espinazo al primer golpe, esta maldita nos va a atacar y nos va a seguir todo el camino y si nos alcanza, ¡Ay Tayta Diosito...ni pensarlo es bueno! Así que... ¡a darle duro a la maldita!

Si era una shushupe, como temían, la situación era muy grave. Estas serpientes además de ser muy venenosas, tienen la

costumbre de perseguir a sus víctimas con tal rapidez que, al mejor corredor de velocidad del mundo suelen dar alcance en un santiamén. Su mordedura, además de feroz, es mortal, no sólo por la inoculación de una cantidad inusual de ponzoña en el cuerpo a través de sus colmillos de uña de gato, sino por la carencia de antídotos o sueros para este tipo de veneno. Además, cree la gente, más por imaginación que por conocimiento verificable, que las shushupes tienen un agujijón en la cola, parecido al de la mantarraya marina, con la que producen picaduras más dolorosas que las mismas mordeduras efectuadas con sus dos poderosos colmillos. Imaginando todo eso y, más que todo, acicateados por un miedo inenarrable, premunidos de aquella furia visceral e indescriptible que, justamente, era producto de sus más ancestrales temores, comenzaron a descargar sobre la víbora tantos garrotazos con sus varillas que sería difícil enumerar. Los golpes le llegaban a la serpiente sin descanso ni tregua alguna.

A los pocos minutos, jadeando de cansancio, vieron como el ofidio se desenroscaba y se retorció como queriendo huir de una golpiza que no había cuando termine, hasta que, finalmente, pudieron identificar que su cabeza triangular, completamente aplastada y sangrante se quedaba inmóvil a ras del suelo. Su largo y escamoso cuerpo, sin embargo, no había cuando pare de contorsionarse como vientre de odalisca árabe. Cuando por fin se miraron a la cara, estaban más sudorosos que caballos después de subir la cuesta de Pucacuro con ocho arrobas de sal chacha como carga. Lucho, el hermano menor de Alfredo, mientras

tanto, instrumentado tan solo con sus seis años de experiencia limeña y tarmeña sobre su nariz pecosa y sus ojos zarcos, mudo por la alucinante escena que acababa de contemplar, no terminaba de comprender la salvaje y despiadada matanza del que había sido objeto *“el pobre animalito, que nada noz había hecho y que sólo comía ezos frutitoz coloradoz debajo de la guinda”*. Sin embargo, el recuerdo del cinturón de su padre le clarificó un poco las ideas y entonces habló:

— Pobre culebrita, parece que ya ze murió. Ahora zí, de zu pellejo me podré hazer un lindo zinturón como el que tiene mi papá Gonshita en Tarma. Pero la mía zerá máz bonita, porque va a tener máz pintitaz...— y siguió hablando y hablando, o mejor dicho, *“zezeando”* a través de sus cuatro muelas ralas delanteras—.

Repuestos del cansancio, Alfredo y su cumpa Ashuco se pusieron a arreglar sus tercios de leña, incluyendo el que cargaría Lucho. Luego, buscaron una soga silvestre para amarrar la cabeza de la víbora y llevarla remolcada hasta el pueblo. Por más que le hablaron de lo inoficioso que resultaría esta tarea, Lucho continuó en sus trece de llevarla hasta la casa para hacerse con su pellejo un cinturón mejor que el que tenía su papá en Tarma. Ashuco y Alfredo, por su parte habían encontrado el pretexto perfecto para poder alardear de esa hazaña en el pueblo: no todos los días en la Ochora, se mataban shushupes de más de tres metros...

Como por donde tenían que regresar había llovido a cántaros — en la selva llueve a torrentes por un sector del terreno en tanto por otro no cae ni una gota— sabían que remolcar la shushupe resultaría una carga adicional a sus tercios de leña, que difícilmente podrían sobrellevar todo el camino, de un lado porque los tercios de leña eran lo suficientemente pesados y del otro, porque jalar con ese peso a la serpiente iba a resultar una tarea agotadora. Por esa razón, convencieron a Lucho para que él la llevara arrastrada, pero para ello tendría que dejar el tercio de chamisas que le habían preparado exprofeso, lo cual aceptó sin chistar y con alegría. Así pues, con Lucho remolcando la serpiente adelante, emprendieron el camino de regreso. Al llegar a la entrada del pueblo, casi les era imposible contener el flujo desbordante de orgullo que inflaba la totalidad de sus pellejos, pero especialmente a sus pechos lampiños todavía.

Cuando la gente salía de sus casas a mirarles, a pesar de que sus miradas se concentraban en el zarquito, que era el que arrastraba a la tremenda víbora, aunque con mucha dificultad a esas alturas, los corazones de Ashuco y Alfredo parecían que iban a salirseles del pecho o, peor aún, a estallar. Y no era para menos. Según sus propias estimaciones, la shushupe debía medir más de tres metros y hasta donde se sabía, no sólo era una de las serpientes más venenosas de la selva sino también era la más feroz y temible por la forma cómo atacaba a sus víctimas. Conforme avanzaban por la calle que servía de entrada al pueblo, por el sector del chorro, que es por donde venían, don Silverio Sandoval, viejo vecino de esa parte de la Ochora, salió de su casa

y se acercó a los matadores de serpientes entre sonriente y curioso. Cuando ya se preparaban para recibir las felicitaciones que presumían les iba a dar sin escatimar ningún adjetivo y en forma por demás abundante, mirando con pena a “la shushupe” sólo atinó a decir:

— Pobre mantonita... por gusto le han matado muchachos.

Qué desengaño más brutal sintieron entonces. Su inflado orgullo, que estaba por llegar al cielo, se bajó al instante de la misma manera en que se desinfla un globo de cumpleaños al reventar. La mantona, con excepción de Lucho que desconocía por completo esas cosas —Alfredo y Ashuco en cambio sí lo sabían y de sobra— es una serpiente inofensiva, no ataca al hombre, sus colmillos carecen de conductos para inocular veneno al morder, y sólo se alimenta de roedores dañinos, frutos silvestres, gusanos y otros bichos. En lugar de constituir un peligro son una ayuda para el hombre, especialmente en las chacras de cultivo, donde hace labores de limpieza de roedores y bichos, además de guardianía.

Sin embargo, el golpe recibido en el corazón, tuvo la virtud de clarificar las cosas especialmente en el apesadumbrado cerebro de Alfredo. ¡Qué shushupe ni qué shushupe! Esta era una mantona y nada más. Por eso no atacó a su hermano Lucho cuando se le acercó a curiosear por donde ella estaba aquerenciada debajo de la mullaca. Por eso no se avalanzó a morderles e inocularles su mortal ponzoña, cuando estuvieron a

pocos centímetros de ella y a su alcance, paralizados por el miedo, por eso su tranquilidad, por eso... ¡pobre mantona!, y con cuanta ferocidad, salvajismo y saña golpearon su inofensivo —aunque repugnante— cuerpo, con las varillas de carachacaspi. Si hasta hicieron que Lucho le propinara sus propios garrotazos, cada vez que alguno de sus anillos se contorsionaba en uno de sus tantos movimientos reflejos. Continuaron las dos cuadras que faltaban para llegar a sus casas, con las cabezas gachas y las miradas un paso adelante de dónde irían sus pisadas, avergonzados por haber cometido una atrocidad que no sabían de qué magnitud era y con qué se castigaba. El único que continuaba con la actitud ingenua del triunfador era Lucho, el hermano de Alfredo, para él, el cadáver de la serpiente no era de mantona, era de una culebrota —su nombre no importaba— que iba a servir para hacerse un cinturón mejor que el que su padre tenía en Tarma.

Media cuadra antes de la casa de Alfredo, se quedó su cumpa Ashuco en la suya, con su tercio de leña como único trofeo de la aventura que acababan de vivir. Alfredo y su hermano, en cambio, siguieron caminando el trecho que faltaba. Alfredo cargando su tercio de leña y Lucho, remolcando la mantona como si fuera una larga manguera para regar el jardín. A pesar de la forma tan silenciosa en que llegaron, la madre de ambos salió a recibirles con un alborozo inusitado, tan sólo comparable a lo que habría ocurrido si —sanos, salvos y sin que les falte un brazo o una pierna— estuvieran retornando de la Guerra del Cenepa. Como ya el ocaso comenzó a invadir con su oscuridad todo el

ambiente de la Ochora y los ninacuros empezaron a hacer centellear su abdomen incandescente, Ida Isabel sin mirar bien lo que arrastraba su hijo Lucho, llegó corriendo hasta él para abrazarlo y, posiblemente, para gratificarle con varios picoretos —total, era todavía muy pequeñín— cosa que no habría sido posible en el caso de Alfredo por venir cargando un tercio de leña... En eso, vio con precisión lo que venía arrastrando con aire triunfal su pequeño hijito... Después de lanzar un alarido escalofriante que retumbó en todas las huertas de naranja del pueblo, se cayó patas arriba, ¡tiesa!... del susto.

Costó algún trabajo reanimarla en la banca de la sala donde habían depositado su cuerpo exánime, a los vecinos que vinieron a ayudar a recogerla del suelo. Después que recuperó el conocimiento, no paraba de abrazar y besar a sus dos hijos, con la misma devoción con que lo habría hecho Martha cuando su hermano Lázaro fue resucitado por Cristo. Para ella, habían realizado una hazaña inverosímil para su edad, que nadie creería que hubiera ocurrido en la realidad, cuando, de presentarse la oportunidad, lo contara a sus vecinos en la calle Maravillas de los Barrios Altos de Lima, si es que regresaba otra vez con su esposo Gonzalo.

Pasado por fin este incidente, el hecho de que a Jorge “Picho” lo ojearan con tanta frecuencia, se debía a que en realidad el niño era hermoso, por sus cachetes con chapas, por su naricita medio respingada y tan pequeñita que era difícil verla a simple vista, por sus canelones casi rubios que le caían enroscándose hasta sus

hombros, por sus ojos verdes del color de la uva Italia, pero más que todo, por esa boquita suya que era un verdadero punto, ubicada tan sólo un poquito más arriba de una quijadita partida igualita a la del actor de cine Kirk Douglas, que ya para ese tiempo, había filmado "Ulises". Por esos detallitos es que, seguramente, todos los moradores de la Ochora resultaban antojándose de él y tan pronto lo veían, de tanto quererlo, lo dejaban casi siempre peor que con "ojeada de borracho" que, según decían los conocedores de esas cosas, era más fuertes que las ojeadas de los negros, los que según doña Isolina, sin ser para nada racista, decía que debían tener la mirada muy fuerte ya que, a pesar de que se bañaran con jabón hechizo de penca, siempre tenían su olorcito característico a cobre.

La abuela Nati de Jorge "Picho", por su parte, era una mujer menudita, tanto por su tamaño como por su contextura: tenía la piel blanca un poco percutida por el sol de la selva y los cabellos negros como el azabache pero lacios, que los peinaba con una raya al medio de la cabeza y que le caían sueltos hasta más abajo de media espalda. Era además, flaca como suelen serlo la mayoría de las mujeres de por allá y jamás hubiera podido disimular que ya estaba entrada en años, porque eso se notaba a la vista. Por lo menos debía estar andando con unos sesenta años auestas, bien trajinados en esos climas infaustos de la selva, donde las mujeres no utilizan ninguna clase de menjunjes para cuidarse la piel, ni el cabello, ni mucho menos el cuerpo. Para lavarse el pelo, por ejemplo, no había nada mejor que un jabón líquido que cada familia fabricaba en sus casas con manteca de choncho, sal de

soda y lejía, que se conseguía destilando en una lata y con la ayuda de agua hirviente, la ceniza de los fogones o tullpas que cada cocina tenía que tener. A este compuesto se le adicionaba penca azul y hasta las cáscaras de las pepas del choloque, en el momento en que se lo tenía que hervir a fuego lento por más de tres horas, en un gran perol de cobre. Para lograr un resultado excelente, había que remover todo el contenido del perol, del mismo modo que en la sierra se remueve la leche de vaca sin descremar y el azúcar, para fabricar el manjar blanco.

Como resultado de esa química casera salía como producto un jabón líquido de color casi negro, más eficaz que cualquier champú de la actualidad, para disolver la grasa de la cabeza y para matar en el acto a cualquier inquilino de los pelos, como podían serlo los piojos y las liendres o "chías", como en el pueblo solían llamar a esta últimas. Con esas bondades ya habría sido suficiente, sin embargo, el dichoso jabón negro de penca tenía además otras propiedades maravillosas. Con una sola jabonada antes del baño, la gente se curaba milagrosamente de ácaros y hongos en su piel. Cicatrizaba además cualquier forúnculo, herida o raspadura, aún cuando a ciertas personas les librara igualmente con la misma eficiencia y eficacia de todos esos males con pelos y todo, especialmente cuando se trataba de varones que, por lo general, tenían el cabello más delicado que las mujeres, las mismas que en contrapartida, siempre lucían una cabellera hermosa sana y frondosa como hay pocas.

Según decían, no había porqué echarle la culpa al jabón negro por la calvicie de algunos hombres, ya que presumiblemente éstos perdían la cabellera porque solían andar ensombreados durante los días laborables, desde el lunes hasta el sábado por la noche, momento en que se embadurnaban su cabeza con aceitillo marca "Glostora", para ir con los pelos literalmente enmantecados hasta la raíz y brillando, al baile social que todos los sábados había en el pueblo. Como es natural en este tipo de casos, los calvitos inventaron que su alopecia o calvicie era más bien un signo inequívoco de la virilidad de los hombres que la padecieran, estableciendo una especie de proporcionalidad muy simple que se traducía en algo así como: a más calvicie, más virilidad a la hora de la verdad en que la shushupe del hombre tenía que hacer estragos en aquella oquedad que algunas mujeres cuidan más que al resto de su cuerpo, en tanto otras lo reparten como sencillos del capillo de un bautismo con padrino sebo.

Sobre eso de que existían mujeres que lo repartieran como sencillo de capillo de padrino sebo, solía contar don Nicanor Reátegui allá en la Ochora, que como director de la Escuela Primaria del Distrito, en alguna oportunidad de su vida, el Inspector Provincial de Educación de Moyobamba le designó para que vaya hasta Yantaló como presidente del jurado examinador de fin de fin de año. Yantaló por ese entonces era un pueblito más pequeño que la Ochora y quedaba al lado opuesto de su Morro, al que había que ir por la cuenca de la quebrada de Tioyaco por un camino de herradura. Como el disponía de un buen mular para esos menesteres, les comunicó a los maestros de

Yantaló que no le enviaran cabalgadura ni propio en calidad de arriero. El iría sólo y puntualmente como era su costumbre, pero que le aseguraran su alojamiento y dispusieran lo de su alimentación como era de ley. Después de tres días bien jalados de trabajo examinador de los 84 alumnos que los tres maestros del lugar tenían a cargo, a eso de las cuatro de la tarde dieron por concluida su ardua labor.

Los otros integrantes del jurado examinador como eran de Moyobamba, pidieron a la hora del almuerzo no más, que les tuvieran listos los caballos para poder regresar tan pronto concluyeran el trabajo a sus casas. Ir desde Yantaló a Moyobamba era más fácil y cerca que hacerlo de Yantaló a la Ochora. Sobre eso, el macho que don Nicanor había traído como cabalgadura, parece que había hecho de las suyas, como era su costumbre, y se había mandado cambiar por su cuenta, hasta las pampas que bordeaban la Ochora, donde siempre vivía, porque no lo encontraron por ningún lado en la inverna en la que lo dejaron. En razón de ese percance, tendrían que conseguirle nueva acémila para que se regrese y, como eso demoraría un poco, pues lo tenían que conseguir de los padres de familia, los tres profesores del lugar le aconsejaron que mejor se quedara, “piernoctara” por última vez en Yantaló y al día siguiente, muy temprano, que se regresara a su casa.

Don Nicanor pasó por alto eso de que “piernoctara”, no porque no haya comprendido su significado, sino por decencia, y agradeció el ofrecimiento. Como ya no habría qué hacer hasta el

día siguiente, después de cenar se fueron por allí a tomar una mistela. Serían las diez de la noche cuando aparecieron en el recinto dos jovencitas a las que su colega, el director de la escuela elemental de Yantaló, les hizo pasar con mucha amabilidad para luego ordenar al dueño de la cantinita que les sirviera una mistela, lo cual el hombre hizo de inmediato. Mientras las dos hermosas muchachas bebían su mistela, le dijo acercándose un poco a las orejas de don Nicanor, que una era “la gripe” y que la otra era “la sorda”. Que se había tomado la libertad de hacerlas llamar como parte de las atenciones que él le debía al presidente del jurado. Y... que si quería, eligiera a una de ellas solamente o que, si por el contrario, prefería a las dos, se las podría llevar para que duerma esa noche con ellas.

Don Nicanor como maestro de vasta experiencia y, sobre eso, con algunos años demás encima del copete, sabía perfectamente que en algunos lugares los colegas solían agasajar a los miembros de los jurados examinadores de sus alumnos, con esta clase particular de obsequios. Por eso, con una gran dosis de cortesía, tuvo que desestimar la oferta, aclarando que no lo hacía porque no le gustaran las dos “huambros” allí presentes, sino no porque era un hombre muy correcto y leal a sus convicciones y a su esposa, aun cuando, intrigado, pidió a su colega que le explicara eso de “la gripe” y “la sorda” con el que se refirió a las dos mujeres:

— Muy sencillo coleguita. A la una le dicen “la gripe”, porque a todos les da, y a la otra le dicen la sorda, porque cuando

escucha “siéntate” ella se echa —le contestó su colega el director de la escuela elemental de Yantaló muy suelto de huesos, un poco contrariado todavía por el hecho de que don Nicanor no le haya aceptado tan apetecible ofrecimiento y por desperdiciar una oportunidad como esa—.

Así estando las cosas, en la apacible Ochora comenzaron a transcurrir los días, uno tras otro, en ese sonsonete sin fin en el que, sin que nadie se diera cuenta, Jorge “Picho” resultó primero caminando como borrachito, para después andar correteando y saltarineando como gacela por la huerta de doña Isolina, su abuela materna, con tal gracia que, aunque ya no era presa de las ojeadas, porque hacía tiempo que había perdido las chapas tarmeñas y se había vuelto medio “posheco” como todos los ochorinos, Jorge “Picho” no dejaba de recibir por lo menos una visita al día de parte de su abuela “Nati”. Para protegerlo del ojo de esta abuela, su otra abuela Isolina le tuvo que amarrar en una de sus muñecas, un huaylulo especial que ahuecaron con clavo caliente para pasar por allí la cinta roja que, además de sostener el huaylulo era parte del seguro contra cualquier mal de ojo. Esta cinta que cuando nueva era roja, en la muñeca de Jorge “Picho” adquirió un color ambarino tirando para marrón, a pesar de las lavadas frecuentes de que era objeto por parte de cualquiera de la familia y hasta de la Casilda, la empleada doméstica que siempre había trabajado en la casa de doña Isolina y que, a pesar de haberse casado con su Pancho, no quería dejar ese trabajo donde siempre había sido tratada con un respeto y una consideración especiales por parte de todos los integrantes de esa familia, y en

especial, por doña Isolina que la trataba como si fuera una de sus hijas, ante la pena de no tener a su lado a ninguna de ellas.

Doña Nati y su esposo Julián, antes de la llegada a la Ochora de Jorge “Picho”, tenían la costumbre de ir los lunes muy de mañana, a “mansionar” en las chacras que tenían por las cabeceras del río Indoché, que quedaban a más de tres horas a pie del pueblo, siendo esa la razón por la que preferían ir allí de quedada por toda la semana. Los sábados solían bajar en una balsa por el río, trayendo plátanos, yucas y otros productos que allí cultivaban. Pero, la aparición de Jorge “Picho” en sus vidas les cambió esa costumbre de raíz. Los dos abuelos decidieron quedarse en el pueblo y mandaban a la chacra a su hijo Abel y a sus yernos, para hacer las labores culturales que todo cultivo requiere, más aún, si se considera el hecho de que en la selva, la hierba crece hasta convertir a una chacra en purmal, de la noche a la mañana. Por esa razón, una vez tomada esa decisión, tenían tiempo de sobra para ir a hacerle guardia a su nietecito en la casa de su abuela materna doña Isolina, y para llevarlo a su casa en calidad de “prestadito” para poder cariñarlo allí a su gusto y regalada gana, hasta convertir ese ritual especial en una costumbre cotidiana.

Hasta que uno de esos días en que su abuela Nati se lo llevó a su casa, para colmarlo de cariños, de obsequios, de dulces y de toda clase de frutas, con tanta largueza que el niño regresó por la noche con dolor de barriga y jugosas diarreas, al extremo que hubo necesidad de rehidratarlo por vía oral con suero glucosado,

amén de suspenderle la leche y darle una dieta a base de panatela de plátano verde secado al sol, preparada en infusión de hojas tiernas de guayaba y hierba luisa, como se estilaba en ese tiempo para curar estos males. Las hojas tiernas de la guayaba, a falta de esta fruta que da sólo cuando es su tiempo, tienen propiedades astringentes y por ese detalle, son un excelente remedio para las diarreas de los niños y hasta de los adultos, del mismo modo que en la sierra es utilizado el membrillo para el mismo propósito.

Por esa misma época, su tía Ida Isabel que hasta esa fecha era su única madre, consiguió trabajo de profesora en la Escuela Primaria de la Ochora. Don Nicanor Reátegui, Director de la Escuela de Varones e Inspector Distrital de Educación, llegó un día a la casa de doña Isolina Escalante y preguntó por su hija Ida Isabel. De inmediato, ésta se encontró frente al viejo y respetado maestro de la Ochora y escuchó sorprendida esta propuesta:

— Bueno pues Idita, como sé que no tienes trabajo ahora y estás separada de tu esposo que se ha quedado en Tarma, yo he cometido la ligereza de proponerte para cubrir la plaza de maestra que ha dejado vacante por cese, la señora Encarnación Sánchez, allí en la Escuelita Elemental, donde ella era la directora. Claro, no te he propuesto como directora sino como maestra auxiliar y para la dirección, en el mismo documento donde te propongo a ti, también estoy proponiendo que le encarguen la dirección de la escuela a la señora Blanca Rojas, que sin ser titulada, tiene ya cerca de 20 años de servicios, en tanto

tú, Idita linda, recién ingresarías a la docencia oficial. Pero, la oportunidad esta mejor que ni pintada para ti...

Frente a tal ofrecimiento que ni siquiera lo había soñado, por el cual, de la nada, se le presentaba la ocasión de tener un trabajo permanente, no mal remunerado y, encima de eso, nada menos que de maestra de una escuela en su pueblo, con lo cual se le solucionarían de un solo golpe, el hecho de estar separada de su esposo y sujeta a que éste le envíe algún dinero para la mantención de sus hijos, sin pensarlo mucho respondió:

— Gracias don Nicanor. ¡Acepto encantada!

— Está bien Idita, pero me tienes que alcanzar, si es posible ahora mismo, una solicitud pidiendo el trabajo, acompañando el último de tus certificados de estudios y tu partida de nacimiento —le aclaró don Nicanor Reátegui, haciéndole saber verbalmente que, por el pantófono, ya se había comunicado con el Inspector Provincial de Moyobamba y que éste ya le había aceptado la propuesta, y que se adelantó a hacerlo de ese modo, porque daba por hecho que ella aceptaría el trabajo—.

Llenado el requisito solicitado, de inmediato don Nicanor Reátegui, como Inspector Distrital de Educación y la máxima autoridad educativa del pueblo, le hizo llegar de mano propia un memorándum por el que le daba posesión del cargo y por el que le instaba que de inmediato vaya a hacerse cargo de sus alumnos que, por ser muy pequeños, necesitaban con urgencia de una

profesora. Así lo hizo Ida Isabel pero este hecho se constituyó en el pretexto más simpático que pudo aprovechar la abuela Nati de Jorge “Picho” para llevar al niño todos los días a su casa, dizqué para ayudarle a su otra abuela en el cuidado de éste, en vista de que *“como la Idita ahora trabajaba de maestra, no le quedaba mucho tiempo para cuidar al chiquito”*.

De buena fe más que por otra cosa y porque jamás imaginaron que a partir de ese momento comenzarían a perder al pequeñín, tanto Ida Isabel como su abuela Isolina, aceptaron esa propuesta de la abuela Nati de Jorgito como algo natural y hasta comprensible. Además, como existía el antecedente de que infinidad de veces ya se había llevado al niño para devolverlo a su poder por la noche en forma indefectible, hasta el punto de volverse casi una costumbre cotidiana, esta nueva petición no tenía nada de extraño ni de raro. Y así estuvo ocurriendo la cosa por varios días, hasta que en uno de ellos... el niño ya no fue regresado a su casa por la noche como había estado ocurriendo siempre. Frente a este nuevo hecho, nadie pensó nada malo, total, era natural que algún día el niño también se quedara a dormir en la casa de aquella abuela que le venía por la vía paterna.

Pero el niño no volvió al segundo día ni... al tercer día... Completamente preocupados ya por la situación presentada, se fueron a reclamarlo... sólo para encontrarse con una orden escrita del padre: Julián Navarro López, por el que autorizaba a su madre Natividad López y a su padre Julián Navarro —de

nombres y apellidos como él— a quedarse con la custodia de Jorge. La orden estaba sellada, visada y con la inequívoca firma enredada sobre la post firma impresa con un sello ad-hoc, de un juez de menores de la capital de la república. Según como parecía, frente a tal documento no había nada que se pudiera hacer. Se trataba de una orden judicial clara y taxativa por la cual el padre del niño cedía la custodia de su hijo Jorge a sus abuelos Julián y Natividad.

Fueron vanas las consultas al juez de paz de la Ochora, a un abogado de Moyobamba y a toda la gente que llegaba a la casa a compadecerse de la que, hasta hacía poco, había sido la única y acomodada madre de Jorge “Picho”, la misma que, no habiendo otra cosa que hacer, lo lloraba como para muerto, como vanas resultaron todas las reclamaciones y peticiones —de las que se hacen con cortesía y de las otras, que se hacen a gritos y cuando la ofuscación ante lo inaudito hace perder la racionalidad— debido a que doña Nati demostró ser más dura que una piedra pómez que se utilizaba en la Ochora para afilar los machetes para la chacra, ya que no se enterneció ni se compadeció en lo más mínimo de las súplicas y los llantos de Ida Isabel y, antes por el contrario, demostró con sus actitudes, estar más decidida que nunca a quedarse con él niño a como diera lugar... según tenía entendido y de acuerdo con sus planes... ¡para siempre!

Lo único que pudieron hacer fue entregarle toda su ropita, sus zapatitos, sus juguetes, un par de biberones y hasta algunas de sus fotografías de bebido.

Según lo que doña Isolina Escalante —la abuela materna de Jorge “Picho”— opinara sabiamente después de ocurrido el hecho, no estaba mal que su abuela paterna Natividad López quisiera asumir el rol de madre del niño, ni estaba mal el hecho de querer llevarlo a su lado para criarlo y educarlo, toda vez que éste era huérfano y necesitaba sin discusión que alguien asumiera el rol que dejara su madre al morir tan tempranamente. Lo que estaba mal en ese momento, era el hecho de antojarse del niño cuando ya estuvo logrado y, más que todo, cuando las personas que lo cuidaron y criaron ya se habían encariñado con él, como si tratara de su propio hijo. Si doña Nati hubiera querido hacerse cargo del niño, debió manifestarlo tan pronto se supo del fallecimiento de su madre, allá en el lejano Tacna, y debió viajar a Lima —como lo hiciera ella cuando llegó la oportunidad— para recibir a su hijo Julián cuando arribó a esa ciudad con sus tres hijos ya sin madre y estaba en situación de atribulado padre, sin saber qué rumbo tomar ni qué hacer con los pequeñines.

Allí, en ese momento y en esa situación, hacerse cargo de uno de los niños habría sido un gesto noble, generoso y digno de encomio. Allí, cuando de ninguno de los tres niños nadie había decidido todavía hacerse cargo, el que la abuela Nati se hubiera antojado del más pequeñín de todos, habría sido uno más de esos gestos heroicos que hicieron posible que los tres niños huérfanos, vuelvan a tener un hogar con una madre que los cuide y sobre todo que los quiera como lo hicieron doña María Escalante, doña Isolina Escalante y doña Ida Isabel González.

Pero... lo que estaba haciendo la vieja de doña Nati ahora, “apropiarse” con malas artes de un bebé, quitándoselo a la madre que lo había criado desde los tres meses, era por demás inaceptable. Eso era una infamia sin nombre, no había otro calificativo. Sin embargo, la orden del juez tuvo que ser cumplida, no sin dudas ni murmuraciones, como alguna vez en los textos de Educación Pre Militar se expresara, sino con muchas dudas de si era justa o no, con muchas murmuraciones, mucho dolor, mucha pena y mucha tristeza....



## CAPITULO IV

*¡Ésta no la sé! ¡Esta igual no la sé! y... Ésta... ¡tampoco la sé!*

Era la época de los exámenes finales en la escuela primaria de varones de la Ochora y, como resulta obvio, lo era por igual para todas las escuelas de la región. Los alumnos tenían que ser “examinados” por profesores de Moyobamba —la capital de la provincia y del departamento— que tenían que cumplir con esa función específica, previa designación formal con el cargo de “Presidente”, “Secretario” o “Vocal” del “Jurado Examinador” respectivo, expedido en un disposición en original y tres copias hechas con papel carbón en máquina de escribir, por el señor Inspector de Educación de la provincia. Lo de “examinar” a los alumnos venía de la costumbre de tomarles un examen escrito y después un examen oral, con la solemnidad propia de la defensa de una tesis de maestría del sistema universitario de la actualidad. Y no era para menos, la solemnidad del acto encajaba a la

perfección con la tradicional vanidad de la gente antigua, que ha creído siempre que *“la educación de antes era mil veces mejor que la de ahora”*, ya que según ellos se llenaban la boca, en ese tiempo les enseñaban en primaria contenidos que en la época actual se desarrollan recién en secundaria y todavía en forma muy simple, en función de lo cual habría que aceptarles que así fue, para evitar mayores discusiones.

Para cada “examinador” el director y los profesores de las escuelas de los distritos se organizaban para enviar un propio con un caballo aperado, para que éste pudiera movilizarse desde la capital de la provincia hasta el distrito donde tenía que hacer de “jurado” y tomar el examen respectivo, además de brindarle, claro está, todas las demás “facilidades” que no eran otra cosa que —alimentación y hospedaje—. Los profesores del distrito, a su vez, eran “jurados” en las escuelas de los caseríos o capitales de distrito de poca población escolar, bajo el régimen y protocolo ya establecido para el caso de la provincia el distrito. El alojamiento y la alimentación del “examinador” en todos los casos, tenía que ser no sólo bueno, sino “especial” para el caso de la estadía y, succulento, para el caso de la comida. Y como no podía ser de otra forma, porque todo eso se hacían ad honorem, ya que la tonada esa de los “viáticos” no se inventaba todavía hasta esa fecha, todos los gastos corrían a cargo de los profesores del lugar. Así era la costumbre y eso tenía categoría de ley. El “examinador” se sentía dignificado y reconocido cuando era designado para esa función, que consideraba irrenunciable, y los profesores de cada distrito, aceptaban esa obligación como algo

inherente a su tarea de educar, por la cual tenían garantizado su sustento y el de su familia, gracias a una remuneración que, presumiblemente, valía en dinero lo que realmente tiene que valer un trabajo de esta naturaleza.

Ida Isabel, madre de Jorge “Picho” y flamante profesora de la Ochora, hacían ya diez largos años, es decir, cuando estudiaba el tercer año de secundaria en Moyobamba y tenía ella 18 años de edad, tuvo un hijo como madre soltera. Ese niño, al que puso por nombre Alfredo, desde un año de nacido fue criado por su abuela, ya que a ella la “deportaron” a Lima para que se separara en forma definitiva del hombre que le había hecho el hijo y con el que no pudo llegar al matrimonio porque aquél ya era casado y tenía seis hijos ya en ese tiempo. Criado a la usanza de esas tierras, apenas con sus once años auestas, Alfredo fue el alumno que tuvo la responsabilidad de llevar uno de los caballos destinados para que un integrante del “Jurado Examinador”, hiciera el viaje que duraba tres horas bien jaladas, desde Moyobamba hasta la Ochora. Como sólo algunos de los profesores tenían acémilas que destinar para estos fines, los que no pudieran ser cubiertos por ellos se conseguían de los padres de familia, sea en forma gratuita o pagando el importe del alquiler. El alquiler de cualquier acémila incluía la de un propio, que era una especie de arriero ya que cumplía idénticas funciones que éste. El propio, se encargaba de llevar el caballo para que, al regreso del viaje, el destinatario venga montado en él, en tanto él tenía que venir a pie caminando delante de ellos, para guiarlos por el camino y algunas veces, especialmente cuando se trataba

de maestras, para hacer el recorrido jalando de las bridas del caballo, porque las tales evaluadoras eran una completa nulidad para manejar los caballos en forma pertinente para el caso, lo cual empeoraba algunas veces debido a que los caballos eran muy briosos y hasta “pajareros”, que se asustaban a veces ante la presencia de un animal silvestre que se apareciera por el camino.

El director de la Escuela de la Ochora, que era don Nicanor Reátegui, tenía un macho muy brioso en el cual él solía andar sin mayores problemas, pues era un profundo conocedor de sus mañas y pajareadas. Pero, a las personas extrañas el macho les hacía la vida a cuadritos. Cuando lo tenían que desaperar para pasar el río, a fin de evitar que las caronas se mojen y le cause peladuras en el lomo, con gentes extrañas solía aprovechar cualquier descuido para mandarse en estampida de regreso hasta su casa en la Ochora, dejándolos con la montura y los aperos en la mano. Otras veces no quería pasar una acequia o un puente, ni siquiera cuando se apeaba el jinete para jalarlo de la brida, y las más de las veces aprovechaba cualquier percance para mandarse cambiar de regreso hasta las pampas que circundaban la Ochora. Por eso es que, a fin de evitarle cualquier molestia al examinador, don Nicanor Reátegui solicitó a doña Isolina Escalante que le dé prestado su caballo para ese encargo, ya que el animal aquel era más manso que una paloma y, sobre eso, podía ser llevado a Moyobamba por Alfredo, nieto de doña Isolina, que a la par era alumno de la escuela y tenía la responsabilidad de colaborar con ella en estos menesteres. Como don Nicanor le había conseguido el trabajo de maestra a su hija Ida Isabel, ni modo que doña

Isolina hubiera podido negarle el favor, así que dispuso que su nieto Alfredo, el día señalado, vaya a Moyobamba a hacer el mandado muy temprano.

Una vez en Moyobamba, Alfredo se enteró que ese mismo día en el avión bimotor Fawcett de la mañana, había llegado desde Chiclayo un señor ya conocido de nombre para él: Gonzalo Cabanillas Chávez, que era esposo de su madre. Así que, en el mismo caballo destinado para el “examinador”, Alfredo se encargó de recorrer las casas de los familiares donde éste pudiera estar hospedado. Después de una búsqueda de más de una hora por las calles de Moyobamba, lo encontró con más de cinco copas de cerezachado y miel de abeja negra de monte dentro del gazonate, en la casa de su tía Zaida Escalante, en donde su esposo Pablito lo estaba “preparando” dizqué para ese reencuentro que iba a sacar chispas —después de tantos meses de separación— con su esposa Ida Isabel.

Al parecer, Gonzalo Cabanillas tomaba los traguitos, más para darse valor que para otra cosa, ya que tenía que afrontar el asunto de su “amistada” con su Ida Isabel y no tenía ninguna información acerca de la forma cómo ésta lo recibiría. En Tarma se separaron de mala manera y, hasta ese momento, él no sabía a ciencia cierta lo que su mujer estaría pensando al respecto de una posible reconciliación entre ambos. Para variar, quería darle la sorpresa de llegar sin avisarle, lo cual consiguió a medias, ya que Caleb, el hermano menor de Ida Isabel que estudiaba la secundaria en Moyobamba, había pasado un telegrama a su

hermana Ida Isabel en la Ochora, avisándole que su esposo acaba de llegar desde Chiclayo. Total, Gonzalo Cabanillas se dijo para sí, que si la cosa seguía mal, tendría que buscar posada en algún lugar de la Ochora y al día siguiente regresar a tomar el avión en Moyobamba para mandarse cambiar por donde había venido con las cajas destempladas.

Pasados los saludos de rigor, Alfredo tuvo la oportunidad de presentarse ante su padrastro como el primero e hijo mayor de Ida Isabel. No pudo explicar después que, por la emoción de conocer al esposo de su madre, o por una especie de cariño que éste le inspiró a primera vista, terminó ofreciéndole el caballo destinado para el "examinador" para que hicieran el viaje hasta la Ochora. Como eran las tres y media de la tarde y si se apuraban un poquito, montados en el caballo podrían llegar a donde su madre y su abuela les esperaban, antes de que se hiciera de noche. Pero no era cosa de aceptar el ofrecimiento de un niño de once años de edad, así como así. Al averiguar, para qué había traído el niño ese caballo a Moyobamba, se enteraron de que estaba designado para el "examinador" que viajaría hasta la Ochora en calidad "jurado" al día siguiente, y si ese era el destino de la acémila no era posible cambiarlo en forma antojadiza, aunque la intención del niño fuera la más laudable.

Así que tuvieron que desestimar el "noble ofrecimiento" del niño y en su lugar, fueron a entregar el equino a la persona para la que estaba destinado desde un principio. Luego, emprendieron el viaje a pié de Moyobamba hasta la Ochora, un poco más de las cuatro de la tarde. Alfredo era el guía y el conocedor del camino

y de todos los secretos que había en cada uno de los recovecos del mismo. El viaje, en razón de ello, fue un diálogo interminable entre el niño y su recién conocido padre político; pero, como salieron de Moyobamba bastante más de las cuatro de la tarde, al llegar al río Indoche, que tenían que cruzar sin necesidad de la canoa que siempre había en ese vado, debido al poco caudal del río en época de estiaje, la noche comenzó a hacer notar su presencia, a pesar de lo cual y ante la insistencia del niño, ambos tuvieron que darse un rápido baño, zambulléndose como verdaderos patos en una especie de poza que había formado el río en ese lugar, hecha por el paso de los caballos y bestias de carga por esa parte del vado.

Refrescados y reconfortados de la caminata con el saludable baño en las aguas ligeramente ambarinas del río Indoche, siguieron camino hacia la Ochora, Alfredo caminando muy rápido por el oscurecido camino de herradura y el esposo de su madre, tratando de no perderle el paso, casi corriendo detrás de él, por el temor de quedarse rezagado por esos caminos que jamás había andado ni siquiera en sueños, y que tenían la apariencia de que en cualquier momento iban a ser tragados por la espesura del monte, que se elevaba misterioso y oscuro a ambos lados de la senda, además de estar lleno, presumiblemente, de víboras y otros animales feroces, según la ingenua creencia de la gente que nunca ha vivido en la selva y que se imagina que las serpientes venenosas se encuentran en la espesura del monte, enroscadas como si fueran tallarines, lo cual,

como cualquier persona puede verificar, es completamente erróneo, sin querer decir que nunca se las llegue a ver.

Al pasar por la parte del almendral que había antes de la “Pampa del Morro” de la Ochora, casi se hicieron de noche. En esa parte del camino, incluso de día y con sol, el sendero era oscuro por la colosal altura de los árboles y por la espesura de sus follajes, en razón de lo cual a esa hora, las tinieblas que cubrían el camino era cosa de nunca acabar. Justo allí, a Alfredo se le ocurrió contarle a su padre político que, por las noches, en ese lugar se aparecía un perro negro, que botaba chispas por los ojos rojos como los de un cuy, que era muy grande y que la gente decía que era el diablo en persona disfrazado de perro. Según lo que Alfredo le contaba, el perro endiablado tenía la costumbre de llevarse a los bebitos entre sus fauces, sabe Dios a qué parte de esas selvas insondables. Gonzalo Cabanillas como buen serrano que era, sabía de la existencia de esta clase de historias en la selva, pero jamás llegó a determinar que no fueran ciertas, y antes por el contrario, era más proclive a creerlas. Así que, porque no veía bien el camino por la oscuridad reinante allí y, al parecer, también por el miedo que comenzó a sentir, hizo la caminata de ese tramo muy cerca de Alfredo que en lugar de caminar, a esas alturas del recorrido, corría como un gamo.

Como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, la oscuridad del almendral de la “Pampa del Morro” terminó por fin y el camino que se abrió al costado de los dos pequeños cerros que yacen a un lado del Morro, les permitió hacer el

recorrido con un poco de claridad. Finalmente, después de pasados unos quince o veinte minutos, llegaron al pueblo cuando la oración ya se había cerrado por completo y las luciérnagas, a las que allí se conocen con el nombre de “ninacuros”, empezaban a prender sus farolas incandescentes por todo el espacio teñido de negro, al son de de la música de miles de sapos, grillos y otros bichos que, escondidos en los lugares húmedos, suelen interpretar una especie de partitura propia de un concierto que en la selva es muy frecuente escuchar por las noches, antes de que se queden en silencio vencidos por el sueño, hora en que el Tunchi, el Chullalaqui, la Runa Mula y otros espíritus, salen amparados en la oscuridad y el silencio de la noche, a hacer de las suyas sin que nadie pueda evitarlo.

Al llegar a la casa de la abuela de Alfredo, hecha íntegramente de paredes de tierra apisonada, al igual que sus veredas, las mismas que se encontraban demarcadas por grandes palos de monte que fungían de sardineles, el cansancio originado por la caminata de más de tres horas hizo que, ante los ojos de los dos sufridos caminantes, pero; especialmente, ante los grandes ojos verdes de Gonzalo Cabanillas, aquellos rústicos palos aparecieran como plácidas bancas de madera, que invitaban a un obligado descanso. Por eso, sin pensarlo mucho, Alfredo le pidió a su padre político que le esperara allí sentado mientras él iba a dar la noticia de la llegada de ambos a su madre y su abuelita, que seguramente estarían a esa hora en la cocina de la casa, lo cual hizo siempre a las carreras, lleno de emoción y una alegría que no era capaz de definir a qué se debía.

— ¡Mamá!, ¡mamá!... afuera de la casa está tu esposo Gonzalo. Acabamos de llegar de Moyobamba. Hemos venido a pié, así que lo mejor sería que le prepares una jarra de naranjada, pero rapidito... que nos morimos de sed —le dijo Alfredo a su madre, asesando por la carrera que había tenido que dar, desde la calle hasta la cocina, para darle la gran noticia a su madre—.

— Muchacho malcriado —le contestó ésta— tú también ya te has conchabado con estos palomillas del Caleb y del Demetrio, para venir con semejante mentira, ¿no es cierto?

— Por Dios mamacita que no te estoy engañando, afuera está tu Gonzalo. Lo dejé sentadito en los palos de la vereda, vamos para que lo veas. Acabamos de llegar a pié, desde Moyobamba y... según me parece, el pobre está bien cansadito y sudando a chorros, como no tienes idea —le volvió a repetir Alfredo con tanta insistencia que su madre ya no supo qué hacer, quedándose como diría doña Isolina, “pasmada” por la noticia y sin decidir si ir con su hijo o seguir allí, parada hecha una impávida—.

Fue entonces que su hijo, cogiéndola del brazo comenzó a llevarla hasta donde su marido lo esperaba. Allí donde su hijo decía que lo había dejado, Ida Isabel encontró a su esposo enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo blanco igual que la camisa sudorosa que llevaba encima. Para ella, el hombre que allí estaba sentado era una visión premonitora que le anunciaba una largamente soñada reconciliación. Por eso, por la

oscuridad de la noche o por sabe Dios qué emociones escondidas en el fondo de su corazón, no podía creer lo que veía, hasta que oyó como en sueños...

— Pero Idita linda, ¿qué pues no piensas darme ni siquiera un abrazo de bienvenida? —le dijo entonces Gonzalo Cabanillas poniéndose de pié— acabamos de llegar de Moyobamba con tu hijito Alfredo, y no te imaginas cómo me ha hecho corretear por su tras ese condenado muchacho, para él, caminar, es como verás, cosa normal, pero; para mí que siempre ando en carro, la cosa ha sido muy esforzada. Pero, eso no viene al caso, vengo para que ya nos perdonemos Idita. Más bien dicho, para que tú me perdones...

Fue suficiente. La madre de Alfredo corrió hacia él... y con lágrimas en los ojos, ambos se fundieron en un abrazo lleno de aquella emoción que sienten las personas que han perdido algo valioso y que, sólo después de perderlo, se han dado cuenta a fuerza de un dolor que no pueden describirlo con palabras, que lo que perdieron era de mucho valor y que allí mismo se podía avizorar que se lo podía recuperar, lo cual se manifiesta en tales instantes como una gran alegría que hace llorar hasta a los más duros de corazón, con aquellas lágrimas que son mezcla de alegría y de no se sabe que otros sentimientos encontrados.

Después de la comida que fue frugal: arroz seco con poroto shirumbe y una tajada de cuchicara, por lo sorpresiva de la visita del recién llegado, pero que nadie advirtió por la emoción del

reencuentro y la reconciliación de la pareja, hubo fiesta en la casa de la abuela de Alfredo. Demetrio, hermano menor de Ida Isabel, que en ese tiempo estaba estudiando interno para profesor en la Escuela Normal de Moyobamba, consiguió que su amigo Onésimo Torres viniera a la casa a eso de las diez de la noche con su acordeón. Todos bailaron, todos se alegraron y todos bebieron mistela y “macerados de frutas” del lugar en aguardiente, con diferentes sabores, hasta altas horas de la noche. Sólo se interrumpió la alegría de la reconciliación cuando Gonzalo preguntó:

— Bueno Idita, pero hasta ahora no he visto a nuestro Jorgito. ¿Dónde está? No me dirás que con tanta bulla no se ha despertado, si es que acaso ha estado durmiendo ese mi cholito.

— Ay Gonzalito, sus abuelos paternos nos han quitado a nuestro bebito. Qué no habré hecho para impedirlo y sobre todo para recuperarlo. Pero como es cosa que está dispuesta por un Juez de la capital de la república, todo ha sido inútil. ¡A nuestro Jorgito lo tienen ahora sus abuelos paternos, don Julián y doña Nati, lo cual ha ocurrido hace ya unos dos meses! —Le explicó Ida Isabel a su marido, tratando de aparentar una fuerza de carácter que estaba muy lejos de sentir, antes de arrancar en llanto—.

Gonzalo Cabanillas no lloró en ese momento “sólo porque los hombres no lloran”, pero bien que se le humedecieron los ojos verdes grandotes que tenía, al tiempo de abrazarse con Ida

Isabel, su mujer, en esos gestos que acostumbra darse la gente como quien se da el pésame. La intransigencia familiar por posesionarse de un niño había predominado sobre la solidaridad que hizo posible recibirlo como a hijo, apenas cuando tuvo tres meses de edad, y el egoísmo personal se había plasmado en un aparente capricho o, tal vez, en una incomprensible y egoísta maldad. En fin todo ya estaba consumado y tuvo que aceptarlo al igual que todos, ya que era fácil comprender que no había ninguna maldita cosa que se pudiera hacer, salvo resignarse, mascullar la pena y sufrirla el resto de la vida. A esa conclusión arribó Gonzalo Cabanillas después que toda la familia le informara con pelos y señales, y cada quien a su manera, de cómo había ocurrido el desgraciado hecho que sin excepción todos lamentaban.

La abuela de Alfredo, doña Isolina Escalante, con quien éste vivió hasta los 12 años, se quedó viuda a los treintainueve, con ocho hijos, todos para terminar de criar. Su esposo, Demetrio González Díaz, murió a la edad de cuarenta y cinco años con neumonía, que en ese tiempo era una enfermedad incurable, dejándole como única herencia —además de sus ocho hijos— — una casa en la Ochora y un trapiche con un terreno bastante grande a orillas del río Indoche, en el cual, además de caña de azúcar para fabricar chancaca y aguardiente, se cultivaban plátanos, yucas, maíz, frijoles y otros productos comestibles que servían para la manutención diaria de toda la familia, que no era pequeña, más bien si, numerosa e integrada, casi en su totalidad, por una sarta de “muchachos come aldabas”.

Hasta donde Alfredo podía recordar, su pobre abuela se las tuvo que ingeniar muy bien, no sólo para mantener en buen estado la casa de la Ochora, que en realidad se trataba de dos casas y... grandes, sino también tuvo que vérselas, siendo mujer y viuda, con las chacras de caña de azúcar y del resto de sembríos de pan llevar que tenía junto al río, porque de allí se abastecía para la comida de sus ocho hijos, que complementaba con la venta de la chancaca, el “ventisho” y el aguardiente de caña que producía en el trapiche con la ayuda de un alambique artesanal de cobre, así como con el recojo, cosecha y acarreo de los plátanos, del maíz, las yucas, el arroz y los frejoles, que en la chacra se producían... casi de su cuenta.

La abuela de Alfredo se “recurseaba” dando pensión a los maestros forasteros que trabajaban en las escuelas de la Ochora, y que procedían de Moyobamba, de Rioja o de algún otro lugar. Para ese propósito, tenía una cocina amplia de techo de crisnejas con comedor incluido, provista de una mesa grande de madera de cedro blanco o “masha” —con dos bancas a cada lado de ella— que cubría siempre con un gran mantel blanquísimo y bordado a mano con rosales primorosos donde —sin poner los codos sobre ella— se acomodaban sus comensales para desayunar, almorzar y cenar.

Desde que pudo sostener los platos de sopa caliente, la abuela de Alfredo hacía que éste le ayude a servirlos en la mesa, por lo que recibía innumerables halagos de todos los profesores pensionistas, según decían, por ser un niño tan acomedido y

responsable. En las mañanas y las tardes Alfredo ayudaba a su abuela, además, a alimentar a los chanchos que ella criaba en la enorme huerta que tenía junto a la casa, así como a arrear las gallinas a su gallinero, una vez que comenzaban a hacer su aparición las tinieblas de la noche.

A su vez, antes de que la noche comience a clarear, es decir, a eso de las cinco y media de la madrugada, la tarea de Alfredo era recoger los huevos que las gallinas ponían sin cacarear durante la oscuridad, a diferencia de cuando lo hacían con la claridad del día, en el que por cada huevito armaban un escándalo de nunca acabar. Todos los integrantes de la familia dormían en el segundo piso de la casa de techo de teja, que la abuela de Alfredo solía utilizar como almacén de las huayungas de frijol y de maíz, además de servir como dormitorio común de toda la familia. Las cuatro camas que allí había eran enormes y se acomodaban sobre catres de madera labrada, con colchones de ceibo, que se acostumbraba solear de vez en cuando, para que el ceibo nuevamente se esponje y, sobre todo, para librarse de pulgas y piojos, y hasta de los chinches que algunas veces llegaban a posesionarse de algún resquicio de los colchones. En el primer piso, la casa de teja constaba de una enorme sala que era utilizada para algún banquete que la abuelita de Alfredo preparaba a solicitud de algún cliente especial.

Junto a la casa grande de teja, según Gonzalo Cabanillas pudo observar al llegar a la Ochora, la abuela de Alfredo tenía otra casa de techo de crisnejas de palma. Esa casa servía para dar posada a los forasteros que llegaban al pueblo y tenían que

pernoctar allí por no haber podido regresar a sus tierras de origen el mismo día. A continuación de ella, estaba construida la cocina, que también era de techo de crinejas de palma, pero un poco más baja que aquella, por no tener terrado, que sí tenía la casa de huéspedes y que servía para almacenar el arroz en grandes pilas que los ratones, a falta de gato, nunca acababan de comer. Pero la abuela de Alfredo según decía éste cada vez que podía, ya que él se encargaba precisamente de su cuidado, siempre tenía un buen gato para esos menesteres, al que le ponían a su turno algún nombre bíblico muy pintoresco, como: Ananías, Sansón, Caifáz, Pilatos o Herodes, entre otros que ya no se recuerdan. Alfredo recuerda que sólo una vez llegaron a tener un gato dañino, esos que destapan las ollas y se sacan de ella las presas de carne o que, en lugar de cazar ratones, consiguen su alimento dando cuenta de los cuyes más pequeños en el mismo cuyero, que siempre estaba construido debajo del fogón. Pero ése no salió bien librado.

Cuando a su nieto Alfredo casi lo mata la bronquitis, doña Isolina lo mandó cazar a balazo limpio para preparar con su carne, el remedio de la enfermedad. La gente creía en ese tiempo, que como el gato hace roncar a su pecho como si estuviera afectado de bronquitis, su carne era buena medicina para esa enfermedad, igual que creía que si un niño comía la carne del gallinazo, jamás enfermaría de males del estómago.

En el techo de la cocina y en el techo de la casa de los huéspedes que eran de palma y crinejas —según pudo apreciar el recién

llegado a primera hora del día siguiente—, la abuela de Alfredo criaba palomas de castilla de plumajes de todos los colores habidos y por haber: blancas, oscuras, cenefas, azulinas, pardas y verdosas brillantes. Sus pichones nacían en nidales que estaban esparcidos por las cumbreras del techo y, a veces, junto a las pilas de arroz. Ella controlaba el incremento sin fin de su población, preparando sabrosos tallarines de pichones y otros platos de comida por demás sabrosos, hasta que un día decidió su exterminación total, porque le habían dicho que traían mala suerte, lo que coincidió con el fallecimiento de su hija Yolanda en Tacna, a consecuencia de un sobre parto, hacía ya cerca de un año.

La madre de su esposa Ida Isabel, sí que sabía ganarse la vida — pensó Gonzalo Cabanillas para sus adentros— y esa casa, se prestaba para todos sus propósitos. Lo único que no pudo cuidar bien fueron sus chacras, que no estaban limpias de maleza como el de otra gente, que si tenían tiempo y fuerzas para hacer esas faenas, según pudo verificar algunos días después cuando fue a pasearse por allí, ya que muchas de las veces, la abuelita aquella sólo “ahorcaba” a los plátanos para cosechar sus racimos, sin limpiar el terreno a su derredor y, sobre todo, sin tumbar y hacer pedazos la especie de tallo que la planta de plátano posee y que, por estar constituido sólo de las hojas y sus peciolos respectivos, constituyen un buen abono para la chacra porque se descompone con mucha facilidad.

Y comenzaron a pasar los días. Ida Isabel yendo a su escuela a terminar el año escolar y su esposo Gonzalo yendo de paseo a la chacra de su suegra, acompañando a los que se iban a traer desde allí los víveres de costumbre: una alforja de yucas y los seis racimos de plátanos para la semana, hasta que después de largas conversaciones convenció a su mujer para que dejara el trabajo de maestra que recién había conseguido y liaran sus bártulos para regresar, ya no a Tarma en donde habían estado viviendo hasta su separación, sino a Cajamarca donde él trabajaría manejando una de las flamantes camionetas “Ford” de 24 pasajeros que la Empresa A & S Díaz iba a poner en funcionamiento, para hacer servicio de pasajeros y encomiendas entre Cajamarca y Trujillo, sólo que esta vez, el viaje de retorno que se inició con las tres horas a caballo de la Ochora y Moyobamba, lo hizo Ida Isabel llorando a su Jorge “Picho” como para muerto, ya que según sus estimaciones y cálculos, ya no lo volvería a ver nunca más. Su abuela Nati se lo había quitado para siempre.

Jorge “Picho” se quedó a vivir en poder de sus abuelos paternos Natividad López y Julián Navarro, cómo ya lo estuvo haciendo parte de ese año, desde que les llegara por correo la famosa autorización visada por un juez, por la que, como si se tratara de un paquete, el niño pasó de la madre que le estuvo criando desde sus tres meses de edad, al poder de sus abuelos que se antojaron de él cuando lo vieron enjaezado con sus rulos de cabeza de canasta y sus chapas tarmeñas, apenas cuando tuvo un poco más de un año de edad.

Los abuelos paternos de Jorge “Picho”, a diferencia de su abuela materna Isolina Escalante que había nacido en Huacapampa, eran oriundos de la Ochora, aunque muy en el fondo tuvieran raíces de alguno de los conquistadores españoles que junto con Alonso de Alvarado llegaron hasta esas lejanas tierras desde la Península Ibérica, en busca del legendario y mítico “El Dorado”, que según las historias que hasta ahora se cuentan, estaría refundido en la espesura del monte, en las inmediaciones del cerro Angaiza que hasta ahora es motivo de visitas y búsquedas por parte de aventureros.

Pero como habían nacido allí, eran más ochorinos que el tacacho con concho de manteca y maní verde, machacado en platillo de madera con chungo de piedra recogido de los cascajales del río Indoche, con el que acostumbraban desayunar todos los días. Ellos comían del modo más natural y sin los remilgos y las arcadas de un asco a no se sabe qué de doña Isolina, cualquiera de las “carnes del monte”, las ahuihuas de caña brava o de guaba, los suris del aguaje y cualquiera de los peces de formas y colores raros que abundaban en la Colpa, Trancayacu, Tíoyacu, Amshiyacu o Sunisacha, con el mismo apetito y entusiasmo con el que se pudiera saborear un juane parado de arroz con una buena presa de gallina.

También tenían la costumbre de ir a “mansionar” toda la semana en sus chacras de la cabecera del río Indoche, por las inmediaciones de Cunchi Wasi, donde como ya se sabe, se vive del modo más montaraz que uno pudiera imaginar y se sobrevive sólo con lo que Dios y la madre naturaleza son capaces de

proveer. Se tomaba allí por ejemplo, en la copa del sombrero o el cuenco de la mano, el agua de la cocha o de cualquiera de las acequias o puquios más cercanos, junto con todos los parásitos que éstos pueden llegar a albergar, que no son pocos por tratarse de la selva, en donde el clima y todo el entorno es propicio para el desarrollo de cualquier forma de vida. Y a diferencia de doña Isolina que purgaba a su familia religiosamente por lo menos una vez cada tres meses, —con algún nauseabundo vermífugo o con píldoras transparentes de “tiro seguro”— para hacerles arrojar todas las lombrices y hasta las solitarias, que pudieran crecer en las panzas especialmente de los niños pequeños que, por serlo, eran más propensos a esos males propios de la región, doña Nati pensaba que tales cuidados de la salud eran puras mentecatas de los shishacos, por lo que a su nieto Jorge jamás le haría pasar por esos trances que no eran del agrado de ningún niño. Su nieto debía criarse como se cría toda la gente de por allá.

Pero Jorge “Picho” no era ochorino. Había nacido en Tacna y desde los tres meses se había criado en Tarma. Era por lo tanto, más shishaco que muncha. Su estómago y sus intestinos estaban acostumbrados a digerir leche de vaca administrada en un biberón que se hervía cada vez que había que alimentarlo. El resto de alimentos, igualmente, le eran dados teniendo cuidado de que sean alimenticios, nutritivos e higiénicamente preparados, en razón de lo cual, su organismo carecía de las defensas que suelen tener los nacidos y criados en la Ochora, los que, por lo que metan a la boca casi nunca tienen de qué preocuparse, porque casi nada les afecta. Por eso, en menos que canta un

gallo, Jorge “Picho” resultó enfermando de vómitos, de diarreas crónicas y de parasitosis, amén de otras fiebres, que lo convirtieron en un niño flaco, pálido, casi famélico y con el crecimiento comenzando a retrasarse de su curso normal.

El niño ya no era gordito ni chaposo como lo fue cuando, a la mala, se apropiaron de él. Ahora se encontraba tan posheco como un habanino y además de flacura, ostentaba a simple vista una pancita llena de lombrices. Por eso, parecía que su instinto de sobrevivencia le obligaba, cada vez que se le presentaba la oportunidad, a escaparse de su abuela Nati para ir a refugiarse en la casa de su abuela Isolina, en donde lo curaban de sus parásitos y lo alimentaban hasta que se recupere un poco de su escualidez y aparente desnutrición. Presumiblemente la coincidencia más que la intencionalidad real de las cosas, hacía aparecer cómo que su abuela Nati esperaba que el niño se recupere de sus enfermedades para ir, a veces hasta con malas maneras, a reclamarlo con varilla de guayaba en mano, con el que amenazaba castigarlo si no le obedecía en regresar con ella.

Cuando el niño se encontraba cursando el tercer año de primaria, o sea cuando ya llegó a tener 9 años de edad, la familia materna ideó un plan de salvamento de Jorge “Picho”. Había que rescatarlo del poder de su abuela Nati López y devolverlo a la madre que lo había criado desde los tres meses: doña Ida Isabel, que ahora radicaba en Cajamarca. No había en aquellos tiempos carretera para viajar por vía terrestre de la Ochora hasta Cajamarca como existe ahora, y la única vía era la aérea que tenía

que realizarse en avión bimotor “Douglas” de la Empresa Faucett, que hacía servicio de itinerario tres veces por semana de Moyobamba a Trujillo, pero que resultaba haciendo otros viajes extras cada vez que se le presentaba la ocasión, a manera de un taxi aéreo. El escape de Jorge “Picho”, sin embargo, se planificó con minuciosidad en un viaje seguro de itinerario regular y se llevó a cabo, e forma exacta y milimétrica, según lo que se había programado.

Por ese entonces el tío Demetrio de Jorge “Picho”, hermano menor de su madre biológica Yolanda, fallecida en Tacna, estudiaba la carrera de Derecho en la Universidad de Trujillo y venía a esta ciudad en las vacaciones escolares que él tenía a fin de año, como profesor de la escuela de la Ochora, para cumplir con la parte presencial de sus estudios, tal como se conoce en la actualidad a esa modalidad de estudiar una profesión, pero que por ese tiempo era parte de los estudios regulares sin etiquetas especiales ni rimbombantes de ninguna naturaleza. Como, cada vez que había que despedirlo en el aeropuerto de Moyobamba se movilizaba toda la familia, a nadie le pareció raro que Jorge “Picho”, esa vez, también formara parte de la comitiva de despedida, pero... aquel particular e histórico día, tan pronto anunciaron que los pasajeros subieran al avión, Jorge “Picho” junto con todos los demás viajeros se encaramó en el bimotor y no paró de volar hasta Trujillo, donde le esperaban para recogerlo y llevarlo a Cajamarca tan rápido como se pudiera. Tan sorpresiva fue la acción que, cuando sus abuelos paternos quisieron “reaccionar”, Jorge “Picho” estaba ya en el poder de la

madre que había suplido, con tanto esmero y dedicación, a la madre biológica que había perdido en Tacna hacían 9 años.

Dicen que quien a hierro mata a hierro muere. Apropiarse de un niño quitándoselo a la madre que lo está criando bien, para mal criarlo o hacerlo de un modo al que la criatura no estuvo acostumbrada hasta hacer peligrar su vida, es algo que no se debería ni siquiera pensar como posibilidad. Sin embargo, para la suerte de Jorge “Picho”, en aquellos tiempos Cajamarca era un ciudad tan distante de la Ochora, que sus abuelos paternos sin los recursos económicos para hacer el viaje en avión ni la experiencia para continuar por tierra hasta Cajamarca, les hizo que se resignaron a quedarse tranquilos. Seguramente pensaron que, igual, ellos se habían apropiado del niño con malas artes, cuando éste apenas había cumplido un año de edad, y lo habían tenido en su poder más de ocho años sin darle las condiciones de vida a la que estuvo acostumbrado. Y, finalmente, pensando en el niño más que en su propio beneficio, optaron por quedarse tranquilos y no reclamar nada. Total, de la compañía de aquel hermoso niño con chapas de serranito, ellos ya habían gozado un tiempo más que suficiente y además, la edad ya les estaba comenzando a cobrar las facturas, los descuentos, los intereses y las moras, por lo que consideraron que lo mejor para ellos era que, de sus estudios y crianza se ocupara su mamá Ida Isabel, que todavía estaba joven y buenaza para hacer todos es trajines.

El tío Demetrio de Jorge “Picho”, una vez asegurado el pasaje en avión para el niño y obtenido el permiso del Juez de Menores

correspondiente en Moyobamba, al que junto con la gran amistad que tenía con él le tuvo que explicar con lujo de detalles la situación, envió un telegrama a Cajamarca informándole a su hermana Ida Isabel: “*sábado cinco enero recoger pavo aeropuerto Trujillo saludos Demetrio*”. El “pavo” llegó a Cajamarca, en términos generales en “buenas condiciones”, aunque cargando no menos de una gruesa de lombrices intestinales, una larguísima e interminable tenia o solitaria, algunas garrapatas, otros tantos isangüis, más de medio centenar de piojos con su respectiva prole constituida por liendres y una serie de heridas mal curadas en los dedos de los pies, no se sabe si por causa del shicshi o por andar descalzo como animalito por las pampas de la Ochora, que en ese tiempo existían circundando el pueblo y donde se criaban sueltos los caballos, los burros, los mulares, los cerdos y las vacas, con crías y todo, de propiedad de la gente que en el pueblo vivía, que se meaba sobre el pasto haciendo con el chorro de su orina una especie de hueco en el cual se desarrollaban infinidad de seres vivos microbianos, muchos de los cuales eran por demás infecciosos.

Si bien Jorge “Picho” llegó cargado de la selva con toda esa fauna salvaje, también trajo consigo una inteligencia adaptativa a la nueva realidad, que se había forjado por la vía experimental en la chacra, en la pampa que rodeaba la Ochora, en los árboles frutales de las huertas de sus dos abuelas, en el trabajo de acarrear el agua en su jicra desde el chorro, en fin, en todas las travesuras que se hacen en compañía de la mancha de la vecindad y a solas, cuando hay que enfrentarse a la vida dura y

completamente diversa de esa parte de la selva. Por eso, tan pronto llegó a Cajamarca, se incorporó del modo más natural a la patota de niños de su edad que acostumbraban travesear mañana, tarde y noche por el jirón El Inca, aunque como también es natural, tuvo que pagar los gastos de iniciación como ocurre en cualquier lugar. Una tarde llegó a la casa de su madre con la lengua y los labios, literalmente cubiertos de sisos de tuna, por adelantarse a morder esta fruta antes de limpiarla como se debe, por lo que su madre tuvo que extraérselos con su propia cabellera, que con suerte en aquel tiempo lo tenía bastante largo.

En otra oportunidad, algunos muchachos del jironcito El Inca que, para variar, eran ya más “viejos” que Jorge “Picho”, le hicieron otra jugarreta de esas que suelen hacer los niños mayores a los más pequeños. Como estaban dando cuenta de veinte centavos de acuñas que se habían comprado en la tienda de doña Tomasita, llamaron a Jorge “Picho” para convidarle el sabroso caramelo amelcochado, pero; más que todo, para divertirse escuchándolo hablar con aquella tonadita charapa que había traído consigo desde la selva y que en Cajamarca era toda una novedad. Del modo más natural le convidaron el primer trocito de acuña poniendo el pedazo de dulce en la boca del niño, luego le convidaron un pedacito más. Para el tercero, le pidieron que abra la boca y cierre los ojos, lo cual inocentemente lo hizo. Pero esta vez, ya no le pusieron el dulce en la boca sino que le bajaron completamente el pantalón y el calzoncillo dejando las guandumbitas y la concertina de Jorge “Picho” al aire, para risa y distracción de todos los muchachos que estaban

allí reunidos. En venganza, Jorge “Picho” arrancó de las manos la bolsa de las acuñas que tenía el dueño de los veinte centavos y se fue como una exhalación a meterse dentro del amparo de su casa, donde una por una, dio cuenta de todas las acuñas que había en la bolsa. Los que le hicieron la palomillada de bajarle el pantalón, tuvieron que resignarse a quedarse sin los dulces porque Jorge no salió de su casa por más de dos días seguidos dejándoles sin la oportunidad de hacerle cualquier reclamo o de darle alguna paliza.

Pero este tipo de cosas no sólo le ocurrían en la calle. Unas puertas más abajo de la casa de su madre vivía el tío Elías Horna y la tía Carolina Aliaga, ambos parientes muy cercanos de su abuela Isolina Escalante. Estos parientes tenían una casa grande cuya huerta daba hasta el jirón Cinco Esquinas, en la que cultivaban limas, higos, duraznos, guabas, pajuros y manzanas, que fructificaban muy bien. Como Jorge “Picho” era un verdadero mono para treparse a los árboles, muy pronto se ofreció para recoger la fruta que estuviera madura. El caso fue que, para poder treparse a la parte alta del árbol de pajuro y de la guaba, porque con los otros frutales no tuvo problemas, Jorge “Picho” se hizo con los pasadores de sus zapatillas, una especie de manea para sus pies con la que se ayudó en dicha labor. Sólo que cuando el tío Elías Horna le preguntó que estaba haciendo, él le contestó a su manera que *“tenía que desamarrar la zoguilla de su zapatilla para hacerse la manea y poder subir al árbol”*. Desde allí, siempre que el tío Elías se encontraba con Jorge “Picho” le

preguntaba qué iba a hacer con la “*zoguilla de su zapatilla*” con la letra “Ll” sonando como “Sh”.

Una vez instalado y ubicado en las usanzas de Cajamarca, lo cual ocurrió de enero a marzo que también era el período vacacional de todos los niños, Jorge “Picho” fue matriculado en el cuarto año de primaria de la Escuela Prevocacional N° 123 “Rafael Olascoaga”, que se había “independizado” hacía poco de la férula de los hermanos maristas que regentaban por ese tiempo a la Escuela Normal de Varones de la cual era su “centro de aplicación”, por una serie de malentendidos con respecto a su autonomía, porque ya no querían seguir siendo un apéndice de aquella y por sabe Dios qué otras cosas más que no se llegaron a conocer jamás. Pero allí en esa escuela, doña Ida Isabel, —ahora otra vez madre de Jorge “Picho”—, tenía como profesor a su primo Alfredo Montoya Salazar que le conseguiría vacante si es posible sacándola de la carpeta de Judas. El parentesco de Ida Isabel con éste profesor, venía del hecho de que era esposo de su prima muy cercana Justina Chávez Escalante, de ascendencia shilica igual que ella.

Como desde ese tiempo ya estaba instaurada la mala costumbre de realizar los trámites para obtener matrícula en una escuela de la ciudad, en el mes de diciembre del año anterior, cuando llegó Jorge “Picho” a Cajamarca en enero ya no habían vacantes disponibles en ningún centro escolar de primaria, por lo que Alfredo Montoya tuvo que aceptar en su propia sección al “Picho”, como alumno suyo y recibéndolo como una especie de

yapa, a su carga docente regular de más de cuarenta alumnos, que era normal a esa altura del desarrollo histórico de la educación en Cajamarca.

Jorge “Picho” se incorporó al cuarto año de primaria y desde el primer momento que abrió la boca, todos sus demás compañeros soltaron una sola risotada. No es que hubiera abierto la boca para contar un chiste, el caso era que todo lo que decía era simplemente un chiste para los demás, por la tonada charapa al hablar que había traído consigo desde la Ochora y que no lo dejaría nunca. Al regresar esa mañana a las doce del día a almorzar en la casa de su madre, les contó a todos sus hermanos y especialmente a su progenitora, que ya no iba a hablar nada en la escuela, porque cada vez que hablaba todo el mundo se reía de él —incluyendo al profesor de aula que lo hacía solapadamente— y que, lo peor de todo, era que él no llegaba a entender los motivos, “*ni que tuviera la cara de payaso*” —dijo, para terminar—.

— Qué lisura que se estén riendo, comenzando de mi primo Alfredo, de la forma como hablas hijito. Pero no te preocupes, hijito precioso por eso —le dijo su madre en tono conciliador, para luego continuar con la misma intención— cuando uno viene de la selva, nuestra tonada muncha al hablar es muy notoria para la gente de la sierra. Ellos también hablan con una tonada especial, especialmente los shilicos y los cajachos, pero como todos hablan de ese modo, nadie lo percibe o por lo menos nadie cree que habla con alguna “tonada especial”. Pero,

no te preocupes hijito, va a ocurrir que ellos se acostumbrarán a tu modo de hablar o tú vas a hablar como lo hace la gente acá en Cajamarca. Sin embargo, sería mejor que aprendas a hablar a estilo de por acá. Por ejemplo, no se debe decir “cajué”, se dice café, café, café... A ver hijito, haz la prueba, pronuncia la palabra “café”.

— Cajué —lo soltó Jorge “Picho” de la manera más natural y posible para él, dada la costumbre de hablar, de ese modo especial y peculiar, por parte de la gente que habita la selva peruana, pero especialmente por los niños, que no aprenden todavía ni neos se preocupan de pulir un poco su habla, para adecuarlo a la norma estándar del habla de la costa y evitar la sorna, la burla y la risa, que ese modo típico de hablar produce en la gente del resto del país, tengan o no tengan ellos su propio dejo al hablar—.

— Ya ves pues hijito lindo, la palabra es café... fe, fe, fe, no “cajué” como lo pronuncias. ¡Por eso les haces reír a tus compañeros cuando hablas! —Le aclaró su madre con mucho cariño y comprensión—.

— Cajué, jué, jué —volvió él a pronunciar Jorge Picho la palabreja, al más puro estilo munchita, como si su madre se lo hubiera pedido—.

Como todos los que estaban sentados a la mesa soltaron una sola risa y viendo su madre que por el momento no iba a lograr que

Jorge “Picho” pronunciara “fe” y no “jué”, le volvió a hablar comprensiva y maternalmente:

— Ya hijito, no te preocupes, ya verás que con el tiempo y las aguas, vas a poder decir fe, fe, fe y no jue, jué, jué. Tienes que tener paciencia no más y cuando se rían de lo que hablas, no les hagas caso hijito. A risotadas necias, oídos sordos —sentenció su madre—.

Al parecer esa fue la mejor sugerencia que pudo haber recibido de su madre. Pronto, se dio cuenta que sus compañeros ya no se reían mucho de lo que hablaba y hasta, en algunos casos, ni le prestaban atención. Su tonada charapita no es que hubiera desaparecido, sino que sus condiscípulos ya se habían acostumbrado a ella. Todo iba muy bien allí en la escuela para Jorge “Picho” hasta que llegaron los exámenes del primer bimestre. No se sabe por qué razones, en todos sus exámenes obtuvo bajísimas calificaciones. En razón de ello el profesor Alfredo Montoya vino a conversar con su prima Ida Isabel para informarle de la situación en que se hallaba Jorge “Picho”. Como éste andaba jugueteando por allí, lo llamaron para aconsejarle que se aplicara en los estudios, dándole como una de las salidas a cuando no supiera una pregunta del examen escrito, que mejor escribiera “*esta no la sé*” en lugar de contestar barbaridades como que “*Jesucristo nació en el Parque Infantil de La Colmena*”, donde él acostumbraba ir a jugar por las tardes, como hizo en una prueba escrita anterior, frente a la pregunta ¿Dónde nació Jesucristo?, que le hicieran en el curso de Religión.

Tan pronto transcurrió el segundo bimestre, más o menos para cuando se hace la feria de Fongal en Baños del Inca, el primo Alfredo Montoya de Ida Isabel resultó llegando otra vez a la casa que ésta tenía en el Jirón El Inca, para informarle lo que su hijo Jorge “Picho” había escrito como respuestas en uno de sus exámenes: En la pregunta número tres de cinco que tenía la prueba escrita puso: *“Esta no la sé”*. En la pregunta número cuatro de la misma prueba escrita, muy creativamente puso: *“Esta igual no la sé”*. En la pregunta número cinco y última de la prueba escrita, volvió a recrear su respuesta y puso: *“Ésta, tampoco la sé”*.

Por lo tanto, sólo tuvo la posibilidad de obtener ocho puntos en la escala vigesimal que se utilizaba en la evaluación. Cuando su madre le increpó, de la manera más cariñosa que le fue posible lo que había hecho, él se limitó a contestar:

— Bahh... pero, ¿así no pues me han enseñado que ponga en las preguntas de la prueba si no sabía la respuesta? ¿Qué pue me reclaman ahora, si ustedes mismos me han aconsejado que lo haga de esa manera? —eso les respondió Jorge “Picho” con la mayor naturalidad del mundo, dejándolos pasmados y sin poder reaccionar a su madre y su profesor, luego se fue a jugar en donde lo estuvo haciendo cuando lo llamaron, como si nada hubiera ocurrido—.



## CAPITULO V

### *El raptor de Blanquita*

Los resultados de las evaluaciones de los aprendizajes de Jorge “Picho” durante su paso por la Escuela N° 123 “Rafael Olascoagua”, no fueron muy del agrado de su profesor Alfredo Montoya ni de su madre Ida Isabel. A los diferentes cursos del plan de estudios de ese nivel educativo los fue aprobando, si no con un par de canillas —que él decía que eran muy bonitas, porque tenían espigadas y esbeltas figuras— con doces o treces y, en casos excepcionales, con algún catorce. Pero, nunca con una nota cercana al veinte, salvo en Manualidades, en la que sin mayores esfuerzos obtenía diecinueves, o también en el caso de Educación Física, —en la que por costumbre los profesores de esa especialidad suelen calificar sólo hasta catorce y máximo hasta quince—, área curricular en la que Jorge “Picho” constituía la excepción a esa inveterada y secular regla implantada por estos canijos profesores —claro está— porque a él sí que le plantaban sin asco, casi siempre, hermosos dieciséis, diecisietes y hasta dieciochos.

— Ay primita —le dijo uno de esos días el profesor Alfredo Montoya a la madre de Jorge “Picho”, realmente preocupado por la situación— tu hijo ha sido el único alumno que en toda mi

vida de maestro, me ha ganado la partida. Francamente primita, este cangrejo de munchita, o acaso tengo que decir charapita, me ha dejado sin argumentos pedagógicos. Fíjese pues prima... ya no sé qué hacer con él.

— ¡Caramba primo!, si hace falta zúmbele no más con la correa o con lo que acostumbren ahora castigar a los muchachos malcriados en la Escuela. Yo no me voy a resentir por eso, al contrario, le voy a quedar eternamente agradecida —le respondió la madre de Jorge “Picho” con una sinceridad tal que, de ser posible, hubiera podido pesarse en una balanza— ahora, sobre de si es correcto llamarles a los que son naturales de Moyobamba como “charapas” o “munchas”, le diré que a los de la selva baja, como es el caso de Iquitos o Pucallpa, les dicen “charapas” y, a los de la selva alta, como es el caso del departamento de San Martín, les dicen “munchas”. Por lo menos, así decía que era, mi madre doña Isolina Escalante Rojas, prima muy cercana de su suegra doña Rosa Escalante, que también era natural de Huacapampa, frente a lo cual, yo: su humilde servidora, supongo que sabía muy bien lo que estaba diciendo.

— En primer lugar mi querida prima, gracias por desasnarme sobre eso de los charapas y los munchas. Ahora, sobre lo segundo... ¡Y qué cree usted prima! ¿Que no le he zumbado sus buenas tundas al cholito grajiento ése de su Jorge? Cuando ha pedido a gritos, le he dado las majas que le han correspondido, igualito que a todo el resto de mis alumnos. A eso me refiero pues prima, cuando le digo que me ha dejado sin

“argumentos pedagógicos”, porque este bendito “munchita” es duro como él sólo y aguanta firme como los buenos, cualquier castigo que le ha sido impuesto —aclaró taxativamente Alfredo Montoya, su maestro de aula—.

— Carambas primo, entonces... ¿ni con maja lo va a enderezar a este cangrejo de mi hijo? Eso si está grave... si usted no ha podido con él ¿qué podré hacer yo que soy una pobre mujer? Ni para decirle a mi Gonsha que lo enderece, porque él es incapaz de hacer algo que se parezca a castigarle a ese niño. Dice que si lo haría, le parecería que su cuñada Yolanda, la madre de mi Jorge, le miraría mal desde el cielo o desde el lugar donde Dios le haya puesto.

— Ni con maja prima he podido con este cangrejo de alumno. Por eso le digo que el condenado muchacho me ha ganado la partida. Con este charapita —dijo “charapita” otra vez para referirse de modo natural a los nacidos en la selva alta, ya que, para la gente del resto del Perú, no hay diferencias: todos los de la selva son charapas y punto— francamente, no he podido. Este chico ha resultado igual que el gato. Hace sólo lo que él quiere y se deja cariñar cuando sólo él lo quiere. Mismo gato, prima, mismo gato... Pero en educación física sí el maldiciado es un verdadero gimnasta, porque hace lo que todos sus compañeros no pueden. Lo mismo que en los trabajos de manualidades. Allí es muy hábil. Para esas dos cosas, me parece, que sí tiene destrezas especiales y está bien dotado.

— Entonces pues primo, lo mejor será que lo ponga a estudiar en el Politécnico ¿no le parece a usted primo? —Le consultó Ida Isabel a Alfredo Montoya, porque Jorge ya estaba terminando su primaria para ese entonces—.

— A mi me parece... ¡que eso sería lo mejor para el muchacho! Matricúlelo primita en mecánica automotriz en el Instituto Industrial N° 5, o sea en el Poli, como usted dice. Para armar y desarmar cosas no tiene igual. Así que allí le va a ir muy bien a este muchachito... —dicho lo cual, se despidió y se fue para su casa, que quedaba en la acera del frente de la casa de Ida Isabel del jirón El Inca—.

Y así fue como Jorge “Picho” estudió secundaria técnica en el “Poli”, donde fue buen alumno, salvo en los cursos de ciencias como matemática y química que también tenían que llevarse, porque el currículo se decía que era integral. Estudio mecánica automotriz hasta cuarto de secundaria, que fue cuando su tío Demetrio González lo inquietó para que se vaya a terminar su secundaria en Moyobamba, lo cual hizo tomando él la decisión. Como ya era un joven, sus abuelos paternos Julián y Nati nada pudieron hacer para lograr que se vaya a vivir con ellos nuevamente. Jorge “Picho” se quedó a vivir con su abuela materna Isolina, pero estuvo de pensión en Moyobamba ese año de lunes a sábado, de su cuenta y suelto en plaza... para hacer lo que sabía hacer como el verdadero gato que era, no sólo por el color verde de sus ojos, sino por su extraña configuración física para hacer piruetas y malabares extraños o difíciles.

Resulta que cuando cursaba el quinto año de primaria, a Jorge “Picho” se le ocurrió participar en una singular justa de habilidad física: la de treparse hasta la punta de un palo ensebado, que todos los años se realizaba en el jirón “El Inca”, con motivo de la celebración de la fiesta de la Cruz del Molle. Esta cruz se encuentra ubicada hasta ahora en la intersección del jirón “El Inca” con la avenida “El Maestro”, y alguna vez se la “construyó y dio forma” como parte de un enorme árbol vivo de molle, al que se le cortó profusamente con un serrucho forestal, dos de las ramas solitarias que le habían brotado en forma de brazos de una cruz, a unos dos metros y medio del suelo. Desde entonces, el árbol de molle y “la cruz” se han elevado desde el ras del suelo, a no menos de un metro y medio más de altura, por lo que hubo que echar a tierra el techo de teja de la casa de paredes de tapial, en la parte de su frontis que da al jirón El Inca, lugar donde hasta la fecha se conserva como reliquia religiosa. El fuste del árbol de molle aquel, libre de impedimentos para crecer, es ahora un árbol enorme, sin embargo sus dos ramas cortadas en forma de brazos de una cruz, siguen como originalmente fueron cuando se las cortó.

Aunque en la actualidad aquella pintoresca celebración haya perdido casi todas las características y singularidades de encanto que tenía durante los tiempos en que Jorge “Picho”, no sólo participara en la competición mencionada, sino en la que se hiciera acreedor al premio mayor, parece que ya no existe más. Es de suponerse que debe ser objeto todavía de alguna

veneración, pero nunca más en la forma y con las características en que solía realizarse por aquellos tiempos, en que los focos de la luz eléctrica de Cajamarca parecían berenjenas colgando de postes de madera y en la que, las calles eran empedradas y tenían una acequia al medio. En primer lugar, porque ya no hay la costumbre de designar mayordomías que hagan posibles esas celebraciones. En segundo lugar, todas las calles están cubiertas de pavimento rígido y no habría donde plantar el palo ensebado. Y finalmente, debido a que la gente de ahora acostumbra ir de viaje hasta la Cruz de Motupe, de ese lugar, hasta Otuzco donde reside la Virgen de la Puerta o hasta Ayabaca, donde radica el Señor Cautivo o “Cautivito”, para rendirles adoración y pleitesía religiosa en vivo y en directo, habiéndose quedado la famosa “Cruz del Molle” del Jirón El Inca casi en el olvido.

Sin embargo, todavía queda en el recuerdo de algunas gentes de las inmediaciones de la Cruz del Molle, la forma en que el “medio mono” de Jorge “Picho” se subiera al palo ensebado el día central de la festividad, porque vio, entre atónita y sorprendida, la forma en que aquél pequeñín comenzó a treparse al palo de eucalipto, desprovisto de su corteza y profusamente untado con grasa negra de rótulas y engranajes de camión, con una facilidad asombrosa, cosa que nadie había logrado hasta ese momento. Para poder cumplir esta hazaña de malabarismo y destreza, Jorge “Picho” tuvo que ayudarse con arena que, antes de comenzar a treparse por el palo, había llenado en todos sus bolsillos de su pantalón y camisa. Para poder sujetarse del palo e iniciar el proceso de treparse a él, todo el contenido de una bolsa

de papel que se utilizaba para comprar el pan, llena de arena que había traído desde el río San Lucas, la esparció y se aseguró de que ya no resbalara. Hecho esto, se trepó al palo y comenzó el ascenso, ante la mirada incrédula de la gente.

Una vez acabado el tramo cubierto de arena, sacó la que tenía en sus bolsillos y así, poco a poco, llegó hasta el final del palo que comenzó a cimbrarse amenazando al trepador con caerse, con todo y él. Con suerte nada de lo que temía la gente ocurrió y Jorge “Picho” llegó hasta donde estaba puesta una bolsita de tela a medio llenar con monedas de pequeña denominación. Jorge “Picho” una vez posesionado de la bolsita con los sencillos, bajó como si nada a gran velocidad, sólo para ser recibido con vítores y hurras, para luego ser enarbolado hasta los hombros de uno de los entusiastas mirones, que lo condujo seguido de una turba de muchachos que vitoreaban su proeza, hasta la casa de su madre doña Ida Isabel.

La madre de Jorge “Picho” recibió al héroe entre asustada y sorprendida. Luego, siempre ante la mirada de sus fanáticos hinchas, éste obsequió a su madre la bolsita que había logrado coger al término del palo ensebado, como el mejor de los obsequios que podía hacer a su madre, sin siquiera haber abierto la bolsa de la fortuna ni menos contar la cantidad de dinero que había logrado ganar con su inaudita proeza. Sin embargo, como su madre observara de inmediato que el “héroe” estaba literalmente embadurnado de grasa negra de carro desde los pies hasta las orejas, despidió a sus seguidores y de inmediato se puso

a calentar agua para que éste tratara de quitarse la grasa por lo menos del cuerpo. Verificó igualmente que la ropa con la que su hijo se había subido al palo ensebado estaba casi inservible. Ella sabía perfectamente, porque ese trabajo ya lo había hecho muchas veces con los mamelucos de trabajo de su Gonsha, que de no quitar primero la grasa con gasolina, hasta donde se pudiera, no había otra forma posible de librarse de tal suciedad y que se podría cantar victoria luego de refregarla con una buena escobilla de ropa, cuando el jaboncillo hervido todavía estuviera caliente.

Su sorpresa fue aún mayor cuando una vez despanzurrada la bolsa de tela con los sencillos del premio que acababa de ganar Jorge “Picho”, su madre se encontrara con el hecho de que “el fabuloso premio” consistía nada más ni nada menos, que de ochentaicinco centavos en moneditas de diez y de cinco que, realizados los cálculos de costo de la lavada de su ropa, no alcanzaría ni para comprar el galón de gasolina que iba a necesitar para disolver la grasa, que en aquel tiempo costaba tan solo tres soles, o sea el equivalente de un dólar americano. Así que, sin hacer mayor gesto de preocupación y con el semblante iluminado por esa mueca de resignación con la que sabe investirse el rostro de las madres, le dijo a su hijo:

— Ay hijito, para otra vez que vayas a treparte como mono a esos palos ensebados, sería bueno que te pusieras la más vieja de tus ropitas. Mira pues, ahora *“la lavada nos va a costar más cara que la camisa”*. Los ochentaicinco centavos del premio va a alcanzar para el jabón “Marsella” que habrá que comprar, pero;

para la gasolina ya tiene que salir de mis bolsillos. Encima de eso, ni modo, esa grasa negra de carro, va a dejar a tu pantaloncito y a tu camisa, incluso a tu ropita interior, completamente percutida... Pero, qué se va a ser, como decía la mamita Isolina, ya no vale la pena echarse a llorar sobre la leche derramada. Ya has hecho el adefesio de subirte al palo ese embadurnado con grasa, para sólo ganar que tu ropa quede inservible y, como eso es cosa que ya no tiene arreglo, ya se verá como solucionamos más adelante este entuerto —y se puso a hervir la ropa de su hijo en jaboncillo, con la devoción con la que siempre había hecho estas cosas—.

Cuánta razón tuvo la madre de Jorge “Picho” cuando le dijo que su ropa, después de la embadurnada con grasa de carro que se dio al treparse al palo ensebado le iba a quedar inservible. Después de varios intentos por lograr clarear la camisa y despercutir el pantalón, incluso utilizando sal de soda y haciéndola hervir en la olla que alguna vez sirvió para blanquear los pañales de bombasí de él mismo, la grasa negra se impregnó tan bien en la ropa que no hubo forma de componerla, en razón de lo cual, la tuvieron que regalar a la caserita que acostumbraba venderles los petates que servían para colocarlos entre el somier de las camas y los colchones de flor de ceibo, y que la susodicha caserita confeccionaba en su casa ubicada en las cercanías de la laguna de Chamis, de donde obtenía la materia prima, es decir, la totora que usaba para esos menesteres. La ropita, aunque pareciera no muy limpia, serviría para que el mayor de sus nietos le ayude en las labores de cultivo de la chacrita que allí tenían, y

que ellos empleaban para producir las cosas necesarias para su sustento diario. La pobre anciana, hasta donde se sabía, era padre y madre de tres nietos huérfanos.

Pasado y olvidado este incidente, Jorge “Picho” una vez que concluyó el cuarto año de media en el Instituto Industrial N° 5 de Cajamarca, se fue a vivir otra vez a Moyobamba, esta vez invitado por su tío Demetrio González que vino a llevarlo ex profesamente desde Trujillo, aprovechando uno de sus viajes acostumbrados a la Universidad Nacional de ese lugar donde estudiaba Derecho. Allí en Moyobamba, Jorge “Picho” logró terminar su secundaria. Al parecer, académicamente de modo satisfactorio, pero, claro; con la necesidad de rendir dos cursos de ciencias en calidad de aplazados, los primeros días del mes de enero del año siguiente. Sin embargo, tan pronto logro sortear estos dos escollos académicos, resultó llegando a Cajamarca una madrugada, acompañado nada menos que de Blanca Rodríguez Grández, criatura que apenas tenía 16 años de edad y nieta consentida de sus abuelos.

Tan pronto llegó a Cajamarca, tomó posesión del “cuartito reproductor” que su madre Ida Isabel tenía en la casa del jirón El Inca, al igual como lo hicieron, cada quien a su turno, sus hermanos mayores Alfredo, Rosa, Dora y Luis Edwin. Pero, como la pobre Blanquita era de “temple”, o mejor dicho de climas cálidos, no llegó jamás, en el tiempo que vivió allí, a dominar su temor al agua fría del caño, que de verdad era tan fría que a todos los muchachos les pispaba las manos,

produciéndoles una especie de “tarjas” que había que disolver remojándolas en agua caliente una mañana entera, para arrancarlas literalmente de la piel con la ayuda de una piedra pómez o un trozo de teja.

— Pero hijo, ¿acaso tu mujer no sabe lavar ni siquiera sus calzones? —Le dijo uno de esos días Gonzalo Cabanillas, en que encontró a Jorge “Picho” refregando en el lavadero, su propia ropa y por añadidura la de su mujer, entre cuyas prendas claramente podía distinguirse los blancos calzones de ella—.

— Claro que sabe... papá, pero ella no está acostumbrada al frío del agua de Cajamarca. Además, si ella lo va a hacer con sus manos, yo también tengo manos para lavar la ropa. Déjela a la pobrecita de mi mujer que descanse hasta que caliente un poco el día. Si la viera... para sacudiéndose de frío a toda hora, y para que lave su ropa con esta agua helada de Cajamarca, yo creo que sería un suplicio para ella, que yo, su marido, que tanto la quiero, puedo evitar —le contestó Jorge “Picho” muy seguro de lo que estaba hablando y hecho todo un maridazo—.

— Mejor pasa a tomar tu desayuno Gonshita y deja tranquilos a ese par de muchachos. ¡Qué también que se hagan! —terció en la conversación Ida Isabel desde la cocina, ya que conocía de sobra que Blanquita estaba padeciendo todos los malestares del embarazo, para luego casi en su misma oreja decirle muy quedo—. No hagas tanto alboroto por cosas como esas Gonshita, parece que Blanca está en cinta, y tú ya bien sabes

cómo es eso, acuérdate como me ponía yo por cada uno de los tres trances de esos tuve que pasar a tu lado y... por tu culpa, pues tú eras el procreador.

— Condenado muchacho, ¿tan pronto ya pué le ha hecho atajar al llullito en su panza de esta criatura? —Comentó Gonzalo Cabanillas, señalando con su dedo índice el lugar donde Blanquita posiblemente estaba descansando y haciendo esas señas inequívocas que se hacen, para decir sin hablar, que uno ha metido la pata, tomando a broma lo que ocurría y recordando la manera de hablar de la gente de Uchiza, donde viviera él cuando fue joven, para luego agregar con la misma tonada charapa—. En eso si tienes razón Idita, que lave la ropa entonces nuestro hijo, total... si para otras cosas se ha dado maña, ahora que aprenda bien la tareíta, porque más adelante va a tener que lavar también los pañales del llullito.

En el “cuartito reproductor” del jirón El Inca Jorge “Picho” pasó, presumiblemente, una de las “lunas de miel” que jamás olvidaría. Pero esa suerte no le duró mucho. Blanquita, por su temprana edad o porque así suelen ser simplemente esas cosas, comenzó a pasar la mar y morena con el embarazo. Pero... ¡allí estaba él!: Jorge “Picho”, su flamante maridazo para apoyarla, alcanzarle una infusión caliente de supiquehua para los gases, de cedrón o de hierba luisa para los dolores de barriga o, para frotarle las caderas con mentholatum o vick vaporub, que para ese fin tenía siempre a la mano en el veladorcito que siempre había en ese cuarto junto a la cama.

Sin embargo, más terrible que los dolores de barriga que le aquejaron a Blanquita por el embarazo, fue la llegada intempestiva de su hermana Enith, que apareció en Cajamarca una madrugada —a la misma hora en que Jorge “Picho” llegara también a Cajamarca, en búsqueda de trabajo de operador de maquinaria pesada, mucho tiempo después, como si él mismo, retrocediendo en el tiempo, le hubiera ilustrado con pelos y señales, acerca de la forma en que tendría que hacer el itinerario singular de tan largo viaje—, dispuesta a rescatar a su hermana de las garras de su raptor: el “proyecto de hombre” que se había atrevido a robar a su hermana menor, para traerla tan lejos y a un sitio tan frío como era este adefesiero de pueblo que nada de bueno tenía, comparado con su Moyobamba, que si era poseedor de un clima simplemente divino: ni tan caluroso ni húmedo como Tarapoto, ni tan frío y seco como este pueblo que se llamaba Cajamarca.

Enith era una mujer de tez blanca, de estatura pequeña y de cuerpo espigado como la de una bailarina de ballet, presumiblemente, moldeado a base de tanto bailar la pandilla en más de una fiesta de San Juan, allá en su tierra natal. Toda ella olía a orquídeas, esas flores que tan profusamente se dan sobre los árboles del valle del Alto Mayo y su aliento cuando hablaba, especialmente por las mañanas, no sólo olía café sino que se parecía también al humo que suele emanar una taza de esa aromática bebida caliente recién preparada, por el contraste de la temperatura de su cuerpo con la del ambiente de Cajamarca. Su

rostro, de no ser porque venía plagado del disgusto de ver a su hermana menor atada a un “hombrecito” del cual, según ella, no iba a sacar nada, habría sido muy hermoso, por ser el reflejo innato de todas las mujeres de la selva peruana que, por decir lo menos, son bellas de nacimiento. Pero; como más paraba renegando de la mala suerte de su hermana Blanca, por haber caído en las garras de un gran mujeriego como Jorge “Picho”, todo su ser había adquirido un rictus que no era el de una mujer agradable, aunque su físico fuera hermoso. Según ella, su hermana había sido “robada” y sustraída de la tranquilidad de su hogar y alejada de sus estudios y no había que darle más vueltas: eso era una maldad.

— Pero hija, eso de que un hombre “roba a una mujer” es puro cuento, —le contestaba Gonzalo Cabanillas cada vez que se suscitaba esta conversación— seguro que Blanquita se ha conchabado con mi Jorge y, con su pleno consentimiento han venido desde Moyobamba a refugiarse acá en esta humilde casa, pero que les ha acogido con cariño. Más seguro es que allá ustedes se han opuesto a sus amores y por eso es que han huido... al parecer, en casos de amores no hay nada peor que tratar de oponerse a ellos. El amor siempre triunfa sobre cualquier impedimento o adversidad, y hasta se vuelve terca y caprichosa la persona a la que se le prohíbe seguir viéndose con aquella de quien está enamorada. Eso pasa aquí, en Moyobamba y en la Cochinchina —concluyó—.

— Por lo de su casa le estoy muy agradecida, don Gonzalo y... por lo demás, creo que todos somos humildes, nadie aquí se está haciendo el jactancioso de tener mucha plata ni mucho menos que sea de sangre azul. Pero... tratándose de “su Jorge” ahí si no hay vuelta que darle porque es un grandísimo resabido. En cambio mi pobre hermana Blanca es una ingenua paloma, una torcacita a la que cualquiera hubiera podido cazar, más ya pué, tratándose de un galgo hambriento como es su hijo Jorge. Allá en Moyobamba su hijo ha sido un mujeriego. Por eso no me explico cómo es que, teniendo tantas a su disposición, se ha fijado en mi hermanita que ni siquiera terminaba todavía la secundaria. De puro malo le ha hecho que interrumpa sus estudios. De no cruzarse en su camino, mi hermana no solo hubiera terminado el colegio, sino ya estaría por estudiar una carrera profesional. Pero ahora pues ¿qué va a ser de su vida teniendo de marido a este manavalque, a este adefesio, a este proyecto de hombre?...

Hubiera seguido renegando y renegando de la “mala suerte” de su hermana menor. Realmente Enith estaba ofendida porque el mujeriego de Jorge Navarro había raptado a su hermana para traerla a meterla en ese cuarto adefesiero que ni ventana tenía. Y encima en este pueblo tan friolento como era Cajamarca. Claro que en Cajamarca por ese tiempo hacía más frío que ahora, por lo que las habitaciones no tenían muchas ventanas y algunas carecían de ellas por considerárselas innecesarias. Y aunque Enith insistió, no una sino mil veces y en todos los tonos, para que su hermana Blanca se regrese con ella a Moyobamba a fin de

que termine allí la secundaria y se inicie en el estudio de alguna carrera técnica o profesional, ella decidió quedarse con su Jorge “Picho” en este Cajamarca que ya la *“iba a matar de frío”*. Pero... no se murió de frío y más bien terminó acostumbrándose a él como todo el mundo.

Cuando a Blanquita le tocó dar a luz a su primera hija, a la que pusieron por nombre Jéssica, Jorge “Picho” ya había conseguido trabajo como Promotor en el Programa de Alfabetización Integral de la Zona de Educación N° 12 de Cajamarca. Una vez que logró su recuperación total del alumbramiento, Blanquita y su pequeña hija fueron hasta La Pauca, comprensión escolar de la actual provincia de San Marcos, en donde Jorge “Picho” se desempeñaba como facilitador de alfabetización, con una eficiencia y un esmero jamás vistos por esos rumbos en tales ocupaciones y menesteres.

Los alfabetizadores del programa ALFIN —con esas siglas era conocido el Programa de Alfabetización Integral de esa época— enseñaban a leer, escribir y, sumar y restar números naturales pequeños, pero relacionados con situaciones problemáticas de la vida cotidiana en ese lugar, a partir de las cuatro de la tarde, hora en que, de acuerdo al convenio entre el Ministerio de Educación y la mencionada cooperativa, dejaban sus labores diarias, no porque se hubiera acabado el trabajo, sino porque tenían que hacer un alto a esa hora, para poder asistir a las clases de alfabetización. Por lo tanto, Jorge “Picho” tenía libres y disponibles casi todas las horas del día, hasta las cuatro de la

tarde en que daba sus clases en uno de los ambientes que para ese fin le hubieron designado.

Allí en La Pauca, por su habilidad y sus conocimientos de mecánica automotriz, pronto se convirtió en uno de los colaboradores más importantes de los directivos de la Sociedad Agrícola de Interés Social “José Carlos Mariátegui” —SAIS— de ese lugar. No sólo ayudaba a manejar los tractores de la empresa cooperativa sino que también se encargaba de su mantenimiento y reparación, tan igual cómo ayudaba a preparar el queso y la mantequilla que allí se producía, o arrear el ganado de lidia que allí se criaba. La gente del lugar, y especialmente los dirigentes de la Cooperativa, por esos particulares detalles con los que Jorge “Picho” solía agasajarlos, le llegaron a tener un gran aprecio y, con mucha frecuencia, le obsequiaban con los quesillos, quesos, mantequilla pura de vaca, papas, alverja, trigo y cebada que ellos producían, como recompensa a ser tan acomedido y trabajador. En esos momentos, qué bien se acordaba de su abuela materna Isolina Escalante, que siempre que le solicitaba un mandado le decía: *“hijito, el hombre acomedido, come de lo escondido”*.

Pero tanta felicidad no podía durar indefinidamente. Uno de esos días, sin saberse a ciencia cierta por qué, su hija Jéssica enfermó con diarreas y vómitos. No es que Blanquita y él mismo, hubieran dejado de tener cuidado de hervir adecuadamente el biberón y la leche de vaca con la cual alimentaban a la bebé, porque para hacer eso había sido bien aleccionada por doña Ida Isabel en Cajamarca. Tampoco era posible que la niña hubiera

llevado, ella misma, algo a su boca para comer, y que eso hubiera estado contaminado de suciedad, porque era muy pequeña y no hubiera tenido oportunidad de hacer aquello por estar al cuidado de su madre. El caso es que simplemente enfermó y se puso grave a una velocidad inimaginable. Al no contar con auxilio médico en ese lugar, tanto Jorge como Blanca, tuvieron que venir de urgencia a Cajamarca con su pequeña hija casi agonizando por la deshidratación que le aquejó a consecuencia de la enfermedad, para que le dieran tratamiento en el Hospital Regional de Salud. La bebita, con suerte y gracias a la atención médica acertada que recibió en el Hospital Regional de Cajamarca, se salvó de una muerte segura... *¿de haberse quedado allá en esas tierras solitarias e inhóspitas de La Pauca sólo un par de horas más, otro habría sido el resultado!* —Le dijo el médico que la atendió—.

Es que... definitivamente, ¡no era su hora todavía!

Una vez restablecida la niña de su enfermedad, regresaron a La Pauca, él a continuar con su trabajo de alfabetizador y Blanquita para acompañarlo, en esos rumbos por demás desconocidos y friolentos para ella. Pero un día, el Programa de Alfabetización llegó a su término. El Ministerio de Educación decidió cancelarlo. Los motivos jamás se llegaron a conocer, pero decían que fue porque se acabó el financiamiento externo del que disponía. Es mucho más seguro pensar que se canceló por razones políticas, más que por otra cosa. Al quedarse desempleado, Jorge “Picho” decidió nuevamente regresar a Moyobamba a buscar trabajo. Después de algunos intentos, lo

consiguió allí, como chofer de camión de ruta larga. Hacía viajes de Lima a Tarapoto y viceversa, trayendo de la costa artículos de pan llevar, abarrotería y mercadería diversa, y llevando hasta allá madera, plátanos, yuca, café, maíz, cacao y otras vituallas, todas en calidad de materia prima o de consumo directo y nada manufacturado. Más tarde, por su apreciada pericia y la gran experiencia que adquirió en esos avatares, consiguió llegar a manejar unos enormes carros cisterna de transporte de combustible, entre Moyobamba y la refinería de El Milagro en Bagua.

Un día de esos, con suerte, justo cuando le tocaba su día de descanso allá en Moyobamba, resultó llegando a la casa de Jorge “Picho” su madre Ida Isabel. Llegó acompañada de su cuñada Auristela Cabanillas quien, al llegar le aclaró que: *“ambas habían hecho el viaje de Cajamarca hasta Moyobamba, para que la Idita —así le trataba su cuñada a Ida Isabel— olvidara un poco la pena que le aquejaba por el fallecimiento de su Gonshita”* —de ese modo también trataba ella a su hermano Gonzalo Cabanillas, que lo dijo de la forma cancina y medio en broma en que acostumbraba ella decir las cosas—.

Todo el viaje, Ida Isabel lo hizo encerrada en un mutismo inexplorable, pero tan pronto vio a su hijo “Picho” —según la connotación del término en Cajamarca— apearse de un camión tan grande para su talla, sólo atinó a bromear con él y a decirle, cariñándole la cabecita, como siempre lo había hecho cuando era

el bebé que acunó en sus brazos y sus rulos casi rubios le caían en cascada hasta los hombros:

— Quien se iba imaginar Jorgito lindo, que el más ratoncito de todos mis hijos, se iba a convertir en chofer de tan tremendos carrazos. Yo he pensado hijito que la cisterna enorme que manejas no tiene chofer, o que de repente lo está manejando un chofer fantasma... —a lo que Jorge “Picho” le contestó, tan rápido como pudo—:

— Cómo ya vuelta vas a pensar eso viejita linda. Hijo de gavilán, jamás puede ser paloma. Ya ves, gracias al ejemplo y las enseñanzas de nuestro querido Gonshita, yo he aprendido a manejar toda clase de carros igual que él. Pero eso de que soy chofer fantasma... todavía no llega la hora mamacita linda. Todavía no llega la hora...

Después de eso, Ida Isabel comenzó a pensar en cómo había sido el comportamiento de su hijo Jorge, cuando lo tuvo en Cajamarca, la vez que fue rescatado de su abuela Nati. Allí, recordó que casi no pudo cariñarlo como lo había hecho hacía un momento, y eso que antes era un niño y ahora era un hombre hecho y derecho. Cuando volvió con ella a Cajamarca, tenía que acariciarlo al descuido y sólo cada vez que podía, “*porque el bendito muchacho volvió del poder de su abuela paterna, tan arisco como un gato techero*”, según hiciera este atinado comentario su esposo Gonshita. Al parecer, tanto don Julián Navarro como doña Natividad López, sus abuelos paternos, eran muy parcós para repartir caricias a los niños, y más bien preferían criarlos de la

manera más “seca” que uno pudiera imaginar, en tanto su familia materna, incluyendo al esposo de su madre Ida Isabel, eran muy dados a colmar a los niños de caricias y palabras cariñosas que, para cualquier oído, sólo pueden significar ternura, que se trasmite y se recibe como un regalo que llega directo y sin rodeos al corazón.

Gonshita, como así solían llamarle también los hijos de Alfredo al esposo de Ida Isabel, era un fumador empedernido y de marca mayor. Sólo en las épocas en que trabajaba como decano de los choferes de los buses de la “Díaz” —empresa que hasta el año de 1990, más o menos, transportaba pasajeros desde las ciudades de Trujillo y Chiclayo, hacia las de Cajamarca, Celendín, Cajabamba y Bambamarca, y viceversa— se fumaba dos cajetillas de “chesterfield’s” al hilo, sólo en un viaje de Cajamarca a Trujillo, bajo la displicente complacencia de sus pasajeros, que jamás pudieron determinar a ciencia cierta de donde salía más humo: si desde el tubo de escape de los “Volvo” petroleros que él manejaba o, desde las chimeneas en las que había convertido a su boca y sus fosas nasales.

Borradito de la cara, por culpa del rebelde acné que le aquejara en la adolescencia y, sobre todo, a causa de las incansables jornadas para exprimirse las espinillas frente al espejo. Gonshita era, por lo demás, de piel trigueña, de contextura delgada y de regular estatura. No se sabe si por su hábito de fumar o por su personalidad cancina, era muy eticoso para comer y sus zapatos solían durarle mil años. Y es que... siempre anduvo en carro y las veces que tuvo que caminar a pié, cuando los tramos eran muy

cortos, lo hacía con la camisa reluciente de limpia —como en la propaganda televisiva del “detergente ecológico” Magia Blanca, como si un detergente así podría existir— y el cuello almidonado, así como, con los zapatos brillando como espejos sin necesidad de haber sido confeccionados con cuero de charol.

De ojos algo grandes para el tamaño de su rostro, pero verdes como el color de las cachaminas del río Jequetepeque, por cuyas riveras pasara infinidad de veces en sus viajes de rutina con la “Díaz”, tanto de subida a la sierra como de bajada a la costa, Gonshita solía llegar a su casa siempre con una bolsa de bizcochos trujillanos, un King kóng de Lambayeque, un costalillo de mangos de Tembladera o una docena de maméis de Magdalena, cuando viajaba a la costa, y si viajaba a Bambamarca o Celendín, llegaba con un buen queso chugurano bajo el sobaco o con un molde de chocolate y dos varas de chorizo shilicos, envueltos en papel glupac de bolsa azúcar, formando un atadito amarrado en cruz con un pabilo.

Por eso, cuando sus hijos —incluyendo a Jorge “Picho”— eran todavía niños y dejando un día, les encantaba ir a esperar su llegada en el taller de la empresa, que quedaba más arribita de la panadería de doña Peregrina y de la tienda de la señora Zavala, es decir, cerca de la intersección de los jirones Amalia Puga y Cinco Esquinas, en lo que antes fuera también taller de la antigua empresa de transportes “Sáenz”, ya desaparecida de la faz cajamarquina hacía algún tiempo. A ese taller se iban cuando ya se les había caído la noche por jugar sin cuenta de la hora en el jirón El Inca donde vivían y, ya no nos era posible que vayan

hasta la plaza de armas donde la “Díaz” dejaba sus pasajeros en la oficina que para ese fin tenía. Las veces que podía, Gonshita, les contaba que esa oficina había estado ubicada al frente de la Comisaría de la Guardia Civil, en la plazuela Amalia Puga, en un cuarto del primer “Hotel Sucre” que hubo en Cajamarca, de propiedad de don Arístides Camacho, huauqueño de nacimiento.

Tantos viajes realizó el Gonshita en los buses de la “Díaz”, muchas de las veces sin descansar ni alimentarse como debiera —sólo fumando sus dos cajetillas diarias de cigarros “Chesterfield” — que comenzó a hacerse viejo sin todavía serlo de verdad. En algunos de sus viajes, trepando las interminables curvas de “El Gavilán” o en la recta sin fin que hay entre San Pedro de LLoc y Paiján, le comenzaron a sobrevenir hemorragias nasales incontenibles, que sólo paraban con una ampolleta de Kavitín y con inmensos tapones en la nariz, que le tenían que aplicar de emergencia, sea en el Hospital Regional de Cajamarca o en el Hospital de Chocope, con los pasajeros casi a morir de la preocupación, esperando en el ómnibus.

Para esa época, su primo el “coche bravo” Arturo Díaz (así le llamaban los choferes, chulíos, empleados y sus paisanos de Huacapampa), uno de los dos propietarios de la Empresa A & S Díaz y Cia, se había convertido en el único representante en Cajamarca de los automóviles “Toyota” y, en el único distribuidor de los repuestos correspondientes —sin saber ni jota en teoría, acerca de lo que sería instituir un monopolio en una economía globalizada de la actualidad— que administraba paralelamente al negocio de venta de pasajes y transporte de

pasajeros, que tenía como su rubro principal de gerencia. Gonshita, antes de trasladarse de Tarma a Cajamarca —junto con los dos “coches” Díaz: Arturo y Sebastián— trabajaba en ese lugar como chofer de la Empresa “González”, que hacía servicio desde esa ciudad hasta Lima. Con sus primos Arturo y Sebastián, se había reconocido como pariente, sin duda alguna no muy lejano, porque en Huacapampa, todos sin excepción, resultan siendo familiares cercanos.

En este caso particular, lo fueron aún más, porque habían llegado a determinar su parentesco entre copa y copa, y entre una y otra pachamanca, pero; sobre todo, después de ejecutar intrincados procesos genealógicos, con los cuales llegaron a la certeza que sus ancestros habían sido “hijos de dos hermanos”. En razón del anotado parentesco, pero por sobre todas las cosas, por su honrada honestidad hasta el cansancio y su responsabilidad a toda prueba, en la empresa “Díaz” el Gonshita había tenido siempre, algunos privilegios que los otros choferes no llegaron a tener jamás. A él, por ejemplo, no le controlaban rigurosamente las cutras de los intermedios, como hacían con los demás por exagerados, y acostumbraban darle los carros que recién se adquirían, para que “los amanse”, al igual que se hace con los zapatos nuevos, para luego de un tiempo, cuando se compraran otro vehículo nuevo, pasarle ese carro al chofer que le siguiera en antigüedad.

Este ritual se originó con las dos primeras camionetas de 18 pasajeros marca “Ford”, con los que la “Díaz” inició el servicio de Trujillo a Cajamarca, sólo que en esa ocasión, una de las

camionetas la tuvo que manejar el mismísimo “Coche Bravo” Arturo, que en ese tiempo no sería ni tan coche ni tan bravo. Luego, conforme el negocio crecía como la espuma, se compraron una por una, para que a su turno el Gonshita se encargara de amansarlos, dos minibuses marca Mercedes Benz para este mismo servicio, y con las camionetas anteriores, se abrió la ruta de Cajamarca a Celendín, que les significó gran éxito y su consolidación empresarial.

Después, ante la reiterada gestión de sus alcaldes y de los vecinos notables de esos lugares, se abrieron los servicios a Bambamarca —que después se prolongó hasta Chota— y a Cajabamba. El servicio a este último lugar, permitió ofrecer un transporte fluido de pasajeros a las localidades de Namora, Matara, San Marcos, Ichocán, Chancay y el próspero valle del Condebamba. A esas alturas de su desarrollo, *“la empresita “Díaz”, que se iniciara con dos gondolitas de Trujillo a Cajamarca, tenía ahora una flota menor a 80 buses Volvo, en perfecto estado de funcionamiento”*, según la apreciación de sus paisanos de José Gálvez o Huacapampa.

Por supuesto, y eso nadie lo podría negar hasta la fecha, en la consolidación y engrandecimiento de la Empresa Díaz, el Gonshita dejó más que el sudor de su rostro, porque además de fundador, fueron muchos años de hacer incontables viajes de ida en el día y de voltear por la noche, al comienzo incluso sin copiloto, sin tregua ni descanso. Por todo eso, cuando al Gonshita la presión arterial se le subía hasta el cielo por quítame esta paja, y su único desfogue eran las hemorragias nasales que le impedían manejar los buses, su primo: el “coche bravo”, le

ofreció la posibilidad de dejar de vivir como nómades y convertirse en sedentario, asumiendo la jefatura del taller de mantenimiento de sus vehículos, que para ese tiempo la empresa había adquirido en la Colmena Baja, en lo que ahora es el jirón Miguel Grau, en donde estuvo trabajando el tiempo necesario como para pensar en pedir su jubilación.

Eso hizo después de algunos años para comprar, con el dinero de su compensatoria por tiempo de servicios, más un préstamo obtenido en la Cooperativa San Pío X donde era uno de los socios más antiguos, su poderoso "Ford Custom" de color concha de vino, con el cual trabajó cerca de diez años seguidos. La compra del auto la tuvo que realizar en la Casa Miloslavich de Tarma, donde le aceptaron cancelar en 10 letras, el saldo que le quedó luego de pagar una inicial de ochenta mil soles de ese tiempo.

Dueño del poderoso Ford de ocho cilindros, lo trasladó personalmente a Cajamarca donde, con una adecuada medicación para su hipertensión, Gonshita ingresó a trabajar como socio y conductor de su propio vehículo, al comité de autos "Cajamarca Express" que cubría la ruta Cajamarca-Trujillo mediante un servicio rápido de automóviles que, para ese propósito, tenían que ser completamente nuevos o, por lo menos, bien conservados, que no su caso porque su carro era americano y de último modelo.

Estando Gonshita de conductor de su propio vehículo en el comité de autos "Cajamarca Express", Alfredo trabajaba como

profesor en el pueblito de Monte Grande, hoy bajo las aguas de la represa Gallito Ciego y, en ese tiempo, con la carretera asfaltada de Pacasmayo a Tembladera atravesándolo de medio a medio. Por ese detalle, ya sea de bajada a la costa o de subida a la sierra, Gonshita acostumbraba hacer un alto en su itinerario y después de cuadrar su automóvil a un lado de la pista, junto a la casa donde vivía Alfredo con su esposa en Monte Grande, se las ingeniaba para visitarles y engrerir a los tres hijos que en ese tiempo ya tenía, a los que él quería como si fueran sus nietos.

Ni Alfredo ni su esposa Rosa eran hijos de Gonshita. Sin embargo, la inigualable familiaridad entre ellos devenía del hecho de que Alfredo contrajo matrimonio, apenas al terminar sus estudios de pedagogía en Cajamarca, con su sobrina Rosa, a la que conjuntamente con la madre de Alfredo criaron desde nacida, al haberse quedado aquella huérfana de padre. La madre de la esposa de Alfredo era hermana, de padre y madre, de Gonshita y había contraído nuevo matrimonio al quedarse viuda. La madre de Alfredo, por su parte, lo tuvo a los 18 años de edad, cuando cursaba el tercero de secundaria, a causa de lo cual, uno de sus hermanos mayores la deportó a Lima, quedándose Alfredo con su abuelita Isolina, que le cuidó y educó hasta los doce años, fecha en que Alfredo vino a Cajamarca al poder de su madre. Presumiblemente, a eso se debía que el Gonshita quisiera tanto a los hijos de Alfredo, ya que los consideraba doblemente sus nietos.

Cuando por fin Alfredo logró trasladarse de Monte Grande a Cajamarca y después de vivir un corto tiempo en una vivienda

alquilada al frente de la Cruz del Molle, consiguió arrendar una casa en el jirón El Inca, cerca de la de su madre y de Gonshita. Para ese tiempo, la presión arterial de Gonshita ya no le permitía seguir viajando a Trujillo en su “Ford Custom” y sus hemorragias, ya no se podían controlar ni siquiera con las cauterizaciones que le hacían en el hospital. Cada vez que le sobrevinía un ataque de hipertensión, le recetaban pastillas de diazepam que le ponían a dormir como lirón, con el cuerpo desmadejado por completo. Después que le pasaba el efecto del sedante, se levantaba como nuevo y otra vez podía hacer uno que otro viaje a Trujillo en su carrandanga, después de calentar el motor de su vehículo por más de una hora, según era la costumbre de cualquier chofer que se estimara, pero... *“que estimara más que a su mujer, a su carro”*, según el comentario de su esposa Ida Isabel.

Casi por sus últimos días el médico le ordenó que, definitivamente, no debía hacer ningún viaje, al existir el riesgo de sobrevenirle repentinamente un infarto —lo que al parecer, él cumplió al pié de la letra, incluso por las noches cuando dormía con la madre de Alfredo— y lo que le obligó a trabajar de chofer de taxi en la ciudad, aunque con una gran minimización de sus ingresos. Estando en eso, a propuesta de su primo el “Coche Bravo”, llegó a trabajar en la tienda de repuestos Toyota que éste tenía, al frente de la primera Garita de Control de vehículos de la Guardia Civil, en lo que ahora es la avenida Independencia, cuando la quebrada Calispuquio que discurría por allí, hacía de las suyas todavía.

Estando trabajando allí, tuvo que vender su querido Ford Custom, por tragón. El bendito ocho cilindros consumía tanta gasolina, que lo que ganaba como empleado en la tienda de repuestos, de movilizarse hacia su trabajo en esa descomunal lancha, no le habría alcanzado ni para el té, menos para echarle gasolina. El producto de la venta de su poderoso Ford Custom, apenas le alcanzó para comprarse un "Toyota Corona 1700" color lucma de segunda mano, con el que siguió taxeando todavía un buen tiempo, después de renunciar al trabajo en la tienda de repuestos de su primo "Coche Bravo". Según él mismo decía, tenía que hacer sus cachuelitos para poder financiar sus vicios menores —fumar, era para él, un vicio menor, ¡sí señor!—. Sin embargo, tan pronto se dio cuenta de que su taxi era más rendidor que el empleo que tenía, dejó la tienda y se dedicó a trabajar sólo de taxista.

Allí, le cayeron los años encima casi de la noche a la mañana, que se le agravaron con la muerte de su hermano Lucho, mucho menor, pero a diferencia de él, diabético y reventando de azúcar hasta el último de sus vasos sanguíneos. Al regresar del sepelio de su hermano Lucho, hubo que ayudarle a caminar porque comenzó, de la nada, a arrastrar los pies como si sus piernas fueran de plomo. También hubo que ayudarle a trabajar su taxi, porque jamás quiso recibir dineros que no provinieran de ganarlo con su herramienta de trabajo: su carro. Gracias a los medicamentos que le recetó el doctor "Lechuza" Urrunaga: especialmente prohibirle que fumara, mejoró bastante y algunas mañanas, hasta llegó a animarse a taxear, lo cual le convenía

hacer para poder fumarse uno que otro cigarrito a escondidas de su esposa y de sus hijas.

Las crisis de hipertensión siempre le sobrevenían cuando menos se lo esperaba. El captopril ya no le regulaba eficazmente la presión arterial y el lasix, tampoco le hacía eliminar el suficiente líquido del cuerpo, en razón de lo cual, literalmente volando con 200 —a veces hasta 210— de presión alta o diastólica y de 150 en su presión baja o sistólica, llegaba a la casa de frente a acostarse en su cama. Entonces había que llamar al médico, aunque él no quisiera, quien le ponía una pastilla debajo de la lengua y le aplicaba el famoso diazepán en ampolletas, con lo cual se quedaba con el cuerpo completamente laxo, casi desmadejado, dando la impresión de estar muy grave. En ese estado, dormía y dormía sin fin, hasta que por fin otra vez se levantaba, ya no tan “nuevo” como daba la impresión hacía algún tiempo, pero por lo menos, con ganas de tomar desayuno y afeitarse por sí mismo.

En sus épocas de mejoría, como era hincha furibundo de la UTC, todos los domingos iba hasta el estadio Héroe de San Ramón a ver jugar al equipo de sus amores. La UTC, aquel equipo de lujo formado por José Fernández, el negro Tirado y el mono Camacho, sólo para citar a tres de la defensa, había sido invitada para incorporarse a la liga profesional de fútbol y, desde Lima y otras ciudades del país, venían los mejores equipos a jugar el descentralizado en Cajamarca. Esos espectáculos maravillosos, jamás de los jamases se iba a perder el Gonshita por más grave que estuviera de su presión. Pero, como no debía de andar sólo,

por prescripción médica, para esas andanzas se las ingenió no se sabe con qué clase de artilugios, para encandilar a Dennis, el tercer hijo de Alfredo, de seis años de edad, para que le acompañara a gozar del fútbol. Al niño, obviamente, más que el fútbol, le ilusionaba la idea de ir al estadio para que le compren todas las golosinas que allí se vendieran.

A Dennis, cuando no mas tenía cinco meses de edad, le sobrevino una secuela de poliomielitis, no se sabe si por defecto de la misma vacuna o porque, gracias a ella, la epidemia que atacó virulentamente hasta al hijo del médico Francisco Rodríguez y a otros muchos niños más, a él sólo le afectó en forma mediática: en su brazo derecho sin comprometer el antebrazo y, en la pierna y el pie derechos, sin afectar el muslo. Sin embargo, Alfredo tuvo que hacer infinidad de viajes a Lima para lograr su rehabilitación y tuvieron que emplatinarle los metacarpianos para fijarle el pie derecho, hacerle injertos en el Tendón de Aquiles y, por si fuera poco, agrandarle la tibia y el peroné, no sé con qué prótesis y aditamentos casi cibernéticos, en el Hospital San Juan de Dios de Lima que, en materia de arreglar las cosas que descompone la polio en una persona, son la última maravilla, más aún cuando se trata de niños, cuyo poder de recuperación es casi milagroso.

Como al comienzo de los tratamientos propios de un ciborg, el hijo de Alfredo estuvo obligado a caminar con una prótesis de aluminio en su pierna derecha, que evitó que jamás hubiera tenido que usar muletas, cuando el Gonshita y él se iban al estadio, cada quien lo hacía apoyándose en las debilidades del

otro, complementándose a la perfección hasta volverse inseparables. Después se llegó a saber, que el abuelo le compraba al nieto todas las golosinas que se antojara, a cambio de no delatarle que éste se había fumado un cigarrito como quien no hace nada, y que para que no le descubrieran por el olor a tabaco, el nieto le hacía masticar chicles que se le pegaban a su prótesis dental, beber algún refresco, comer mandarinas o cualquier otra fruta aromática que para el caso sirviera.

En esa rutina vivía ya el Gonshita, hasta que una de esas veces, no se sabe si por la emoción de los partidos que se iban acumulando en su corazón, o por el efecto de la nicotina de los cigarrillos que se fumaba en el estadio, bajo la inocente e ingenua sobreprotección de su nieto, le sobrevino uno de sus ataques de hipertensión, que derivó como en otras ocasiones pasadas, en el ampolletazo de diazepam para sedarlo. Sin embargo el efecto del sedante esta vez se prolongó más de lo debido, lo cual puso de vuelta y media a toda su familia. Al verlo así, tan desmejorado y casi inconsciente, el nieto de sus andanzas al estadio y a otros lugares que hasta ahora no se sabe, no se separó de él hasta que recobró el conocimiento. Pero, como esta vez la mejoría no fue tal y seguía desmadejado y sin ganas de levantar siquiera un dedo, en su afán por contentarlo, hacerle sentir que lo quería y, en un gesto de inusitado desprendimiento, se sacó el reloj que su padre le regalara por haber obtenido el primer puesto en sus exámenes y él mismo se lo calzó en la muñeca diciéndole:

— Gonshita, te regalo mi reloj, pero mejórate pronto...

Pasó un día más y como ya había ocurrido otras veces, a la mañana siguiente que era sábado, Gonshita se levantó de su cama, se aseó en el baño por su cuenta, se afeitó y se puso ropa limpia. Pero del reloj no se desprendía para nada. Éste, permanecía inamovible en su muñeca derecha, en la misma posición que se lo había colocado Dennis, quien le hacía la guardia sin descanso, pensando que en algún momento, en un gesto de benevolencia que esperaba que ocurriera tarde o temprano, su abuelo le devolvería su reloj.

Pero... ¡nada! Eso no había cuando suceda. Antes por el contrario, el Gonshita no se descuidaba del reloj ni cuando dormía. Encima de eso, para hacer más salerosa a la broma, frecuentemente le preguntaba la hora, con su gesto característico de hacerlo enfatizando la pregunta agrandando sus ojos verdes y moviendo rítmicamente sus cejas:

— A ver ratón, ¿qué hora será? —Al ver que el niño se demoraba en contestarle, proseguía en el mismo tonito— ¡Ah caramba, pero si ya no tienes reloj! ¡Qué olvidadizo que soy!... ¿Cómo vas a poder decirme la hora si ahora tu reloj es mío? Eso sí me acuerdo muy bien. Ayer me lo regalaste, ¿no es cierto?

— Si Gonshita... —le contestaba su nieto Dennis casi a punto de llorar—.

Después de tanto seguimiento y al verificar, casi en carne propia que, al parecer, ya no iba a recobrar jamás su reloj, esa tarde

después de salir de su escuela, Dennis le hizo la guardia hasta que el Gonshita se acostó. Allí en su cama, todavía le acompañó hasta cerca de las diez de la noche. Pero pensando en que pronto se dormiría, con la complicidad de su abuela, Dennis requirió le reloj de esta manera:

— Gonshita, ya pues... devuélveme mi reloj —ante ese pedido, que ya esperaba desde hacía rato, Gonshita le contestó—  
:

— Que tal gallazo que me ha salido éste... miren pues, éste si es un verdadero regaliche quitiche. ¿Cómo es eso de “devuélveme mi reloj”? ¿Acaso no me lo has regalado libre y voluntariamente?

— Sí, pues, pero cuando te lo regalé... yo pensé que te ibas a morir...

Aquella vez, no se murió Gonshita, pero lo hizo tiempo después. Le sobrevino junto a sus achaques de hipertensión, de los que de alguna forma salía victorioso, una complicación severa de mal funcionamiento de sus pulmones. Según los médicos, se trataba de un enfisema que le impedía respirar y que, por último, se lo llevó al más allá.

Hasta mucho tiempo después que Ida Isabel regresara de nuevo a Cajamarca, aliviada un poco del dolor y la pena que sintió por la muerte de su Gonshita, todo le iba bien a Jorge “Picho” y a su familia, que incluso se había incrementado con la llegada de un

hijo varón al que llamaron Erick. Llegó a tener una tienda de abarrotes en el jirón Alonso de Alvarado en Moyobamba y hasta una pequeña estación de expendio de kerosene doméstico, cuando la desgracia lo hirió tan profundamente que por muchos años no pudo recuperarse del todo. Su hija Jéssica ya se había hecho señorita y con sus juveniles diecisiete años, un día le pidió permiso para ir a un baile con sus amigos, a lo que él le respondió:

— Bueno hijita, no tengo inconveniente en darte el permiso que me pides para que vayas al baile. Pero, hasta donde yo sé, las muchachas que se respetan no se van solas a una fiesta. Se acostumbra que vayan acompañadas del joven que será su pareja. Así que, si tienes pareja con quien irte, no hay problema... pero con una condición, que venga tu pareja a hablar conmigo primero. Con él tengo que hacer el arreglo para que se lleve al baile.

— Ay papá, nadie hace eso ahora acá en Moyobamba. De repente en tus tiempos ha sido así, pero ahora, que se sepa, no se acostumbra eso que dices. Así que no seas malito, dame este permiso y te prometo mejorar mis notas.

— Sin pareja, naca... Así que, lo siento hijita, no hay permiso... —le respondió su padre dando a sus palabras un carácter tan definitivo que ella entendió a la perfección—.

Como su hija Jéssica comprendió que la última palabra ya estaba dicha por su padre, al que siempre había visto como un hombre de carácter que cuando decía algo, ahí quedaba, se fue en busca de su pareja y lo trajo más rápido que inmediatamente para obtener el permiso. Cuando el joven, vestido para fiesta y bien perfumado se presentó ante él, tuvieron esta conversación:

— Así que tú eres el hombre que se va llevar a la fiesta a mi hija Jéssica —le dijo Jorge “Picho” como si estaría cuadrando al recién llegado, con una seriedad capaz de asustar a cualquier muchacho desprevenido, pero ese no era el caso de este chico— ¿sabes tú que mi Jessi es la niña de mis ojos? Yo por mi hija, soy capaz de todo, incluso de ofrendar mi vida. Por lo tanto, si la llevas, ¿asumirás la responsabilidad de protegerla y cuidarla, aún a costa de la tuya?

— ¡Si señor Navarro! —Le contestó rápidamente éste, tan respetuosamente como le fue posible y con la firmeza que el caso requería, ya que sobre este particular Jéssica ya lo había aleccionado previamente muy bien antes de la entrevista que tendría con su padre—.

Después de mirarlo de arriba para abajo, como quien mira a un noble potrillo, entre inquisitivo y complacido, que se espera incorporarlo a la familia, Jorge “Picho” volvió a sorprender al muchachito con su respuesta:

— Bien... no hay problema. Puedes llevarla. Pero con una condición. Tú te haces cargo de ella y la vas a cuidar y proteger

como corresponde hasta traerla sana y salva de regreso a esta casa. A propósito ¿hasta qué hora quieres el permiso?

— ¿Sería posible hasta la una de la mañana, don Jorge? —le respondió el muchachito con una pregunta, como quien tantea lo que quiere lograr, pero sin meditar serenamente en las horas requeridas que realmente necesitaría para jaranearse bien en el “tahuampa baile” al que tenían que ir, como por allí se suele acostumbrar—.

— Entonces voy a estar esperándote a la una de la mañana aquí en la puerta de mi casa. Tú me respondes de lo que me estás prometiendo. Vayan, vayan, nomás muchachos —les dijo finalmente en tono bastante paternal—.

— No se preocupe señor Navarro. A la una de la mañana en punto estaremos de regreso con Jéssica —le dijo el jovencito como arrancar la motocicleta que había traído para llevar a su parejita al baile, para luego perderse por la calle Alonso de Alvarado con su estruendoso aparato—.

Fue la última vez que Jorge “Picho” vio con vida a su hija Jéssica. No la estuvo esperando despierto, en la puerta de su casa y a la una de la mañana, cómo los había amenazado, sino que esa noche se fue a dormir en su cama plácidamente con su Blanca, segurísimo de que el joven, para no quedar mal con él, cumpliría su promesa al pié de la letra. Pero cerca de la una y media de la madrugada, alguien tocó la puerta con tal insistencia y fuerza, que

de inmediato pensó que eso era seña de una terrible noticia, que sin saber cómo, la adivinó en ese instante lo más dolorosamente que se pueda uno imaginar.

Y no se equivocó. Abrió la puerta de su casa sólo para recibir la trágica noticia de que su hija Jessy había fallecido instantáneamente en un accidente de motocicleta y que su compañero de baile agonizaba también en ese momento en el hospital de Shango. Su mente entonces comenzó a recorrer a la velocidad de la luz, todos esos recovecos en los que se hallan escondidos los recuerdos, sólo para verlos pasar uno a uno en una especie de secuencia interminable, a colores y en blanco y negro, como las fotografías que guardaba en el álbum familiar, desde que su hijita nació allá en Cajamarca, hasta el momento en que le había dicho que regresara a la una de la mañana de la fiesta.

Como suele ocurrir cuando se va a perder el conocimiento, escuchó lejanas y quedas unas voces que decían que los dos jóvenes habían fallecido al caer de la motocicleta debido a la excesiva velocidad con la que venían, cuando regresaban del baile de Lullucucha al que habían ido, al "volar" la moto en una especie de rompe muelles de tierra que la gente construye precisamente para que bajen la velocidad los que andan en vehículos motorizados, pero que estos jóvenes, en su prisa por llegar a la hora en que habían quedado en volver con su padre, no habían tomado en cuenta... por lo que pasaron sin ninguna precaución.

Sin saber si todavía estaba pensando, alcanzó a mascullar entre dientes: *“maldita la hora en que les condicioné a que regresaran a la una de la madrugada en punto”* y... se sumió en las profundidades de la inconsciencia...

...Cuando despertó de eso que le parecía una pesadilla, como un autómata y sin casi proferir palabra alguna, cumplió con el deber sacrosanto de enterrar a uno de los seres que más había amado en este mundo: su hija Jessi como él solía llamarla de cariño, la niña de sus ojos, la hija por la cual hubiera sido capaz de dar su vida...

## **CAPITULO VI** *El vencedor del Cáncer*

Uno de esos días en los que Jorge “Picho” estuvo trabajando con el cargador frontal, allá en los escenarios destinados para movimiento de tierras de la Minera Yanacocha, sin saber por qué ni cómo, comenzó a sentir un dolorcillo sonsonete en su costado

derecho que, de a pocos, fue aumentando en intensidad hasta casi convertirse en una punzada permanente que de buena gana, habría preferido reportarlo a su Supervisor de obra, para poder ir a descansar a su casa y tomar alguna medicina que por lo menos le calme el dolor. Pero eso no era posible, era nuevo y detrás de él había no menos de diez personas esperando la oportunidad para hacerse de ese trabajo una vez que el dejara la vacante por cualquier motivo. No importaba que fuera por enfermedad. Si él ya no podía trabajar, allí estaban un montón de gentes para sustituirlo, esperando sólo una oportunidad como ésa.

Para cualquier trabajo en la Minera Yanacocha, incluyendo a las empresas que le proveen lo que se ha dado en llamar “servis”, existía y existe una demanda muy grande frente a una oferta que, desde cualquier punto de vista es completamente limitada, ya sea por la costumbre de esta empresa de realizar la captación de sus trabajadores en la ciudad de Lima, donde tiene una oficina ad hoc para este particular; ya sea por la costumbre de realizar sus convocatorias de plazas vacantes por Internet, modernidad al que algunas personas no están familiarizadas con su uso y manejo todavía; porque supone a priori que la ciudad de Cajamarca carece de personal calificado para satisfacer sus necesidades laborales o, porque simplemente tiene el prurito de querer contar con gente de la capital de la república o del extranjero, aunque éstas personas sean verdaderas analfabetas acerca de la realidad de Cajamarca, que es donde tienen que desempeñarse.

Por esta particularidad de su política de captación de personal, no sólo se ha llenado de gente de afuera que, además de sólo consumir agua embotellada que traen desde Lima y presumiblemente hasta del extranjero, resulten en el colmo de los colmos bañándose en con ella, en los lujosas casas de campo y apartamentos que alquilan en Baños del Inca, balneario cajamarquino que cuenta con el más grande aforo de agua termal de toda Sudamérica, más por la mentecata de presumir que ganan mucho dinero que porque sean verdaderos sus temores con respecto al gua. Es obvio entonces que la gente nativa y mestiza, especialmente las empleadas domésticas que contratan estas gentes pagando los sueldos normales que cualquier cajamarquino mortal también les podría pagar, no sólo se admiren de esta clase de comportamientos, si no que lo comenten asustadas y perplejas al interior de sus familias.

Y como las malas noticias se propagan más rápido que las buenas, existe la percepción en Cajamarca de que “ellos” no toman ni se bañan con el agua potable del servicio que ofrece la empresa municipal SEDCAJ de Cajamarca, porque simple y llanamente está contaminada por ellos mismos, allá donde sus máquinas arañan a los cerros hasta dejarlos mochos, y a sus jalcas y jancas, hasta dejarlas descaderadas y con las entrañas al descubierto, para extraer el oro que se encuentra desperdigado por toda esa cubierta, lixiviándolo con cianuro de potasio mediante procedimientos del más alto nivel tecnológico. De allí a sacar la conclusión ramplona de quién es la responsable de esa supuesta contaminación hay menos de un paso. Si no traerían

tanto gringo ni tanto limeño o costeño a sus planillas, sus trabajadores cajachos no tendrían mayor inconveniente en tomar el agua del sistema local de abastecimiento de este líquido, porque siempre lo han tomado, y con eso nadie supondría ninguna barbaridad aunque ésta fuera más verdadera que el hecho de que, antes de la llegada de la Minera a Cajamarca, había sapitos y "curcules" en cualquier estanco de agua, y raganes y plateados en cualquiera de sus ríos o quebradas.

El caso de la contratación de personal por parte de la Minera, es sui géneris. Tienen, en el mejor de las situaciones, por ejemplo, a cargo de sus programas de desarrollo rural y social, a "hombrecitos" y mujercitas que no son profesionales en la materia objeto de su trabajo, y en una buena cantidad de "colmos", tienen en cargos donde se toman decisiones que atañen no sólo a la empresa, a gente que no tiene título profesional ni siquiera de la "Universidad de Azángaro", que está localizada en el centro mismo de Lima y que tiene todas las especialidades que pudieran existir en el mundo. A esta "gente especialísima" los cajamarquinos los llaman simplemente "lapiceros", es decir, aquellos que por "*ser expertos en nada*", cuando "la mina" se acabe, no se sabe qué cosa podrían hacer ni para qué podrían servir.

Pero llegaron a la Mina y los posesionaron en ella, basureando y pisoteando a muchísima gente realmente calificada que, por no tener vara, por no estar recomendados o por no ser de Lima ni del extranjero se encuentran por las calles de Cajamarca

“pateando latas”. El caso de Jorge “Picho”, sin embargo, no era ese, porque él tenía mucha experiencia y conocimiento en el manejo y mantenimiento de maquinaria pesada, pero como resultará obvio, él no llegó ni en broma a pertenecer jamás a la planilla de la Mina, porque para él no estaba hecho justamente el “eficiente” sistema de captación de personal, ni mucho menos era de Lima o del extranjero.

Así que no le quedó otra que seguir maniobrando el cargador frontal hasta cuando el cuerpo... le diera. *“Carajo, ya debo estar haciéndome viejo. Antes no me daba ni la tos y ahora, justo cuando consigo este trabajo donde puedo ganarme un buen dinero, se me viene este dolorcito de mierda. Y el muy puta no quiere irse y sigue jode y jode...carajo”*, renegó para sus adentros Jorge “Picho”, apostrofando para su suerte que, al parecer, ahora ya no quería nada con él. Se puso a recordar que hasta ese momento, fue una persona a la que las enfermedades parecía que le tenían un respeto muy especial. Casi nunca enfermó como para irse a la cama y, las veces que le dio la gripe, se curaba tomando un par de mejorales y un Alka Seltzer en un vaso de agua fría, para quitarse los síntomas fastidiosos del cuerpo y... ¡a seguir trabajando se ha dicho! Esa era su vida, ni más ni menos.

Sin embargo, sacando bien la cuenta, el dolorcillo en el costado y cierto malestar por las noches cuando se le ocurría comer algún plato de comida en la casa de su hermano Alfredo, ya no era cosa reciente. Lo sintió tan pronto llegó desde Moyobamba y de eso hacía ya hacía más de cuatro meses. Su padecimiento de las

digestiones lentas de la comida por las noches, también recordó que lo había sentido tan pronto llegó de viaje, pero al igual que todos en la casa de su hermano, terminó echándole la culpa a la altura y al frío de Cajamarca. *“Ay, Jorgito, como comer por las noches ya nos cae mal, ahora sólo tomamos cafecito con alguna cosita ligera”*, le había dicho su cuñada Rosa, y claro, como hacer eso le facilitó las cosas, terminó creyendo que era verdad. Pero; ¿y el dolorcito ese del costado? ¡Ah carajito! Recordó que ya lo venía sintiendo desde hace algún tiempo, pero como él no era de esas personas que se preocupan por *“quítame esta paja”*, nunca le dio la importancia que debió darle a ese síntoma inequívoco de que algo estaba andando mal en su organismo, antes de eso tan perfecto y tan rendidor.

Pero ahora sí que el dolor ya no era para dejarlo que pase por sí solo. De rato en rato, le sobrevenían unos dolores agudos en la boca del estómago y por la parte del torso en donde se supone que se encuentra el hígado y, más específicamente, en la parte de la vesícula, que se volvían cada vez más intensos y que le sobrevenían con una frecuencia primero lentejona y después en forma inaudita. Más de macho que por otra cosa, concluyó como pudo, sus obligaciones en la mina y regresó por la noche a la casa de su hermano Alfredo. Allí, a él y su familia, les contó lo que le estaba sucediendo. Según dijo, *“de la nada carajo, me ha resultado un dolorcito de mierda que me tiene jode y jode y que, al parecer, me va a impedir ir a mi trabajo el día de mañana. ¡Putá madre!, justo cuando cae viernes, que hará que impida que me paguen completo a fin de mes”*. Para no empeorar su situación no quiso comer nada esta vez, sólo

tomó una infusión de manzanilla con un par de galletas de soda y se fue a descansar a la casa de su sobrino Dennis, donde estaba hospedado.

Esa noche no pudo dormir lo que se llama nada, pero consciente de que su sobrino que ahora era su anfitrión tenía que madrugar al trabajo a la mañana siguiente, no le contó nada y se pasó toda la noche sin poder pegar las pestañas ni siquiera un minuto. Como no le fue posible dormir por el dolor, se puso a pensar, entre muchas cosas importantes y otros tantos adefesios, en que tal vez ya le llegó la hora de entregar su alma a Dios y que tendría que pagar de repente en el infierno, por lo que había hecho en esta vida. *"Son cojudezas, el cielo y el infierno están acá en la tierra no más"*, se dijo para sí, para luego completar su pensamiento: *"total, si al otro lado hay clima cálido, será lo que Dios quiera"*. Y desechó esas reflexiones y más bien se puso a pensar en lo que era el motivo central de todas sus preocupaciones: *"cómo se iba a quedar su Blanca, ahora que ya no tenían el puesto de venta de kerosene ni la tiendita de abarrotes que tan bien las había estado llevando ella"*. De su hijo Erick no se preocupó mucho, porque sonriendo para sus adentros se dijo a sí mismo: *"ese pendejerete menos mal que es hombre y de alguna manera se las arreglará, encima; como es buen mozo y un ejecutante de música de la patada con el sintetizador, alguna hembra se conseguirá para que le ayude a sostenerse"*.

Tan enfrascado estuvo en esos pensamientos, que el tiempo pasó raudo sin que se diera cuenta cabal de su evolución: había llegado la hora de levantarse para ir al trabajo. Fue entonces que su

sobrino Dennis fue a pasarle la voz para que se levante, ya que se acompañaban para irse juntos al paradero de la mina que quedaba en la Vía de Evitamiento Norte, y por seguridad, era preferible hacer ese diario recorrido a pié y a las cinco de la mañana, en compañía de alguien. Fue recién entonces que aprovechó para pedirle, como un favor especial, que avisara en su trabajo a su supervisor, que se encontraba muy mal de salud y que no podría cumplir con asistir ese día, ya que tendría que ir tan pronto atiendan los médicos a pasar consulta para saber qué tenía.

Ese día para su suerte, su hermano Alfredo no tuvo horas de clase en la Universidad Privada donde trabajaba y pudo movilizarlo hasta el Hospital Regional de Salud, donde le hicieron las primeras auscultaciones para diagnosticar su enfermedad. Según las primeras pruebas, parecía que el problema era de obstrucción del colédoco en la vesícula biliar y tendrían que operarlo de inmediato, a fin de evitar una posible septicemia por ruptura a explosión de dicho conducto. Pero; como para realizar tal acto médico consideraron que era necesaria otras pruebas de laboratorio y algunos exámenes especiales más, que proporcionen información más objetiva y precisa, le tuvieron que practicar varias ecografías y como ésta dio indicios de algo más complicado, tuvieron que hacerle una tomografía.

Fue suficiente. El médico cirujano que inicialmente pensó que podía operarle de la vesícula, de inmediato manifestó que no era posible realizar la operación prevista porque se trataba de un

tumor que, según lo que arrojaba la tomografía, estaba enraizado en la vena femoral y que, por lo tanto, era inoperable en Cajamarca con los medios con los que contaba el hospital, por tratarse de una neoplasia típica o afección oncológica que se encontraba ya en su fase terminal. Eso les dijo a Alfredo y a su esposa Rosa, con carácter reservado, haciendo que Jorge “Picho” salga del recinto donde se encontraban todos. Cuando Alfredo pidió una aclaración, a sabiendas de lo que se trataba, el médico le reiteró taxativamente: *“su hermano tiene un cáncer en el hígado que ha afectado a la vesícula y que se ha expandido hasta “abrazar” con miles de tentáculos y ramificaciones a la vena femoral, lo que indica que sus días de vida están contados a partir de ese momento y que sólo queda esperar el desenlace final con resignación, ya que nada se podía hacer dadas esas circunstancias”*.

— Sin embargo, en Lima, el Instituto de Enfermedades Neoplásicas ha avanzado muchísimo en el tratamiento de enfermedades oncológicas, de una forma que, para el caso del paciente, constituye todavía una esperanza. La última esperanza, si quieren, pero esperanza al fin —complementó el médico a su explicación anterior, en un tono de solemnidad propio de los funerales anunciados— así que, ¡hagan todavía un último intento, siempre queda la esperanza! —Concluyó, para luego despedirse de ellos con sendos apretones de manos, al tiempo que les hacía entrega de una receta con la cual podrían comprar los analgésicos que, sabía él, muy pronto necesitarían—.

El “Picho” comenzó a empeorar por cada hora que transcurría. No podía comer casi nada y bajó de peso hasta casi desaparecer. Por su palidez, se había vuelto literalmente translúcido. Sus orejas eran transparentes y todo el color de su piel comenzó a volverse de un color que más se parecía al plomizo. Con esas señas, ninguno de los que llegaron a visitarlo y verlo en vivo y en directo, habría podido dejar de tener la certeza de que era cáncer y no otra cosa, lo que él padecía. Salían más convencidos de que estaban en lo cierto, cuando conversaban de cerca con él, porque su aliento era ya el de un cadáver en vida. Sus ojos, antes de un verde luminoso, ahora se mostraban opacos y llenos de una resignación que, presumiblemente estaba lejos de sentir, pero; que se había apoderado de todo su cuerpo, sin que pudiera resistirse ni oponerse con el vigor que siempre había poseído.

Ante la posibilidad de encontrar todavía una esperanza en el Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas —INEN—, Alfredo se comunicó de inmediato por celular con Edinson Navarro González, hermano mayor “de padre y madre” de Jorge “Picho”, con quien tuvo esta conversación:

— ¡Aló!... ¿Edinson? Soy tu primo Alfredo Izaguirre González, el que vive en Cajamarca, mi querido “griego”...

A Edinson por tener un modo muy particular al hablar, adicional al dejo de charapita de todos los que viven en Moyobamba y sus distritos, cuando se vino a Cajamarca a estudiar la secundaria a partir del 4° año en el colegio “San Ramón”, sus compañeros de

aula le pusieron la chapa de "Griego", apelativo con el que la mayoría de sus familiares y amigos lo tratábamos. Sin embargo, en el jirón El Inca, la patota de amigos de la que formó parte de inmediato tan pronto llegó de la selva, le decían "Goshpi", en alusión a "cushpin" que es como en Cajamarca se suele llamar a la lombriz nativa de tierra, conocida científicamente como "lombricus terrestris". Como Edinson había escuchado no muy bien, que para carnada de sus anzuelos los compinches del jirón El Inca decían "*pásame un cushpín*", que se solía llevar a pescar en una lata vacía de leche gloria, después de recogerlos entre todos de las parte húmedas de las chacras de los vecinos, él; cuando tuvo que hacer lo mismo pidió: "*oye, alcánzame un goshpi*". Y como "Goshpi" se quedó para la muchachada del vecindario. Con la única aclaración de que, en la época en que vivió Edinson en Cajamarca, todavía habían peces en los ríos Mashcón, Chonta y Cajamarquino, que es como se llama a la unión de estos dos ríos por las cercanías ya de Llacanora, que es el lugar donde las mujeres cuando les hacen el amor gimen y cuando dejan de hacerlo lloran, según suelen cantar algunos borrachitos en calidad de coplas de carnaval, cuando la fiesta está que hierve.

— Vaya, qué sorpresa mi querido hermanito. Rara vez he tenido el gusto de escuchar de ti, una llamada telefónica desde Cajamarca. ¿A qué se debe el milagro esta vez? —respondió el "Griego" por la línea inalámbrica del celular, tan cordialmente como pudo—.

— Lamentablemente, y para la mala suerte, no es para darte buenas noticias, hermano —replicó Alfredo, para luego continuar— nuestro hermano Jorge se encuentra muy delicado de salud y su caso es grave, muy grave, según lo que nos dicen los médicos acá en Cajamarca.

— ¡Qué tan grave es, hermano! Dime de qué se trata, por favor —suplicó Edinson, como si de antemano ya hubiera adivinado lo que realmente estaba ocurriendo—.

— Como seguramente ya te habrás enterado, Jorge “Picho” ha venido de Moyobamba y ha estado trabajando acá en Cajamarca en la Minera Yanacocha, como operador de un cargador frontal, en la Empresa H & J de un primo que se llama Jorge Pereyra, que es natural de Celendín. H & J es una de las empresas de “servis” que emplea la Minera. Pero hace ya cerca de una semana que no va al trabajo, porque resultó con un dolor al costado. Cuando le han hecho las pruebas de laboratorio y clínicas, dispuestas por el médico que le ha estado tratando, los resultados indican que tiene un tumor en el hígado que ha comprometido la vesícula y la vena femoral, por lo que acá en Cajamarca, dicen que no lo pueden operar. Como última esperanza frente a esta situación, nos han indicado que tal vez en Lima podría hacerse algo todavía.

— ¡Si es por una operación, que venga a Lima entonces! Acá con Javier buscaremos en dónde lo operarían de inmediato y... san se acabó. No te preocupes hermano, acá en Lima ese problema se puede solucionar con mayor facilidad que allá en

Cajamarca. En Lima, sin ofender, la cosa está más adelantada — le contestó Edinson por el celular con bastante optimismo—.

— Al parecer, el tumor es inoperable Grieguito. Es más complicado de lo que tú estás suponiendo... —le reiteró Alfredo—.

— No me dirás que se trata de cáncer —inquirió, esta vez con preocupación—.

— Justo, hermano. Acá nos han dicho que se trata de cáncer y que, por haberse enraizado en la vena femoral y la vesícula, no es posible ninguna clase de cirugía. Claro que, también nos ha dicho el médico que la esperanza nunca debe perderse y que tal vez... en el Instituto de Enfermedades Neoplásicas... —ya no pudo continuar, las lágrimas comenzaron a resbalarse desde sus ojos por la pendiente de sus mejillas y su voz se quebró por el dolor de una pena que comenzó a sentir con una fuerza nunca antes experimentada—.

— ¡Que venga de inmediato hermanito, que venga de inmediato, envíalo lo más pronto que puedas...! —Escuchó Alfredo por el celular quebrándosele la voz también al Griego, para luego seguir oyendo esa voz mezclada con el llanto— acá con el Tintano vamos a hacer todo lo posible para ayudar a nuestro hermano —“Tintano” era su hermano Javier, porque cuando jugaban de niños en Lima, a él le gustaba hacer el papel que Tintán, el actor cómico mejicano que hacía de “héroe” en

una película de aventuras que ellos solían ver cuando pequeños en la casa de la tía María, allá en la casona que ella tenía en Lince—.

— Yo te aviso en qué empresa viajará, tan pronto le saque su pasaje, para que tú lo esperes allá en Lima. El casi ya no puede valerse por sí solo. —Le respondió Alfredo dando por concluida la conversación—.

Jorge Picho viajó a Lima por la noche de ese mismo día en uno de los asientos "cama-cama" de la empresa de transporte de pasajeros "Turdías". En su terminal del Jr. Sucre todavía, fueron a despedirlo sus hermanos Alfredo y Lucho junto con Rosa, la esposa de Alfredo, quien ayudó a Jorge a subir al bus en donde lo acomodó lo mejor que pudo en el asiento, para que —de alguna manera— pudiera hacer el viaje en la forma más placentera posible, dadas las circunstancias en que esta vez hacía ese viaje.

Al día siguiente, Edinson no pudo ir a esperarlo en el terminal terrestre del Jr. 28 de Julio de dicha empresa, en la Victoria, por tener que ir a su trabajo y no haber podido pedir permiso oportunamente. Lo hizo su hermano mayor Javier —Tintano para su familia cercana— y su prima hermana Dora que, para todos los efectos, y en especial para éste, era también su hermana por haberse criado juntos en Cajamarca con la misma madre. De allí se fueron a la casa de ella en Pueblo Libre en un taxi, a esperar en ese lugar hasta que lo pueda recoger su hermano Edinson y llevarlo a su casa del complejo habitacional San Felipe, en donde ya tenían preparada para él, una habitación tranquila y

una cama confortable. Más adelante ya harían las gestiones para internarlo en el Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas, que era el motivo por el cual se había venido de Cajamarca hasta Lima.

Justamente su hermano Javier, con el apoyo de una amiga de su mujer, —que por añadidura es de origen chino o de repente japonés, que para el caso da lo mismo, porque en el Perú, japonesas y chinas son simplemente “chinas”—, lograron internar a Jorge “Picho” en el INEN al tercer día de su llegada a Lima. Su estado de salud y sobre todo su apariencia, hasta ese momento, era ya realmente calamitosa. Casi no podía caminar, y estar de pie era para él una tortura. No podía comer casi nada y de tan pálido que se había puesto, sus orejas ahora ya no eran translúcidas sino completamente transparentes. Del Jorge “Picho” jugueteón, bromista, lisuriento y bailarín de las fiestas y reuniones de antaño, no quedaba ni la sombra. Ahora era un verdadero espectro andando por algún milagro de un santo desconocido.

Lograr internar a Jorge “Picho” al tercer día de su llegada a Lima en el Hospital de Neoplásicas, ya fue todo un triunfo y, lograr que lo programen casi de inmediato para que lo operen, fue un triunfo mayor, casi lindando en la inverosimilitud. Sin embargo, lo doloroso vino así también con esa misma rapidez. Porque en ese hospital lo abrieron... y lo suturaron, ¡tan pronto vieron lo que había adentro! El diagnóstico de Cajamarca no sólo quedó confirmado plenamente, sino que el mal, según dijeron había avanzado mucho más rápido de lo que suele ocurrir

normalmente, según su propia constatación en vivo. Lo incomprensible de la situación vino a continuación: le dieron de alta lo más rápidamente que pudieron, seguramente *“para que vaya a morir en su casa”*. Lo “incomprensible” para los familiares fue ver que eso, los encargados del hospital lo puedan hacer de un modo tan natural y como si se tratara del protocolo de una obra de teatro mil veces repetida, en una sala en la que las funciones se producen con intervalos de menos de una hora. Da la impresión de que ellos suponen, que para los familiares del paciente y para él mismo, la vida y la muerte son una cosa que ocurre todos los días y a cada momento, como algo más cotidiano que tomar desayuno —lo cual, de hecho, para ellos pareciera que sí lo es, al haberse acostumbrado a ese devenir de la vida y de la muerte en la forma en que ocurre allí—.

Pero... Jorge “Picho” no se murió. ¡Salió victorioso de ese lance con la muerte! No se sabe cómo, pero no se murió... de repente sería porque: *“no quería morir todavía, ya vuelta”*. ¡Tenía todavía muchas cosas que ha en este mundo...!

Sus hermanos Javier y Edinson lo sacaron del Hospital de Neoplásicas en el carro de este último. Tuvieron que pedir permiso para meter el auto hasta donde se pudiera, dentro del Hospital, para que desde la silla de ruedas en la que fue depositado como un paquete mortuorio cuando le dieron de alta, lo introdujeran en peso y con cuidados sin límite, hasta el asiento posterior del vehículo, en el que fue transportado hasta la casa de Dora, su otra hermana por parte de su otra madre: Ida Isabel, en Pueblo Libre, para que allí pase los últimos días, o quizás horas,

que le quedaran todavía de vida. Era un caso más para aquel hospital especializado en oncología y una estadística más para tabular en la frecuencia de muertes ocurridas por cáncer, allí.

Ni más ni menos... pero así estuvieron las cosas para Jorge “Picho”, cuando le dieron de alta y abandonó el Hospital de Neoplásicas de la Avenida Angamos, con la ayuda de sus hermanos, ya que, en el estado en que se encontraba, ya no se valía por sí mismo ni siquiera para treparse al asiento posterior de un automóvil. Tenía un corte debidamente suturado, que le atravesaba el abdomen de banda a banda en forma de escuadra, que le habían practicado en el hospital para poder ver bien y en forma directa, el estado de su enfermedad, a fin de poder determinar con certeza si podía operarse. Era evidente que la constatación había sido completamente negativa para el paciente y lo que restaba era darle de alta para que sus familiares le ofrezcan los restos de calidad de vida que en esos casos fuera posible prodigarle, antes de su rápido fallecimiento que, en base a lo verificado con la operación, ya estaba completamente diagnosticado.

Hasta ese momento, ni sus hermanos de padre y madre ni, mucho menos, sus hermanos de crianza, y por último, ni nadie de sus familiares, incluyendo a su Blanquita que se había venido “volando” desde Moyobamba para darle el último adiós, habían decidido todavía donde lo tendrían que enterrar una vez ocurrido su deceso, por la sencilla razón de no hacerse todavía a esa funesta idea. Si habrían tratado ese tema con él, seguramente, que

habría manifestado su deseo de ser enterrado al lado de su hija Jéssica allá en Moyobamba, pero llevar a cabo esa posibilidad habría costado mucho más dinero del que ni él ni su Blanca tenían en ese álgido momento. Así que lo mejor era callar y esperar que la solución venga de la forma que sabe llegar esta clase de cosas: a la hora de la verdad y cuando a nuestro muerto ya no se lo puede seguir velando un día más. Eso él lo sabía muy bien. Ya había pasado por ese trance cuando su hija Jéssica murió en un accidente de motocicleta y había visto por sí mismo, que así suele ocurrir indefectiblemente en tales situaciones. No se sabe sin con la conciencia en su lugar, se comienza a afrontar y solucionar uno a uno todos los detalles que culminan cuando a nuestro muerto se lo deposita en una tumba o un nicho en el cementerio.

En la casa de Dora, comenzó a comer algunas cucharadas de calditos de pollo sin aderezo con fideo cabello de ángel. Eso era lo único que recibía su estómago. Todo lo demás, le producía grandes dolores de barriga, además de náuseas y vómitos, que por cada arcada parecía que el cuerpo se le partía en dos mitades. Además, esa magra sopita hacía modos de tomar un par de cucharadas, no porque le apeteciera ni porque tuviera alguna clase de ganas o de hambre, sino más que todo, por contentar de alguna manera a su hermana Dora y a su madre, que tanto se esmeraban en prepararle el dichoso alimento. Tanto su madre como su hermana Dora sabían con certeza que para su mal ya no había remedio, sin embargo, en tales situaciones, se agotan todas las posibilidades para que los últimos momentos de vida que le

queden a nuestros seres queridos tengan cierta calidad, y Jorge “Picho” hacía modos de comer un poco de la dichosa sopita, por seguirles la corriente cuando le decían con cariño infinito que: *“enfermo que come no muere”*.

Una de esas noches en que Jorge “Picho” no sabía a ciencia cierta si estaba despierto o dormido, por el efecto que producían en él los medicamentos que le habían recetado para aliviarle los atroces dolores de sus últimos días, le pareció que tenía compañía. Cuando todos los que lo cuidaban se iban a dormir, sentía la presencia de alguien a su lado, aún cuando no podía distinguir con precisión de quién se trataba en particular. En medio de la modorra que le produjo el “demerol” que le administraron a través de la sonda de hidratación con suero, porque el “tramal ya no le hacía nada”, pero; más que todo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para sobreponerse al dolor que le partía el cuerpo en mil pedazos, abrió los ojos y vio que una sombra estaba sentada junto a él, justo en la silla que había siempre a un lado de su cama, donde su Blanquita o cualquier otro integrante de la familia, se sentaban para hacerle compañía. Quiso ver de quien se trataba, pero no lo logró. La penumbra existente a esa hora de la noche en el dormitorio lo impedía y su cuerpo, que estaba más muerto que vivo, tampoco quería responderle por más esfuerzos que hizo.

Sin embargo, a pesar de todos esos inconvenientes, de lo que sí estaba seguro era, ¡de que no se trataba de una pesadilla! Cuando se la tiene, se siente por lo general que algo muy pesado nos aplasta y nos impide cualquier tipo de movimiento corporal,

incluyendo el de los músculos de la fonación que hacen posible gritar o pedir auxilio. Ésta, definitivamente no era una pesadilla. Pero la sombra aquella estaba allí, a su lado, sin hacer nada, sin decir nada, sólo acompañándolo. ¿No sería la muerte acaso? No, ¡no lo era! Podría ser cualquier cosa, pero no era la muerte, se dijo Jorge “Picho” para sí, con un dejo de resignación y tratando de darse valor. Quizás sería bueno preguntarle entonces quien era, volvió a pensar para sí, pero; ¿cómo hacerlo si no podía emitir ningún sonido con su voz? Tampoco podía moverse ni hacer algún ruido. Fue entonces que encontró la solución: ¡le preguntaría mentalmente! haciendo algo parecido a lo que se supone que es comunicarse por telepatía.

Y eso hizo. Se dio cuenta que podía pensar a la perfección. Su conciencia de las cosas funcionaba excepcionalmente, porque percibía todo lo que estaba ocurriendo en ese momento, como en los tiempos en que su salud estuvo con aquella normalidad que le permitió manejar con la destreza que le había sido característica, los enormes camiones cisterna en los que transportaba combustible desde El Milagro hasta Tarapoto. Pero para poder hacer eso tenía que serenarse. Tenía que estar relajado mental y corporalmente, lo cual verificó que así fuera. Entonces... a preguntar se ha dicho, pensó una vez más.

Se concentró mentalmente lo suficiente y lanzó la pregunta:

— Oiga, ¿es usted de éste o del otro mundo?

— Yo no soy de este mundo Jorgito —creyó escuchar, aún cuando sabía perfectamente que aquella sombra no le estaba hablando de la forma que se acostumbra—.

— Entonces... ¿Quién es usted? —Volvió a preguntar de la misma manera—.

— No me lo vas a creer, pero yo soy tu madre.

— La única madre que conozco está ahora durmiendo en el otro dormitorio con mi hermana Dora. A usted yo no la conozco señora. Nunca la he visto en mi vida y aunque la viera ahora, no la podría reconocer como mi madre porque a ella no la conocí.

— Ahí tienes toda la razón, hijo mío. Por eso no me descubro y permanezco escondida entre las sombras. No soy un rostro conocido para ti y, posiblemente, tampoco sea poseedora de tu amor de hijo, porque no llegaste a conocerme jamás. Morí, justo cuando tú naciste, hace ya muchos años. Desde entonces mi hermana Ida ha sido tu madre, de lo que me alegro y doy gracias a Dios por haberme bendecido de esa manera.

— ¿Y ahora por qué estás aquí? ¿Acaso piensas llevarme a tu lado? De ser así, ya sabes que yo estoy listo para hacer ese viaje, aunque de buena gana, me gustaría quedarme pata terminar de educar a mi único hijo y acompañarle un poco más en esta vida a mi mujer, que sé... que me necesita todavía.

— No hijo mío, todavía no es tu hora. Ahora duerme, porque después de mucho sufrimiento te vas a recuperar. Te lo digo yo, tu madre: Yolanda González Escalante, que he logrado ese milagro de nuestro Señor. Duerme tranquilo hijito, porque cuando no haya nadie a tu lado, yo lo estaré para acompañarte y cuidarte.

Y Jorge “Picho”, como no había ocurrido desde hacía varias noches, después de esa “conversación” que tuvo con “la sombra” durmió plácidamente. No se le había ido por completo el dolor abdominal que le aquejaba, pero sintió que desde ese momento era más soportable. También sintió que se le habían restablecido un poco las ganas de comer y sobre todo de vivir. Asumió que todo lo que recordaba de su “conversación” con “la sombra” lo había imaginado o quizás, que lo había soñado, pero no se lo contó a nadie, ni siquiera a su mamá Ida Isabel que tan solícitamente le atendió durante aquellos dolorosos días de su agonía, en que más se sentía en la otra vida que en ésta. Mucho menos a su Blanquita o su hermana Dora. Pero lo que “la sombra” le dijo comenzó a ocurrir. Lentamente, pero en forma segura, fue sintiendo cierta mejoría de su salud que, más de una vez la sintió tan quebrantada, que hasta le llevó a pensar que sólo era cuestión de un poco más de tiempo para dejar este mundo. Pero eso ya no le daba miedo ni le importaba. Había aprendido dolorosamente a abordar la muerte al carearse con ella, después de su operación en el Hospital de Neoplásicas, que es cuando supo a ciencia cierta que estaba desahuciado.

Por las noches y, a veces, durante el día también, los familiares católicos venían a rezarle un rosario tras otro, en tanto los familiares protestantes venían a orarle en grupos de siete personas, haciendo círculos de oración, cogidos de la mano y en rededor de él. No faltó por allí, un familiar que resultó trayéndole extracto de uña de gato. También otro familiar que le compró en el Mercado de Magdalena, extracto de noni. De Moyobamba su cuñada Enith le envió igualmente hojas de pan del árbol con las que comenzaron a hacerle infusiones y extractos, así como, muchas otras cosas que decían que eran curativas. Una de esas cosas curativas fueron también unos “gorgojos milagrosos”. A éstos, su familia de Lima, los tuvieron que “criar” para que aumenten, dándoles como comida pan integral y aseando la cajita de cartón donde vivían con una devoción única y las pocas esperanzas que les quedaban. No llegaron a aumentar como quisieron, pero sí lo suficiente para que Jorge comience a pasarlos con agua de acuerdo a la “receta” que le dieron: se comienza con uno, se pasa a dos, de allí a tres, hasta completar setenta, luego; se regresa a sesenta y nueve, de allí a sesenta y ocho, hasta llegar a uno, para luego comenzar otra serie ascendente.

Así estuvo viviendo sus descuentos Jorge “Picho” en la casa de su hermana Dora en Lima, cuando... en lugar de empeorarse como se suponía que ocurriría, comenzó a restablecerse poco a poco, pero de una manera inequívoca, que indicaba con certeza que estaba mejorando por cada minuto que pasaba vivo. Primero resultó que ya podía levantarse de la cama sin ayuda, para ir al

baño a hacer sus necesidades corporales. Otro día, también tuvo ganas de afeitarse y eso hizo. Luego, llegó a caminar por toda la casa, subir y bajar las gradas, leer el periódico, ver las noticias en la televisión y hasta incorporarse a la mesa para comer en compañía de toda la familia. Así pasaron algunos días y, cuando sintió que un poco más de la mitad de sus fuerzas habían regresado a su cuerpo, tomó la decisión de emprender viaje de retorno a Moyobamba, con su Blanca a su lado... sea para morir allí como siempre había deseado o para volver a vivir, hasta que Dios lo llame otra vez. Y eso hizo: viajó por bus desde Lima hasta Moyobamba, en un viaje que dura la friolera de 24 horas seguidas.

## CAPITULO VII

*Otra vez de “Chofer Fantasma”*

El clima de Moyobamba resultó una bendición para la crianza de los “gorgojos milagrosos”. De su cuidado se encargó directamente Jorge “Picho”. Era cuestión de acomodarlos en un recipiente aireado, pero seco y limpio, al que había que tapar con una tela de tul o cualquier otra que fuera rala y trasparente, para evitar que se manden cambiar volando sabe Dios hasta donde y, sobre todo, para poder observarlos. Cada día había que darles su comida: pan integral, para luego dejar libre al recipiente de sus excrementos —una especie de hilitos marrones cortados con precisión matemática cada dos milímetros— así como retirar de allí a los que por alguna razón desconocida se hubieran muerto. Hasta donde Jorge sabía, no consumían agua en ninguna de sus formas y, siempre que tuvieran comida suficiente, aumentaban más rápido que cualquier otro ser vivo que se conociera por esos rumbos.

Cuando ya fueron incontables, lo cual ocurrió en pocos días, Jorge "Picho" los comenzó a comer, después que dejó de hacerlo durante el viaje de Lima a Moyobamba, más algunos días después de su llegada a su casa, para que se repongan del estrés producido por la travesía y comiencen a aumentar. Le habían dicho en Lima los proveedores de los gorgojos, que estos bichitos también se estresaban al igual que la gente, lo cual para Jorge fue una novedad, pero les hizo caso. En Lima se había comido sólo unos cuantos, porque como le habían regalado muy pocos, de proponérselo, los hubiera podido contar con los dedos de su mano. Sobre eso, en el poco tiempo que los estuvo criando, parecía que no aumentaban o que lo hacían muy despacio. El día que decidió comerlos tuvo que pasarlos con agua, enteros como si fueran píldoras, sin masticarlos ni hacer nada en contra de su integridad física, tal cual le habían indicado que tenía que hacerse. Como a su llegada a Moyobamba ya se sabía la receta de memoria, el primer día que reinició su tratamiento se comió uno, pasándolo como si fuera una píldora con un trago de agua, el segundo día dos, el tercer día tres gorgojos... hasta completar setenta. Luego, lo hizo en forma descendente. Al día siguiente de haberse "soplado" los setenta gorgojos, se comió sesenta y nueve, para luego bajar a sesenta y ocho... hasta llegar a uno otra vez, para de allí iniciar nuevamente la serie ascendente. Alguna vez se puso a pensar sobre la razón del por qué tenía que llegarse sólo hasta setenta gorgojos. Como no encontró ninguna explicación racional plausible, se contentó pensando que tenían que ser hasta setenta por ser un número cabalístico que hasta en la Biblia se menciona con alguna insistencia y un poco

matándose de la risa se dijo para sí: *“bueno pues, el sesenta y nueve es un número pornográfico, el seis es el número de la bestia, el dos es el número del pato, y así, seguramente cada número de la serie ha de tener algo que lo identifique...”*

¿Cuántas series ascendentes y descendentes de gorgojos habrían pasado desde que reinició aquella vez su tratamiento en Moyobamba? Si se le preguntaría eso a Jorge “Picho”, es seguro que contestaría *“esta no la sé”*. Porque hasta ahora es un devorador incansable de los benditos gorgojos. Pero, ¿realmente, fueron los gorgojos los que evitaron que a Jorge “Picho” se lo caletée el cáncer? Aquí nos contestaría él nuevamente: *“esta tampoco la sé”*. Porque junto con los gorgojos tomó extracto de noni, uña de gato fresca recién traidita del monte, hervida en olla de barro para evitar cualquier contaminación con metales como el aluminio.

De modo similar hizo sus propias infusiones de hoja del árbol del pan y otras muchas plantas medicinales más, que cada persona que le visitaba le decía que era bueno para su enfermedad. Además, en su caso, estaban de por medio también los rosarios y las oraciones en círculo, que escuchara como en sueños, de sus parientes católicos y protestantes, cada quien a su turno, cuando él, en la casa de su hermana Dora, se estaba debatiendo entre la vida y la muerte, retorciéndose de dolor y hasta con esas fiebres que lo estaban consumiendo en vida, haciéndole sentir que por cada momento que pasaba, se acercaba un paso más hasta el “clima cálido” que, para él, siempre había

sido el infierno, una vez que se pasa definitivamente a la tierra de los calvos.

El viaje, de un solo tirón desde Lima hasta Moyobamba, con un pequeño y breve descanso en Chiclayo, casi había resultado mortal para su endeble organismo y su maltrecho y escuálido cuerpo, a pesar de que, gracias a la ayuda de sus hermanos Javier y Edinson viajó en el servicio "cama-cama" de la empresa Móvil Tours. Pero, con sufrimiento y todo, una vez lograda la meta, fue un gran alivio para él poder llegar hasta su casa, porque una vez que lo hizo, como por encanto, una gran paz invadió su espíritu atormentado por la cercanía de la muerte hasta ese momento y, su corazón, ese órgano que es puro músculo latió con una musicalidad inusitada como si cantara una alegre canción, aún cuando sabía a la perfección que es el cerebro y no aquél, el responsable de todas las sensaciones y sentimientos que experimentamos. Sin embargo, después de reflexionar un poco sobre lo que le estaba pasando, pero sin importarle finalmente en ese instante lo que fuera que haría el corazón, se dijo para sí mismo y lleno de un gran convencimiento interior: *"Por fin, ¡carajo!, estoy de nuevo en mi casa. Porque... mi casita es mi casita, gracias Dios mío por permitirme poder esperar la llegada de mi muerte acá en mi casa"*.

Una vez instalado sobre una perezosa que tenía para descansar en el segundo piso de su casa, recién sacó la cuenta de que no hubiera podido lograr este cometido, de la forma en que lo hizo, es decir, casi sin mayores contratiempos ni consecuencias fatales

que lamentar, si no hubiera estado acompañado de su abnegada Blanquita, su esposa fiel y leal, aunque débil de cuerpo para manejarlo las veces que tuvo que cambiarlo de posición en el asiento del bus o cuando tuvo que ayudarlo a levantarse para ir al baño, ya que cualquier movimiento brusco en ese pequeño trayecto por el pasadizo del vehículo, implicaba para él tener que hacer mucho esfuerzo para posesionarse bien y evitar el dolor que esto le producía en la enorme herida, recientemente suturada de su operación, allá en el Instituto de Enfermedades Neoplásicas de Lima.

Pasados los malestares propios del largo viaje de más de 23 horas seguidas desde Lima a Moyobamba, comenzó a dedicar todos sus esfuerzos a criar sus gorgojos. Entonces fue cuando ocurrió otro milagro. Los gorgojos, como si hubieran estado esperando llegar a Moyobamba para aumentar, comenzaron a reproducirse peor que conejos —se le ocurrió de repente hacer esta comparación, porque alguna vez los estuvo criando en su antigua casa del jirón Alonso de Alvarado, antes de que el último terremoto que recordaba, la eche para abajo con cimientos y todo— porque en tanto los conejos se reprodujeron de diez en diez cada treinta días, los gorgojos lo estaban haciendo a ese mismo ritmo... al parecer, todos los días. Llegó a averiguar este dato, cuando, al no tener nada qué hacer que le demande algún esfuerzo, se puso a observarlos con una lupa que por allí encontró perdida entre sus cachivaches, hora tras hora y día tras día, con una paciencia digna de Job, pero; que al fin le ayudó a verificar que los benditos animalitos estaba aumentando a un ritmo... que daba miedo y

alegría, a la vez. Por ese lado, no pasaría jamás por el apuro de no tener gorgojos para comerlos cuando la serie que tenía que consumir cuenta, aumentara en cantidades cercanas a los setenta. Y uno más de los milagros en la vida de Jorge “Picho”, o sea, el de no irse al otro mundo cuando ya estaba pedido —le dieron de alta en el Hospital de Neoplásicas de Lima, “*para que vaya a morir en su casa, ¡pero no allí!*”— comenzó a configurarse lentamente en su organismo, pero de modo seguro. Primero que nada, la enorme herida que comenzaba en el centro de su abdomen, para de allí caminar recta en paralelo a su omóplato, cerca de quince centímetros y luego bajar en escuadra con dirección al riñón derecho otros quince centímetros, cicatrizó completamente y parecía que no iban a quedar rastros queloides de ninguna naturaleza. Luego, comenzó a dormir plácidamente tan pronto se acostaba en su cama, no importaba la hora que fuera. La mayor parte de las veces, su esposa Blanquita tenía que acomodarse a su lado tratando de no hacer ninguna clase de ruidos ni movimientos, para no despertarlo, pero él, igual, habría seguido durmiendo aún cuando ella hubiera venido a tocar un bombo en su oreja. Se levantaba, eso sí, muy temprano antes de que amanezca, para ir a observar la aurora que en esa parte de la selva es muy hermosa, desde cualquier lugar de su azotea, como dejar colocando el agua en la cocina para hacerse su desayuno y preparar sus infusiones de medicina naturista. Tenía la leve esperanza de que algún día, observando con paciencia desde la azotea de su casa a los cerros azules que se dibujan al otro lado del Mayo, podría ver destellar al cerro de Angaiza, donde la gente

de esos lugares —y de otros, también— tiene la creencia que está escondido nada menos que “El Dorado”.

Claro que tuvo que seguir haciendo una dieta alimenticia blanda, por un tiempo que hasta la fecha no termina de acabarse, porque ya no volvió a comer esos alimentos ricos en grasas y condimentos que hacen zapatear al hígado, ni a tomar cerveza ni cualquier otro trago corto, mucho menos fumar, porque le habían advertido que la nicotina de los cigarrillos era mucho más dañina que la manteca del cerdo para su hígado, además de que sabía también que fumar cigarros acaba por matar la virilidad de los hombres. Lo cual le parecía lógico, ya que, si la nicotina ingresa a la sangre por los pulmones, como la grasa que es, se debe adherir a las paredes internas de las arterias y las venas haciendo que estas se vuelvan rígidas e impidiendo la circulación de la sangre. Y... si no hay sangre circulando por su pajarraco cantor, ¿cómo podría ponerse tieso el pobre adefesio? Pero si a los hombres les hacía ese efecto ¿qué pasaba con las mujeres? En el caso de ellas, su cosita en lugar de ponerse rígida tiene que volverse condescendiente y no brabucona...

Tampoco volvió a tomar esos maceraditos que se acostumbra hacer en toda la Selva, con las frutas exóticas y las raíces espirituosas de esos lugares... y a veces hasta con los pobres animalitos del lugar, como las viboritas y las hormigas siquisapas. Lo que si tomaba religiosamente en el mercado de abastos, era su extracto de noni, que no era otra cosa que la miel que chorrea de modo natural de estas frutas cuando están amontonadas para su

venta, y que se encargaba de recogerla diligentemente una de sus comadres en su puesto de frutas, por un precio más que módico. Además como agua del tiempo, tomaba uña de gato en forma alterna con la infusión de la hoja del árbol del pan. Comía guanábanas y anonas, o las tomaba en jugos, en fin, hacía todo lo que le recomendaban los “entendidos”, con una devoción digna de elogio. Y, es que, una cosa es encontrarse con la muerte de pasadita, en algún accidente del que nos escapamos de morir de milagro, y otra cosa diferente es haber estado conviviendo con ella en calidad de “desahuciado” por cáncer una infinidad de tiempo.

Para completar su tratamiento, puso en la lista negra a los macerados de aguardiente o cañazo con cerezas, o cerezachados, los de jagua o huitochados, los de uva o uvachados y otros muchos más, como los de raíces y cortezas de árboles, a los que nunca más los volvió ni siquiera a probar. Igual tratamiento recibió el macerado de víbora o viborachado, aunque le dijeron que era remedio seguro para curar los males del pulmón, por considerar que de su pulmón, estaba más sano que de cualquier otro. Tampoco llegó a probar el macerado de hormigas squisapas, aunque le dijeran que era bueno para levantar su “concertina” tan decaída por la enfermedad, por contener proteínas animales, fósforo y otros oligoelementos en abundancia. Total, por ese lado no tenía ninguna preocupación, pues su Blanquita, desde la vez que fue a visitarlo a Cajamarca cuando cayó con la enfermedad, y no pudo darle la bienvenida de la forma en que soñó hacerlo, había entrado en una especie de

celibato voluntario, y “esas cosas” comenzaron a no llamarle la atención de forma drástica y casi permanente.

Después de haber sido un eximio y pertinaz bebedor de cervezas de todas las marcas, siempre y cuando estuvieran bien heladitas, pero con una marcada preferencia por la Pilsen Callao envasada en botella ámbar en la calle Sáenz Peña del Callao, así como de vinos y otros licores bien destilados como el pisco, o tres veces destilados como le habían dicho que era el vodka ruso, el mismo que con jugo de naranjas o agua tónica era delicioso, Jorge “Picho” se volvió completamente abstemio. Antes de eso, como buen chofer de ruta larga que había sido, una vez que llegaba a su destino, sea en la costa o en Moyobamba, acostumbraba ir a comer algún piqueo de pescado, de mar o de río, que para el caso le daba igual, en compañía de por lo menos uno de sus colegas. Así reunidos y sin mayores amagues, comenzaban a pedir sus chelas de par en par, incluso cuando a la Pilsen Callao se le ocurrió producir un lote de sus famosos “margaritos”, lo que equivalía a pedir dos litros de un solo golpe por cada “parcito”.

Si no había cerveza helada a su gusto, los vinos o los piscos, de la marca que fueran, pagaban pato. Lo de bueno, si hay algo de bueno en tomar bebidas alcohólicas, era el hecho de que Jorge “Picho” nunca bebió sin comer alguna cosa. Si el lugar no era de pescados, mandaba preparar una gallina, un pato o una pavita, que pedía que le sirvan guisada al estilo del Norte del Perú, es decir en estofado, con yuca, arroz y frijol canario, bayo o caballero, como guarnición del guiso. Las alverjas no eran muy

de su agrado, pero igual las comía cuando le servían. Decía que el trago le daba más hambre que de costumbre y que, no era bueno castigar a su pobre estómago sólo con alcohol. Por eso seguramente, después de una buena turca se levantaba con el cuerpo casi sin los síntomas típicos de la resaca y podía comer lo que le pusiera en la mesa su Blanquita o lo que hubiera en algún restaurante.

Además de dejar para siempre las borracheras, una vez restablecido completamente de su grave enfermedad, corrigió su vida familiar, porque convenció a su Blanquita para que le acepte casarse con él por lo civil y religioso, ya que hasta ese momento jamás pensaron que fuera necesaria esa formalidad. Arreglaron con la Oficina de Registro Civil de la Municipalidad de Moyobamba para un matrimonio muy discreto, y ahorraron algunos centavos para el religioso, al que invitaron a los familiares más cercanos. Luego de la ceremonia religiosa a la que Blanquita asistió con un vestido rosa primoroso y Jorge con un terno azul marino noche, que le obsequiara su hermano Alfredo en Cajamarca, con motivo de asistir allí también a un matrimonio de la familia, y porque en la selva muy poca gente va a los compromisos sociales con terno. Después de la ceremonia y cuando consideraron prudente, se retiraron de la fiesta junto con sus invitados, que no fueron una barbaridad de gente, a un recreo en donde los recién casados les ofrecieron algunas bebidas y, especialmente, un almuerzo a base de pato a la cerveza de plato de fondo con una entrada de ceviche al puro estilo norteño, con pescado de la costa.

Y como esta segunda y nueva vida de Jorge “Picho” no podía — ni debía— venir hacia él sin los condimentos y aderezos de antaño, cuando lo vieron caminar por las calles de Moyobamba ya restablecido totalmente de su terrible y mortal enfermedad, otra vez le ofrecieron convertirlo en chofer de esos enormes carros cisterna de doble eje o de esos otros carros grandotes con carreta, según como él quisiera, a los que antes de su aventura de operador de maquinaria pesada en Cajamarca manejara desde El Milagro o Bayóvar hasta Moyobamba y Tarapoto, acarreando el inestable y movedizo combustible en las curvas del camino, que hacían que el pesado vehículo se incline peligrosamente a un lado o al otro y que había que compensar con pericia y, nada más. Cuando él, alguna vez, les propuso llenar el tanque cisterna de bote a bote para evitar ese bamboleo, le aclararon que no era posible por la presión de los gases que, no se producían solamente por el movimiento y el chocolateo del combustible, sino también por el calor, por lo que tenía que conservarse cierto espacio para ese menester.

Para probar si aguantaba el trajín y todo el esfuerzo de los viajes, primero se ensayó en “*su cría de una cisterna grande*”, o sea en una cisterna pequeña de dos compartimentos y ocho mil galones americanos de capacidad, trayendo kerosene y gasolina de Tarapoto a Moyobamba y Soritor, en viajes que duraban apenas seis horas de ida y vuelta. Como el cuerpo le respondió como él esperaba, aceptó manejar de nuevo una gran cisterna para acarrear gasolina y petróleo desde la refinería de “El Milagro”, en Bagua. Claro que para lograr de nuevo ese trabajo tuvo que

buscarlo en otros lugares y no en los acostumbrados. Su antiguo patrón, con el que había trabajado siempre, se había divorciado de su esposa y al dividirse los bienes con motivo del divorcio, la empresa se tuvo que disolver.

Uno de esos días en que comenzó a bajar por la carretera de asfalto, enganchado y con el motor tronando, desde el abra que separa la selva del río Marañón con la del río Mayo, es decir, pasando la laguna de Pomacochas para bajar al valle del Alto Mayo, comenzó a recordar algunos pasajes de su vida. La verdad, la verdad... se decía para sí mismo, *"yo he sido un gran puta y un pendejo de la jijuna durante toda mi vida, pero claro, nunca fui de mal corazón, eso sí no aprendí, gracias a mi mamá Ida Isabel, a mi papá Gonsbita y a toda mi familia... ¿Qué no habré hecho? Creo que lo más sencillo para mí, en lugar de enumerar las cosas de la que soy culpable o el protagonista, sería redactar una lista de las cosas que no hice o me ha faltado hacer, tanto en Cajamarca como en Moyobamba. Sólo así creo que esa bendita lista no sería tan grande... bueno, pero así creo que es la vida, de muchachos y más de jóvenes, resultamos haciendo muchas cosas de la que nos arrepentimos mucho tiempo después. Creo que Dios a todos nos da esa oportunidad, sino que algunos no sabemos escucharlo... cuando debiéramos..."*

Pronto y sin que se diera cuenta, las rayas blancas a los costados y las rayas amarillas, dobles en algunos tramos, simples pero seguidas en otros, o simplemente punteadas en otros tantos tramos del río de charol en el que se había convertido ahora la antigua carretera afirmada con ripio o gravilla, de antes, lo

transportaron en un abrir y cerrar de ojos, desde Pomacochas hasta Rioja, en un viaje raro, fantástico y hasta mágico, que no ha podido llegar a entender hasta la fecha, o sea que, hasta ahora no sabe con certeza si sólo le ha parecido recordar ese pasaje de su vida o si es que, otra vez, le ha tocado vivir lo mismo, como cuando uno cree que algo que nos está ocurriendo en el presente, lo hemos vivido ya en el pasado alguna vez... o simplemente lo hemos soñado. Ese episodio de su vida, Jorge "Picho" nunca ha podido esclarecerlo en su mente, por más esfuerzos que ha hecho. Prefiere más bien dejarlo así, entre difuso y claro, tan igual como ha dejado la parte en la que le parece que estuvo acompañado de una sombra, que según lo que cree recordar fue la de su madre, fallecida en Tacna y a la cual él no llegó a conocer jamás, cuando estuvo debatiéndose entre la agonía de vivir o morir, allá en Lima en la casa de su hermana Dora.

Sin embargo, ya sea que todo haya ocurrido sólo navegando a través de sus recuerdos como si éstos fueran las páginas web del Internet de ahora, o entrando con carro y todo en alguna puerta del tiempo como en las películas; ambas posibilidades, vistas desde cualquier perspectiva de análisis, sólo resultan ser una fantasía sin pies ni cabeza. Por eso, casi tiene la certeza de que repitió otra vez lo que ya había pasado en su vida hace mucho tiempo, cuando su prima Nelly vivía todavía en Moyobamba, cuando don Nicolás Díaz estaba aún entre los vivos y cuando él: Jorge "Picho", vivía más sano que mandado hacer y, ni en sueños, se le ocurría pensar siquiera que alguna vez iba a resultar afectado de cáncer en su hígado y encima, salir indemne de esa terrible enfermedad, sobre todo, después de que lo remitieran

como por un tubo para que vaya a morir a su casa, después de “abrirlo y cerrarlo” en el Hospital de Enfermedades Neoplásicas de Lima, un día aciago del cual ya no quiere acordarse.

Como fuera entonces, según lo que le parecía recordar o lo que en realidad le tocó vivir nuevamente, una vez que pasó el cruce de Rioja, vio al morro de la Ochora enhiesto y levantado como una gran sombra negra sobre el firmamento, irse quedando atrás y a su izquierda lo que significaba que, una vez cruzado el puente sobre el río Indoche, pronto llegaría a Moyobamba donde le estaría esperando su Blanquita... como siempre. Pero allí justamente es cuando, a pesar de que todo le parecía tan claro, es cuando todo se repite y se vuelve confuso y enrevesado, ya que otra vez le parece que en forma muy precisa e intencional llegó a soltar de su cuenta al poderoso carro que venía manejando, para que se descuelgue sin cambios de fuerza por lo menos hasta las cercanías de Nuevo Cajamarca. Y... ahí es donde cae en la cuenta que el lugar ya no es la entrada de Moyobamba sino El Naranjillo. Como todo ocurre con la precisión de cómo le parecía que lo recordaba, al llegar a Nuevo Cajamarca enganchó la caja en un cambio de bajas revoluciones del motor y de mayor potencia, para seguir rodando por la enorme planicie. Luego, como algo que se repite recurrentemente, pasa nuevamente el cruce de Rioja y ve que se va quedando atrás y a su izquierda al Morro de la Ochora, hasta que, finalmente, al cruzar el angosto puente sobre el río Indoche, sabe que pronto estaría llegando a su casa en el jirón Alonso de Alvarado en Moyobamba, donde su Blanquita le estaría esperando... ¿otra vez?

En eso, al pasar por la avenida de tierra afirmada, que sirve de entrada desde la carretera marginal de la selva hasta la ciudad de Moyobamba, se percató que en la casa de su prima Nelly se encuentra el carro de don Nicolás Díaz estacionado en un lugar que, a las claras, indicaba que se iba a quedar allí un buen tiempo, si es que no toda la noche. “Don Nico” según él y como todo Moyobamba sabía, era el último de los compromisos amorosos de su prima Nelly que, a pesar de ser muy hermosa, se había quedado soltera, y Jorge “Picho” sabía también que cada vez que eso ocurría, no faltaría a esa hora un buen café destilado en cafetera de aluminio, con una suculenta porción de cecina de choncho o de chorizos, que había que comer con yuca sancochada pango o con los ricos panecillos ahornados con tanta devoción por doña Teodora Lozano. Así que ante tan fuerte motivación, estaciona la cisterna, baja de su vehículo y toca la puerta. Al abrir la puerta de su casa su prima Nelly y, al percatarse de que se trataba nada menos que de Jorge “Picho”, le hace pasar diciéndole:

— Pasa Jorgito, a buena hora llegas. Bien dice el refrán que más vale llegar a tiempo que ser invitado. Justo estamos por tomar nuestro lonchecito y Nico ha traído del mercado unos riquísimos chorizos y cecinas medio frescas, que tú sabes que justo en ese estado son más ricas. Y... como en la casa siempre hay yuca, ya la he sancochado y estaba por servir... así que, siéntate hermanito junto a la mesa.

— Gracias hermana. Eso tú no lo dices, pero yo he parado aquí porque mi singa olisqueando el aire del ambiente me avisó, desde por lo menos una cuadra, que estás preparando chorizos y ya ves, no me ha fallado el olfato... —le respondió Jorge "Picho" medio en broma y medio en serio, como era su costumbre—.

— Ya vuelta... cómo ya pues será eso, siendo tan pequeña tu nariz. Casi ñato eres, aunque tu singa, como tú dices, parece que es buenaza. Pero claro, tu naricita Jorgito es pequeña, pero no es fea, ¡eso sí también! Tienes nariz de los González. En eso seguro que le has sacado a la tía Yolanda, tu madre. Decía la abuelita Isolina que su nariz de tu mamá era chiquita pero bonita. Si les hubieras sacado en eso a los Navarro López tendrías una nariz medio ganchuda igual que la de tu abuela Nati...

— Más bien yo creo que le he sacado en la nariz a mi mamá Ida. A mi otra madre, o sea a mi mamá Yolanda, no la conocí y no sé cómo habrá sido su nariz. Ni siquiera cuando me ha visitado cuando he estado grave le he podido ver su nariz, porque yo vi una sombra y nada más...

— Bueno pues jovencitos, creo que ya está bueno de charlas. Pasemos a la mesa a comer lo que tenemos previsto para este lonchecito —dijo don Nicolás Díaz, invitando a ambos primos para que dejaran de lado cualquier conversación y pasaran a servirse el rico preparado de los chorizos y cecinas moyobambinas—.

Y Jorge “Picho” pasó a la parte de la salita que servía de comedor, en la casa de su prima Nelly. Ya se habían sentado cuando a don Nicolás se le ocurrió que debían hacer un pequeño brindis, o mejor dicho, aperitivarse con una copita que pidió a Nelly que sirviera de una botella que, al parecer estaba preparada para la ocasión. La botella no tenía etiqueta, pero era de suponerse que debía ser de algún macerado de cañazo, de esos que abundan en Moyobamba. Cuando Nelly se disponía a disponer tres copas y servir las, considerando que con Jorge eran tres personas, don Nicolás aclaró:

— Perdón Nellita, está bien que a nuestro Jorgito le sirvas un traguito para aperitivarnos todos como Dios manda y para que los choricitos y las cecinitas no nos caigan como patada al hígado, pero sírvele a él de esa otra botellita —dijo señalando otra botella que estaba guardada en una alacena— porque de ésta que estás sirviendo, sólo la tomaremos nosotros. Tú ya sabes cómo es eso, para mí y para ti está bien, pero es mejor que no le des de probar eso a Jorge, él todavía es huambrita...

— No faltaba más. Y por qué ya pué me van discriminar de esa manera —replicó Jorge “Picho” creyendo que lo que iban a hacer no era otra cosa que las más perra de las formas de segregación que podían hacerle a su persona, así que, con voz que no aceptaba negativa dijo— ¡Nada que ver pué “primito Nico”, a mí me sirves de lo que ustedes van a tomar! Habrase visto, porqué ya pué me van convidar de otro...

— Francamente Jorgito, a ti, este traguito que pensamos tomar yo y Nellita, la verdad... que no te conviene. Yo sé lo que te digo —volvió a insistir don Nico—.

— Oye primo Nico, no me vengas a mí con cojudezas. A mí —recalcó golpeándose el pecho— me das de tomar lo que ustedes toman... y que conste, ¡no acepto negativas de ninguna naturaleza!

— Sírvete ya pues Nellita una copita de esta botella. Pero que conste que yo te avisé Jorge ¿ahh? —volvió a decirle en tono reiterativo don Nicolás, sabiendo de antemano lo que le ocurriría en menos de lo que canta un gallo—.

Y se tomaron los tres, nada más ni nada menos que una copa cada uno de la botellita sin etiqueta. Al parecer y según el paladar de Jorge “Picho”, el tal trago que no le quisieron convidar no era otra cosa que un RC, es decir, traducido al charapés moyobambino, se trataba de un “rompe calzón” y nada más, por lo que pensó para sus adentros: *“par de cojudos, si bien dicen que Dios los cría y ellos se juntan, tanta cojudeza y misterio por una copita de RC, si supieran cuántas de éstas ya me zampado al gorgüero no hubieran hecho tantos asparientos”*.

Los chorizos fritos en su propia manteca y las cecinas de chanco moyobambino estuvieron, a decir “del boca sucia” de Jorge “Picho”: *“como la puta madre”*, pero tan pronto como terminó de tomar su último sorbo de café, sintió como la

“concertina” que tenía justo en las entrepiernas, comenzaba a alborotarse de un modo que nunca antes lo había experimentado, como si estaría queriendo entonar un tango de Carlitos Gardel. Primero sintió cómo si una especie de corriente eléctrica le subiera desde los pies a la cabeza, pero luego le llegó una especie de calorcillo que se posesionó y aquerenció nada más ni nada menos que en su mero pajarraco. Para cuando se despidió de sus primos Nelly y Nico, su dichosa “concertina” estaba completamente encolerizada y amenazaba con romper su pantalón de tan templada que tenía la carpa. *No es problema — pensó Jorge “Picho” para sí— aborita llego a mi casa y la Blanquita va a pagar el pato. Es mi mujer de toda la vida y ella me ha de saber aguantar. Total entre marido y mujer, esto que pienso hacer es una cosa muy natural. Seguro que a don Nico le ha de demorar un poco más en hacer efecto, por su edad, pero al maldito, a esta hora, ya de seguro se le ha parado también el chunchulli y, ha de estar tratando de que mi pobre prima, le baje los calores, si es que todavía al viejito ese se le endereza el mazo todavía, aunque lo dudo... a esa edad dicen que el pajarito del hombre se vuelve como tapa de cilindro y se enrosca para adentro...*

En eso llegó hasta su casa, cuadró su vehículo en un sitio apropiado y bajó como una tromba para encaminarse a su interior y... dicho y hecho. Su pobre Blanca tuvo que colaborar para bajarle los ímpetus a su animal embravecido. Sin embargo, por más esfuerzos que hizo él y por más colaboración que recibiera de ella, no pudieron llegar a culminar tan fascinante e inverosímil acto. Su “animal” por cada minuto que pasaba, seguía más encolerizado que antes y, lo que era peor, poniéndose cada

vez más duro, peor que palo de urcomoena, esa madera durísima de la selva que se usa para dinteles de las puertas y las ventanas, porque no le afecta ni la humedad ni la polilla.

Estando así las cosas y sin contarle nada de lo que había tomado con don Nicolás Díaz, se vistió tan bien como pudo y se encaminó al burdel que había en ese tiempo por la Punta de Fachín, dejándole a su Blanca con el estupor y la incredulidad dibujada en su boca. Nunca le había ocurrido tal percance a su Jorge, y ella, malo que bueno, aunque era bastante recatada para demostraciones amorosas, había sabido complacer siempre a su marido, o por lo menos eso creía. Así que no dijo nada y prefirió quedarse, muda de asombro, allí en su cama matrimonial a esperar que su Jorge busque alguna solución a ese su singular problema y regrese ya curado y vuelto a la normalidad. En el burdel Jorge “Picho” ensayó a descargar la bravura de su tieso animal, hasta que más de tres meretrices, cada una a su turno, lo botaran diciéndole que lo que tenía no era nada bueno y que más bien “eso” ya era una enfermedad que, al parecer, en la forma cómo le estaba atacando a él, le traería muchas y terribles complicaciones. *“A ver, ¿qué tal si tu cosa se te queda así para siempre, já, já, já?”* —Le dijeron matándose de la risa, aunque al despedirle y después de hacer una especie de “consejo de putas” pero de buena fe, más que todo, le aclararan que *“ojalá que su mal no fuera curable, ya que muchos hombres quisieran que eso les ocurra a ellos también”*—.

Sin saber ya que hacer y con todo su aparato genital doliéndole a muerte por lo agarrotado que comenzó a ponerse, se encaminó al Hospital de Shango. Allí le examinaron los dos galenos que estaban de guardia y en una especie de “junta de médicos”, acordaron sedarlo completamente por esa noche, hasta poder investigar una posible cura a *“tan interesante y sui géneris enfermedad masculina”*. Era más que obvio que ambos estarían rogando que ojalá la dichosa enfermedad fuera contagiosa, porque en toda su vida no habían visto tanto vigor y fortaleza en una sola pichula.

Sedado hasta el último de sus poros con una ampolleta de diazepam, Jorge “Picho” se quedó dormido profundamente en la cama que le asignaron de la sala de observación de emergencias del hospital. Hasta antes de sumirse en la nada del sueño, todavía el mástil de la carpa que había formado al levantar la sábana y el cubrecama blancos del hospital, con su animal embravecido hasta las lágrimas, que estaba más duro que un trozo de palo de chonta trató de dormir, sólo que el adefesio de su chunchulli no sólo le seguía doliendo horrorosamente como si quisiera romperse en mil pedacitos o estallar como una granada de guerra, sino que había comenzado a tener por allí esa sensación de hormigueo que precede al adormecimiento de una parte del cuerpo, cuando un calambre feroz está por aparecer.

Cuando despertó al día siguiente, lo primero que hizo fue tocarse el pajarillo calvo. ¡Qué alivio sintió al verificar que a esa hora otra vez era normal! En eso llegaron los dos médicos que le dieron atención profesional la noche anterior. Al enterarse que todo había vuelto a la normalidad, a coro y como si se hubieran puesto

previamente de acuerdo, los dos sólo atinaron a decirle entre en broma y en serio:

— Que bueno compadre. Nos da gusto saberlo. Ahhh... y como tu ingreso al hospital fue por emergencia, no te va costar nada el asunto, pero nos tienes que dar la fórmula o un poquito del preparado ese que te puso al animal de esa manera. No estaría mal patentarlo por allí y después... a ganar las regalías por el resto de la vida, já, já, já...

*Impreso en los talleres gráficos de  
la imprenta .....*

*El ..... de ..... de 2012*

*Cajamarca, Perú*